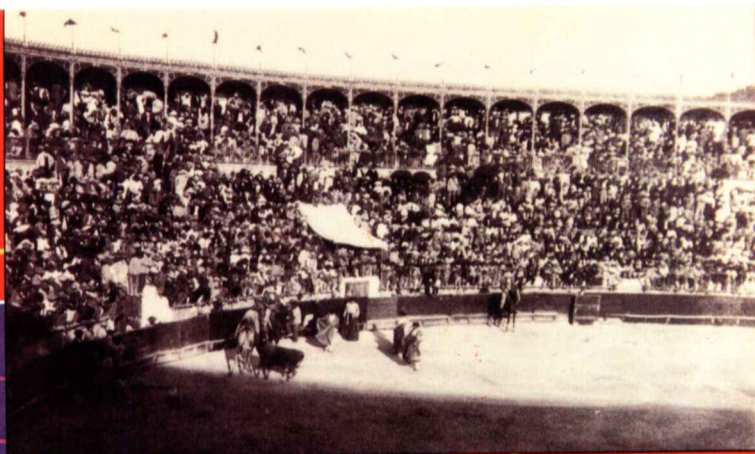


# ADARVE

Nº 387 - PRIEGO (Córdoba) - 15 DE JULIO 1992



1892

DIRECCION GENERAL DE MEDIOS  
DE COMUNICACION SOCIAL

22-4-92



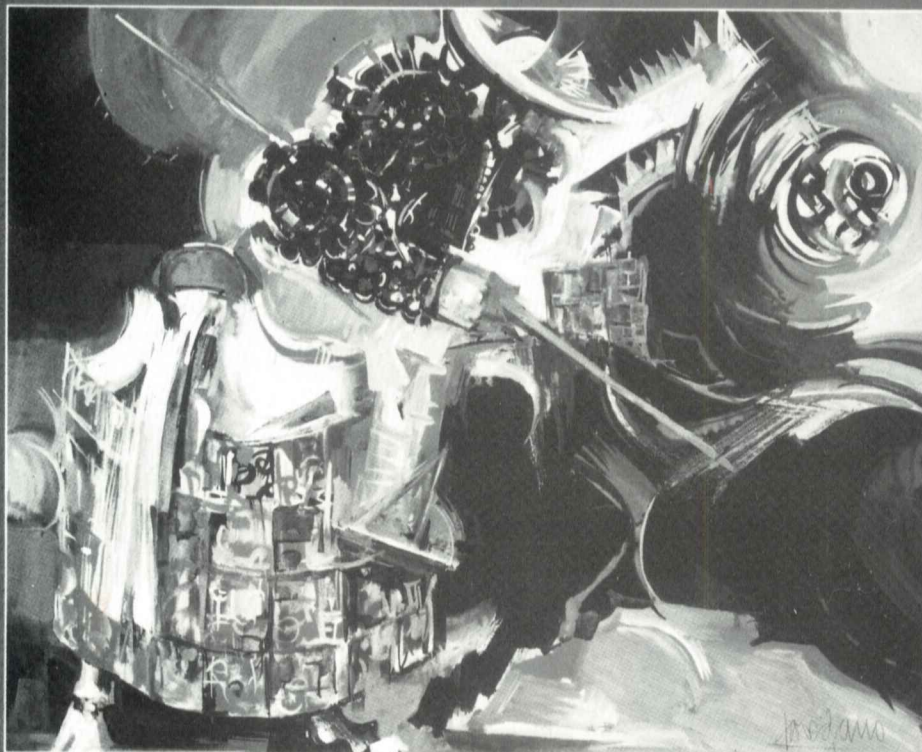
## CENTENARIO DE LA PLAZA DE TOROS PRIEGO DE CORDOBA



# PLAZA DE TOROS DE PRIEGO DE CORDOBA

EMPRESA: EXCMO. AYUNTAMIENTO

ORGANIZACION: JUAN LOPEZ



**SABADO 8 DE AGOSTO DE 1992**

**A LAS 7 DE LA TARDE**

**CON MOTIVO DEL 1<sup>ER</sup> CENTENARIO DE LA PLAZA DE TOROS  
MONUMENTAL CORRIDA CON UN EXTRAORDINARIO CARTEL**

**6 EN LA QUE SE LIDIARAN 6  
ESCOGIDOS TOROS**

**DE LA PRESTIGIOSA GANADERIA DEL SR. MARQUES DE RUCHENA, DE UTRERA (SEVILLA)**

**PARA LOS MATADORES**

**MIGUEL BAEZ "LITRI"**

**JULIO APARICIO**

**JUAN SERRANO**

**"FINITO DE CORDOBA"**

**CON SUS CORRESPONDIENTES CUADRILLAS DE PICADORES Y BANDERILLEROS**

**CERCA DE TODOS. CERCA DE TI.**

*Cartel de la corrida del  
Primer Centenario de la  
Plaza de Toros de Priego.  
Autor: Antonio Povedano.*



# Presentación

Con este número monográfico, ADARVE se suma a los actos conmemorativos del primer centenario de la construcción de la Plaza de Toros de Priego que están siendo organizados por el Excmo. Ayuntamiento con la colaboración de entidades ciudadanas y particulares.

Lo hacemos con el convencimiento de que, al participar en esta conmemoración, estamos descubriendo una parcela más de la evolución histórica de la sociedad prieguense, es decir, de nuestra historia y de la particular idiosincrasia de nuestro pueblo. El arte taurino es una de las raíces más profundas de la cultura común de los distintos pueblos de España y como tal, es, ayer y hoy, motivo constante de inspiración para los artistas.

Deseamos que este número especial de ADARVE sea un pequeño homenaje a todos cuantos en Priego, como toreros, subalternos, ganaderos, empresarios, artistas o simples aficionados, entregaron una parte de sí mismos al arte taurino.

Ofrecemos a nuestros lectores una selección de trabajos que muestran esos aspectos históricos y culturales del toreo. La calidad de los mismos, realizados por sus autores expresamente para este monográfico de ADARVE, sin duda harán gozar a nuestros lectores, al igual que las ilustraciones que los acompañan.

Agradecemos a todos su colaboración desinteresada y en especial al Excmo. Ayuntamiento por haber patrocinado este número especial.



## INDICE

PRESENTACIÓN .....	3
LA CONSTRUCCIÓN DE LA PLAZA DE TOROS DE PRIEGO. Miguel Forcada Serrano .....	4
LO TAURINO Y LO ANTITAURINO EN LA FIESTA. Miguel García Mérida .....	9
ANTECEDENTES NORMATIVOS AL VIGENTE REGLAMENTO TAURINO. José L. Murillo Moreno .....	12
LA PINTURA TAURINA EN EL SIGLO XIX. José Valverde Madrid .....	14
LOS TRES CALIFAS. Carlos Valverde Castilla .....	16
EL TORERO COMO SUMO SACERDOTE. Tomás Morales Cañedo .....	19
ENTREVISTA A TOMÁS TEJERO GARCÍA, EXPRESIDENTE DE LA PLAZA DE TOROS DE «LAS VENTAS» DE MADRID .....	22
PLAZA DE TOROS. P.G. Suárez .....	26
«OBRERO DE LA CASTA Y AMIGO DE LA BRAVURA». José González Ropero - José A. García Puyuelo .....	28
TAUROMAQUIAS EN EL ARTE. Agustín Gómez .....	31
YO QUISE SER TORERO. Enrique Alcalá Ortiz .....	33
EL NIÑO DE LA CRUZ. María Jesús Sánchez .....	34
MIS RECUERDOS TAURINOS DE PRIEGO. José Luis de Córdoba .....	35
BRINDIS. Francisco López Roldán .....	36
EL SIMBOLISMO TAURINO Y SU REFLEJO EN EL ARTE. José A. González Núñez .....	38
LA FEDERACIÓN PROVINCIAL TAURINA. Carlos Valverde Abril .....	44
MOMENTO ACTUAL TAURINO. Tomás Tejero García .....	45

## ILUSTRACIONES ORIGINALES PARA ESTE NUMERO

A. J. Barrientos .....	3
Angeli Rivera .....	21
P. G. Suárez .....	27
Angeli Rivera .....	32
Vicente Torres .....	33
Vicente Torres .....	36

### Portada:

Cristóbal Povedano  
Redacción de Adarve.



## ADARVE

Director: Miguel Forcada Serrano. Administrador: Antonio Jurado Galisteo. Consejo de Redacción: José Yepes, Rafael Ramírez, José L. Gallego Tortosa, José García Puyuelo. Publicidad: M<sup>a</sup> Carmen Foguer. Fotografía: Manuel Osuna, Antonio Mérida. Domicilio: Antonio de la Barrera, 10. Edita: Asociación Cultural «Adarve» de Priego (Córdoba). Imprime: Gráficas Adarve. Priego (Córdoba). Depósito Legal: CO-15-1958.

La dirección de ADARVE no se hace responsable de las opiniones vertidas por sus colaboradores en los escritos que aparecen firmados.



# La construcción de la Plaza de Toros de Priego

MIGUEL FORCADA SERRANO

Cuando en el año 1884, un grupo de prieguenses decidió iniciar la construcción de una plaza de toros en nuestra ciudad, su proyecto estaba avalado por la extraordinaria afición a los toros que desde hacía siglos existía en Priego. Esta afirmación no se basa en suposiciones sino que ha quedado suficientemente demostrada en base a la documentación escrita hallada en el Archivo Histórico Municipal de Priego y en otros archivos de dentro y fuera de nuestra ciudad. <sup>(1)</sup>

Por poner un ejemplo significativo (aunque las referencias a festejos taurinos son constantes desde mediados el siglo XVI) baste aludir al incidente protagonizado por el Alcalde D. Julián Romero y Mora, que en 1783 fue denunciado por el abogado D. Pedro Manuel Bermejo y Morán, por conceder permiso para correr el toro de cuerda con casi todas las reses que se iban a sacrificar en el matadero local. En unas sola semana, el abogado asegura que esto ha ocurrido tres veces en los días viernes, domingo y lunes próximos pasados. El Alcalde admite los hechos y los justifica diciendo que en un pueblo de 2.000 vecinos, solo ha querido «saciar en parte la desordenada pasión» que los vecinos tienen por las diversiones de esta clase. <sup>(2)</sup>

Así pues, está fuera de duda que la afición era enorme y que se desarrollaba de múltiples maneras y en lugares diversos. Ya en el siglo XIX, el toro de cuerda se corría cada año en la velada de San Juan y para festejar acontecimientos especiales de carácter político o social. También se organizaban frecuentemente capeas en las que participaban cuantos aficionados locales lo deseaban y al menos una vez al año, generalmente con motivo de la feria real, se celebraba una gran corrida para la que se contrataba a toreros conocidos o se dejaba pasar libre a los aficionados.

La mayor dificultad consistía siempre en la necesidad de fabricar una plaza provisional que, por más habilidad que se pusiera en ello, resultaba siempre inadecuada e incómoda. Esta dificultad era por supues-



Francisco Lázaro Martínez.

to general en toda España por lo que ya a principios del siglo XVII, el rey Felipe III había recomendado que se hicieran plazas en las que fuera fácil la organización de las fiestas de toros. Sin embargo, la construcción de plazas hechas de obra, permanentes, tardaría todavía bastante en llegar.

Ciñiéndonos a Priego, el crecimiento de la población, que en 1887 era ya de 15.766 habitantes y la importancia que iba adquiriendo la Feria Real, con la consiguiente afluencia masiva de forasteros, hacían que solo una pequeña parte de quienes lo deseaban, pudiesen asistir a las corridas ya que los graderíos y andamiajes que rodeaban el anillo en las plazas que se montaban en el Palenque o en el Llanete, ofrecían una capacidad insuficiente.

A finales del siglo XIX, contrastaba ya esta situación con la de otras ciudades e incluso pueblos del tamaño de Priego que, movidos por una afición similar a la que aquí existía, habían promovido en los años anteriores la construcción de plazas de toros permanentes, con capacidad

para varios miles de espectadores cómodamente sentados, con un redondel que ofreciera mayor seguridad a lidiadores y público y con las dependencias necesarias para el normal desenvolvimiento de la fiesta taurina y sus contingencias.

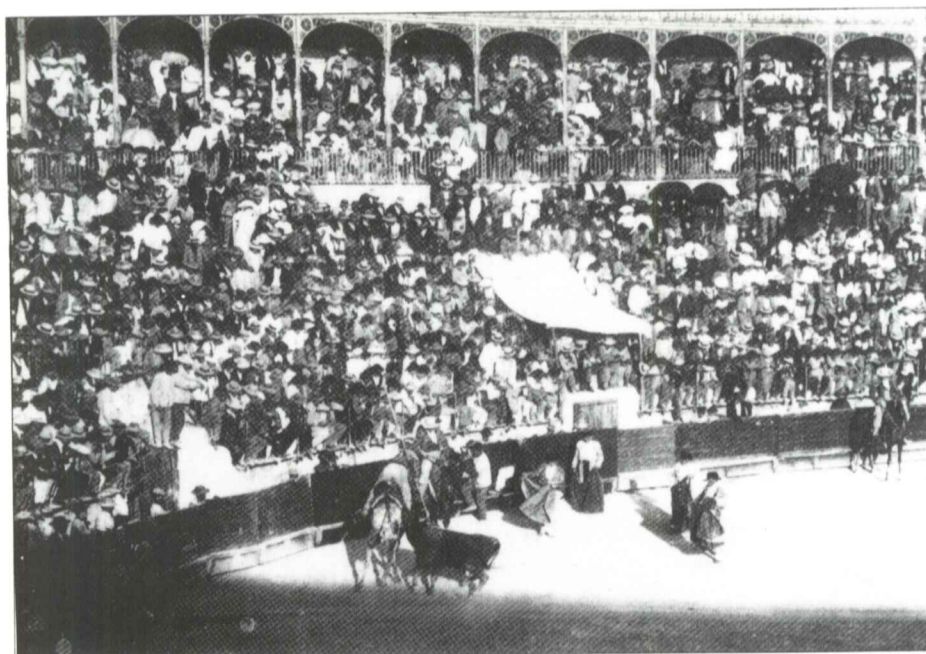
Es posible incluso que la muerte de Gregorio Jiménez «Espartero», acaecida el día 22 de Agosto de 1878, hiciera tomar conciencia a los aficionados de la necesidad de contar con una plaza de toros en las mejores condiciones. «Espartero» falleció a causa de una conmoción cerebral ocurrida cuando estaba capeando una vaca en el paseo de Colombia; cogido por la res, esta lo arrojó contra uno de los asientos que había en el lugar, golpeándose el torero en la cabeza. De hecho, la impresión producida por aquella muerte debió ser muy grande y hasta pudo provocar la suspensión de los festejos taurinos en los años siguientes, pues entre 1878 y 1884 no encontramos noticia de que se celebraran.

Las construcciones de plazas de toros se habían iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII, continuando a buen ritmo durante el siguiente. Así, la vieja plaza de toros de Madrid, se construyó en 1754, la de Zaragoza en 1764 y la de Ronda en 1785. Pero en las últimas décadas del siglo XIX se produce una auténtica fiebre constructora de plazas; concretamente, entre los años que median entre el comienzo de la construcción de la plaza de Priego y su culminación, se inauguraron entre otras las siguientes plazas: Haro (1886), Castellón de la Plana, Murcia y Utiel (1887), Alicante, Gijón y Almería (1888), Zamora (1889), Valladolid (1890), Lorca y Gandía (1892).

## El Coso de las Canteras

En Priego, los deseos expresados continuamente en conversaciones privadas, se convierten en proyecto el 24 de Abril de 1884. En una reunión celebrada ese día en los salones del circo gallístico a iniciativa del constructor de la plaza de toros de Granada, llamada Plaza del Triunfo, D. Pedro Alvarez Moya, este propone la





*Fotografía de una corrida celebrada en la plaza de Priego, a primeros de siglo. En el ruedo aparecen tres picadores, cuyos jacos carecen de peto.*

construcción de una plaza de toros en el sitio denominado «de las Canteras». Los asistentes apoyan la propuesta y en la misma reunión se elige la primera junta directiva que está presidida por Pedro Alvarez Moya, siendo vicepresidentes José María Ruiz Torres y Francisco Núñez Martínez, Tesorero Emilio Bufill Galán y Secretario Rafael Ruiz Amores. <sup>(3)</sup>

El 5 de Mayo del mismo año, la directiva presenta un reglamento que establece el funcionamiento de la sociedad y sus órganos de dirección y fija en 60 el número de acciones necesarias con un valor de 250 pesetas cada una. Cada acción equivaldrá a un voto en las asambleas y dará derecho a una entrada para los espectáculos que se celebren. La directiva se renovará el primer domingo de Marzo de cada año.

Según consta en el Registro e la propiedad de Priego, finalmente la sociedad se constituyó con 31 accionistas que suscriben un total de 55 acciones a razón de 15,61 pesetas cada una, lo que hacía un capital inicial de 858,5 pesetas <sup>(4)</sup>.

La sociedad compra el día 7 de Agosto una finca de algo más de dos fanegas, situada en el llamado «pago de las canteras» a muy poca distancia del casco urbano. La finca era de D. Antonio Serrano Penche que otorgó, con fecha 7 de Agosto de 1884 escritura de promesa de venta como padre del menor Francisco Serrano Madrid quien el 8 de Julio de 1890 firmó la

escritura de venta. El precio de compra fue de 875 pesetas por lo que todo el capital de la primera suscripción de acciones se invirtió en esta compra. <sup>(5)</sup>

Inmediatamente se procede a una nueva emisión de acciones que fue seguida poco después de otra ampliación hasta llegar a recaudarse unas 15.000 pesetas <sup>(6)</sup> Paralelamente comienzan las obras solicitándose el oportuno permiso al Ayuntamiento el día 16 de Agosto. Para consolidar los terrenos movedizos existentes entre el lugar elegido para la construcción y la carretera Monturque-Alcalá, se construyen tres muros escalonados con un total de 145 metros de longitud y que además de evitar el desmoronamiento del terreno, forman un acceso en rampa hasta la zona más alta de la plaza. <sup>(7)</sup>

El 15 de Marzo de 1885 se elige una nueva directiva recayendo la presidencia en José Tomás Serrano. El tesorero presenta cuentas, reseñando unos ingresos de 57.176 reales con 25 céntimos y unos gastos de 55.084 reales con 75 céntimos lo que da un saldo a favor de 2.091 reales con 50 céntimos.

Las obras continúan. Se excava en primer lugar lo que sería el ruedo y se comienzan a construir las primeras gradas labrándolas directamente sobre la roca, aprovechando la hondonada formada por la explotación de la cantera allí existente.

El 16 de Abril de 1885, el vicepre-

sidente Mateo Pedrajas Samaniego anuncia la imposibilidad de continuar los trabajos ya que se han acabado de nuevo los dineros. Pronto se comprobó que la mayoría de los accionistas no estaban dispuestos a afrontar un nuevo desembolso en vista de que tras un año de esfuerzos económicos, la plaza «apenas si tenía terminado el redondel y hechas algunas gradas» <sup>(8)</sup>.

Pedro Alvarez Moya pide confianza en la directiva que gestionará nuevos fondos pero al día siguiente, 17 de Abril ocurriría una nueva desgracia consistente en el hundimiento de la muralla de los corrales, debido, según informa el presidente, a haberse construido con muy pocos cimientos y sobre terreno pedregoso. Ante esta situación, la sociedad decide reconstruir la muralla y el 11 de Junio, acepta la propuesta de Mateo Pedrajas que ofreció un festejo el 12 de Junio de cuyo contenido no tenemos noticia, pagando 250 pesetas por el uso de la plaza. Es este probablemente el primer espectáculo que se ofreció en el coso prieguense. Precisamente con el precio del arrendamiento se costearon los burladeros, cerros, rejas en los chiqueros y otros detalles imprescindibles para poner la plaza en servicio.

Unos días después, la sociedad arrienda la plaza por un año, lo que se hace por subasta, adjudicándose al mejor postor que resultó ser Antonio Luque Siles, en 2.250 pesetas.

Según Carlos Valverde el arrendatario organizó dos corridas de novillos en los días de San Juan y de San Pedro. «Diose solamente la primera en la que actuó con lucimiento el célebre Bebe. La segunda no se pudo celebrar porque una gran tormenta que descargó el día de San Pedro lo impidió. Trataba el empresario de dar más corridas en el transcurso del verano y en la feria, pero tuvo que desistir, mal de su grado, por la invasión y avance del cólera morbo asiático» <sup>(9)</sup>

Esta gran epidemia no llegó a Priego gracias al célebre cordón sanitario que aisló la población del exterior, pero es dudoso que las 2.250 pesetas del arrendamiento llegaran a cobrarse dado el fracaso económico de los proyectos del arrendatario, que debió argumentar tan graves circunstancias para eximirse del pago. Si algo se cobró debió invertirse en continuar las obras que, de todas formas avanzaron muy poco.

En 1886 fue elegido presidente José



ADARVE - Nº 387 - 15 de Julio 1992



dad de D. Rafael Rubio y que actuó como sobresaliente de espada con obligación de banderillear, Miguel Almendro. Como anécdota, podemos reseñar que la Hermandad del Nazareno pidió a Guerrita que vistiera de «nazareno y oro» como así lo hizo y que el programa anunciador del festejo se imprimió en papel morado. Para que no faltara detalle, la Banda de Música de Bomberos de Málaga amenizó la corrida.

## Entra en escena

### Francisco Lázaro Martínez

El 23 de Marzo de 1890 la renovación reglamentaria de la directiva de la sociedad constructora, va a propiciar un vuelco total en la lánguida marcha del proyecto. Es elegido presidente Francisco Núñez Martínez y vicepresidente Francisco Lázaro Martínez. Este último, que había formado parte de la directiva en varias ocasiones y que era uno de los mayores accionistas de la sociedad, va a ser, en solitario, el protagonista de la gesta.

El 8 de Julio de 1890 y por iniciativa del citado Francisco Lázaro, su tía, D<sup>a</sup> Juana Martínez Castellanos, firma un contrato con la sociedad promotora de la plaza por el que compra todas las acciones a dicha sociedad y se compromete a terminar la construcción de la plaza en tres años. Las condiciones del contrato, escrituradas ante notario, son las siguientes.

1<sup>a</sup>.- «La señora compradora ha de respetar el arriendo que de la plaza resulta hecho en favor de D. Rafael Reyna Mármol, que termina en treinta de Octubre de este año y hasta esta fecha tienen los señores que venden derecho a una entrada gratis por cada acción para todos los espectáculos que se celebren».

1<sup>a</sup>.- «La plaza de toros, que no ha de poderse dedicar a otro objeto, ha de quedar terminada en el periodo de tres años a contar desde hoy, y ha de tener un piso cubierto, dedicándose la parte de sombra a palcos, sostenida su cubierta por columnas de hierro y antepalcos o barandillas de lo mismo; y la parte de sol, de grada cubierta, haciéndose todas estas obras lo más consistente o solidez y capacidad, lo mismo que cuadra, enfermería y cuantas dependencias sean precisas a los edificios que se destinan a esta clase de dependencias, precisamente en todo lo que ... corresponda a

las plazas de toros de capitales de provincia, pudiéndola mejorar estas condiciones en todo o en parte a su gusto y capricho. Ha de tener contrabarrera o callejón... a una altura proporcionada y como es de costumbre.»

3<sup>a</sup>.- «Si en el periodo de los tres años que se fijan la D<sup>a</sup> Juana por sí, sus sucesores o la persona a quien la pudiera enajenar no la diese por concluida con las condiciones establecidas, volverá la plaza a ser propiedad de los vendedores en el estado en que se hallase, sin más obligación por parte de estos que abonar a la señora adquiriente o a quien viniera a ser su dueño ciento veinticinco pesetas por acción.»

4<sup>a</sup>.- «Y que todos los gastos de la escritura y los de titulación, serán de cuenta exclusiva de la misma señora compradora». (13)

Francisco Lázaro cumplió su compromiso con encomiable acierto ya que, en plazo menor que el señalado, construyó una plaza no solamente amplia y bien dotada de todo lo necesario para la lidia, sino bellísima, lo que resalta aún hoy al compararla con otras plazas de importantes ciudades, siendo este un aliciente no despreciable a la hora de la lidia como han afirmado toreros y rejoneadores que han elogiado el coso prieguenso por su empaque y su belleza.

Sus características definitorias son las siguientes: la Plaza es circular, con un anillo de 55 metros de diámetro y capacidad para 6.000 espectadores. Excavada en un montículo al borde de la carretera Monturque-Alcalá la Real, desde el exterior solo presenta un cuerpo de alzada que se corresponde con la zona superior destinada a palcos.

Está cerrada con un muro formando círculo, de una elevación de unos cuatro metros con galería de acceso al interior por el Patio de Caballos, dos accesos a los tendidos de sombra y palcos y otros dos a los tendidos de sol. Los tendidos tienen doce filas de gradas constituidas por bloques tallados de piedra de toso cuya primera fila, de barrera, se encuentra situada a 1,80 metros del albero, aproximadamente y separada de este por un antepecho de fábrica de sillaría del mismo tipo de la piedra, pintada en su cara externa a la cal y con una barandilla de hierro como soporte y protección para los espectadores.

Sobre la fila superior de gradas se encuentran situados los palcos que disponen de un pasillo destinado a la

sillería, tras el que existen en la zona de sombra cinco filas de gradas de bloques de caliza tallados y seis en la zona de sol.

Toda la zona de palcos está cerrada por una cubierta de teja curva en origen, hoy sustituidas parcialmente por placas de uralita o metálicas, dispuesta a un agua y sustentada por una estructura de hierro fundido, constituido por 80 columnas de sección circular con fuste moldeado por motivos vegetales y capitel pseudo renacentista sobre las que se apoyan 80 plataformas octogonales de canto moldeado que sostienen unos arcos de medio punto, también de fundición, cuyos tímpanos en celosía están formados por filigranas geométricas florales sobre las que se apoya el armazón de cubierta, que, hacia el interior de la plaza, está rematada por una friso de hierro fundido con filigranas a todo su alrededor, en el que coincidentes con los ejes de las columnas, se disponen los 80 mástiles de las banderas que coronan la plaza.

La zona de palcos está separada de los tendidos por medio de una barandilla de hierro fundido con balaustres moldeados y de igual modo se dividen los diferentes palcos, teniendo el de la Presidencia y en el friso superior el escudo de España.

Todos los elementos metálicos están pintados al óleo en gris oscuro matizado y los parámetros verticales lo están con pintura a la cal con su característica textura.

El material empleado en el piso de la plaza es el típico albero sevillano triturado, cerrado por una barrera formada por pilastrones y tablas de madera, pintadas en rojo en la que existen cinco burladeros exteriores que dan acceso al callejón, tres burladeros interiores, una puerta de arrastre y de cuadrillas con acceso directo al patio de caballos y la puerta de toriles.

La plaza está dotada con una nave destinada a cuadra de caballos, siete chiqueros con sus puertas-tablones, pasillo superior con baranda de hierro, patio de caballos, dos corraletas, enfermería, guarnición, desolladero y casa habitación para el conserje de un solo cuerpo y dos pisos, donde se encuentran los despachos de billetes.

Junto a la belleza artística del recinto, cabe destacar la que seguramente es su característica distintiva en relación con otras plazas de toros, que no es otra que la de estar construida sobre muy sólidos cimientos:



la propia roca natural. Esta circunstancia, que en este caso más bien es esencia, fue destacada por el imprescindible cronista de la época, del que seleccionamos el siguiente párrafo, perteneciente a un artículo publicado en el periódico «La Lealtad» de Córdoba el 27 de Mayo de 1892, transcrito posteriormente en sus memorias: «Esta plaza, a estilo de aquellas inmortales obras que contempla asombrado el viajero a través de cuarenta siglos que no les han servido de injuria, no está construida por superposición de bloques o piezas, está moldeada, vaciada en el mismo lugar de su emplazamiento, es parte adherente de nuestro globo y de ahí que, salvo algunos detalles de ornamentación, esté destinada a vivir los mismos días que nuestro planeta».

(14)

Por todo ello, creemos que D. Francisco Lázaro Martínez merece ser colocado en el cuadro de honor de los prieguenses ilustres, junto a otros artistas y promotores de los monumentos locales, como constructor, a costa de sus bienes privados, de un edificio con destino a uso público que durante un siglo ha sido sede de algunos de los momentos más gozosos de la fiesta local.

La plaza de toros de Priego ha permanecido desde su construcción como propiedad privada de los herederos de D<sup>a</sup> Juana Martínez Castellanos, siendo actualmente propiedad de D<sup>a</sup> Carmen Ortiz Cañizares. Está propuesta su declaración como monumento Histórico Artístico. Negocio complejo y dificultoso donde haya y más en un pueblo del tamaño de Priego, como podrá comprobarse a lo largo de los siguientes capítulos de este libro, la plaza solo podrá mantenerse en el futuro con la ayuda de, o en el dominio pleno de la hacienda pública.

### Lagartijo inaugura la plaza

Pero al margen de estas consideraciones y con la perspectiva de los cien años transcurridos, asistamos a la solemne inauguración de nuestra Plaza de Toros. En el cartel editado para la ocasión se explica que «La empresa, en afán de que el público de esta población no se vea privado de presenciar el espectáculo nacional, a costa de gastos y sacrificios ha contratado para la inauguración de nuestra hermosa plaza a diestros de valía como lo son Rafael Molina «Lagartijo» y Rafael Bejarano

«Torerito» y ha comprado 6 toros de primera y escogidos en el cerrado de la tan renombrada ganadería del Excmo Sr. D. Antonio Miura.»

Realmente no escatimó la empresa. «Lagartijo», que tenía en aquella fecha 51 años, llevaba 30 años como matador y se retiró de los ruedos al año siguiente. Estaba pues en la cumbre de su maestría y era ya considerado un mito viviente de la historia del toreo. Tanto, que todas las plazas que se inauguraban por aquellos años intentaban ligar su historia a la del primer «Califa» cordobés que tiene entre sus records el de haber participado en la inauguración de 17 nuevas plazas de toros. Por su parte, «Torerito» tenía 29 años, hacía solo tres años que había recibido la alternativa y era un torero sobrio, pero ágil y valiente que siempre cumplía.

La ganadería de D. Antonio Miura era ya entonces una de las más prestigiosas en toda España. Los precios de las entradas oscilaban entre las 3,10 pesetas para la general de sol y las 12,10 pesetas para las sillas de palco, vendiéndose también palcos enteros con capacidad para 25 asientos, por 172,50 pesetas.

El día 7 de Agosto, fecha de la inauguración había tanta gente en Priego, con la entrada de unos 3.000 forasteros, que más «parecía la ciudad Lourdes o Covadonga» según reflejaba en su crónica el corresponsal del diario «Córdoba» de la época. El día anterior habían llegado de Sevilla y Córdoba el General Sánchez Mira, el Marqués de Santa Rosa, el Conde de Cárdenas y el Gobernador Civil de la Provincia D. Antonio Castañón y Fernández, expresamente invitado por el Alcalde de la ciudad D. Carlos Valverde López para que presidiera la corrida. (15)

Según todas las referencias escritas que nos han llegado del evento, la plaza estaba completamente llena, de lo que se deduce que presenciaron el espectáculo aproximadamente unas 6.000 personas, que salieron satisfechísimas del buen comportamiento del ganado y en especial de las faenas realizadas por los dos monstruos del toreo que compartieron cartel en aquella tarde de gloria, la más importante de toda la historia del arte taurino en Priego. Según afirmó José Luis Gámiz en un artículo publicado en *Adarve* (16), al salir al ruedo, Lagartijo exclamó refiriéndose a la plaza que inauguraba: «¡Nunca vi otra tan preciosa!». Durante la corrida resultaron muertos cinco ca-

ballos y un espontáneo que se lanzó al ruedo logró poner un par de banderillas.

Si el balance artístico fue tan bueno como lo merecía la ocasión, también fue brillante el económico ya que, a pesar del alto costo del festejo, el empresario y dueño de la plaza consiguió unas ganancias de más de siete mil pesetas.

Con un gran éxito en todos los sentidos comenzó pues la historia de una plaza que habría de dar a Priego tantas tardes de gloria y hasta ahora, a Dios gracias, ninguna de tragedia. Desde entonces, la plaza en sí ha sufrido muy pocas alteraciones ya que las pocas obras realizadas periódicamente lo han sido para una mejor conservación de sus instalaciones o para modernizar los servicios que se prestan en sus dependencias. Ya en los últimos años se han hecho algunas propuestas para la adquisición de la plaza por parte del Ayuntamiento, sin que hasta la fecha se haya llegado a ningún acuerdo.

### NOTAS

- 1.- Véase *Toros en Priego* de M. Forcada, editado por la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba. Este artículo es una adaptación del capítulo II de dicho libro.
- 2.- Archivo de la Real Chancillería de Granada. Cabina 321, leg. 4369.
- 3.- Actas de la Junta Directiva de la Sociedad constructora de la plaza, cedidas por D. Carlos Valverde Castilla.
- 4.- Estos fueron los prieguenses que formaron la sociedad constructora, con el número de acciones que cada uno de ellos suscribió: José Aguilera Jiménez 1; Manuel Aguilera Jiménez 1; Manuel Aguilera Puerto 1; Joaquín Ayerbe Sánchez 1; Emilio Buñill y Galán 1; Alfredo Calvo Lozano 5; José Eugenio de Castilla 1; José Luis Castilla Ruiz 3; Rafael Entrena Rico 1; Juan de Dios Garzón y Prados 1; José María Gómez Menjíbar 1; Francisco Lázaro Martínez 5; Nicolás Lozano Madrid 3; Rafael Luena Luque 3; Julián Machado 1; Félix Muñoz 1; Francisco Núñez Martínez 2; José Pedrajas Rueda 3; Javier Pérez y Luque 1; Melitón Rabal y Mendoza 2; Manuel de la Rosa García 1; José Luis Rubio 5; Rafael Ruiz Amores 2; Anselmo Ruiz y Torres 1; José María Ruiz y Torres 1; José Tomás Serrano 1; Antonio Serrano Penche 1; Pelagio Serrano Penche 2; Manuel Serrano Pérez 1; Carlos Valverde López 1; Leonor Villalba Ruiz 1.
- 5.- Escritura de venta a D<sup>a</sup> Juana Martínez Castellanos. Registro de la propiedad de Priego.
- 6.- Carlos Valverde López. *Memorias íntimas y populares*. Año 1985.
- 7.- Solicitud de permiso de obras.
- 8.- José L. Gámiz Valverde. «La Plaza de toros de Priego». *Adarve* 1<sup>a</sup> época. nº 622-623 (30-8-1964). pg. 1
- 9.- C. Valverde López. *Memorias íntimas y populares*. Año 1985.
- 10.- Ibid. año 1887.
- 11.- Ibid. año 1889.
- 12.- Ibid. año 1890.
- 13.- Registro de la Propiedad. Escritura de venta a D<sup>a</sup> Juana Martínez Castellanos.
- 14.- Carlos Valverde López. Op. Cit. año 1892.
- 15.- Carlos Valverde López. Op. cit. año 1892.
- 16.- J. L. Gámiz Valverde. «La Plaza de toros de Priego» *Adarve* 1<sup>a</sup> época nº 622-623.



# Lo taurino y lo antitaurino en la fiesta

MANUEL GARCIA MERIDA

Aunque parezca contradictorio en la Fiesta coexisten múltiples fenómenos diferentes, pero destacan dos de ellos. De una parte la cara, la tesis, lo artístico, lo taurino, y de otra la cruz, la antítesis, lo antiestético, lo antitaurino. Estos hechos conviven entrelazados cada tarde, la mayoría de las veces no de forma pura sino galopando entre una y otra, y al no muy entendido le pueden confundir e incluso desorientar.

Definir el toreo es muy difícil, para unos es comunicar una sensación de peligro; para otros es el dominio de la inteligencia sobre la fuerza, y para la gran mayoría sentir y transmitir una emoción estética. Torear es sentido y sentimiento, y cuando se torea para uno mismo es cuando se hace y se dice el toreo de verdad. Rafael el Gallo pensaba que torear con arte es tener un misterio que decir y decirlo. Desde la aparición de Juan Belmonte, el gran revolucionario y padre del toreo moderno, es imposible torear sin embrujo, sin duende, sin ángel y sin plasticidad. A partir de él el toreo no solo es valor y técnica sino también arte, y como toda manifestación artística es la expresión de un individuo. Por ello hay tantas formas de decir e interpretar el toreo. Todas son bonitas aunque algunas nos gusten más que otras. En el planeta de los toros ocurre como en otras manifestaciones artísticas, y por ello hay partidarios de tantos toreros, como los hay de tantos escritores, pintores o escultores. En los toros el arte rebosa por todos lados. Es bonito hasta el cartel y no existe ningún otro espectáculo en el mundo que desde que lo anuncian hasta que se termina sea belleza, plástica y fuente de inspiración de artistas.

## El Paseíllo

Desde que los alguacilillos inician el despeje de la plaza podemos ir apreciando detalles de uno y otro signo. Lo escolástico es ir vestidos a la usanza de la época de Felipe IV, pero ahora se ha puesto de moda el traje corto campero. Esto supone, para



mi, como ir a una cena de gala en pantalón corto ¡Que elegancia tienen los alguacilillos de Córdoba! Son probablemente los mejores vestidos de España.

Cuando se inicia el paseíllo ocurre el primer impacto de la tarde en el espectador. Es una explosión de luz, de colorido, de plástica, de estética, en una palabra de arte. ¡Que interesante y bonita es la terminología de los colores del vestido de torear! Al verde, dependiendo de su tonalidad, se le llama botella, esperanza, esmeralda, manzana y oliva; al azul, marino, azul noche y purísima; al marrón, tabaco y carmelita; al rojo, burdeos, guinda y grana; al morado, nazareno y cardenal; al rosa, salmón y rosa palo; al amarillo, color proscrito por los toreros, oro viejo, paja, ocre, barquillo, caña y crema; al gris, perla y ceniza, por solo citar los colores más conocidos. ¡Qué mal suena oír en la Plaza que un torero va vestido de marrón y oro, rojo y oro, o gris y plata. Pienso que es otra aportación de los toros a la cultura, ya que denominarlos así contribuye a desarrollar la imaginación y la fantasía.

## El Toro

Una vez que el toro sale al ruedo se hacen patentes la cara y la cruz. El toro bravo es el eje, el núcleo y el

elemento imprescindible para la existencia y persistencia de la Fiesta. Tiene que tener edad, casta, trapío, ser limpio de cuernos y fuerte. La edad ideal del toro son cuatro años y cinco yerbas, pero al final de temporada, y en plazas de tercera, suele salir el toro con menos edad. Hoy se pretende crear un toro noble, cómodo, de carril, y con ello se está perdiendo la casta, que es la fuente de la bravura, de la fuerza y del poder y también de la mansedumbre. Parece como si la nobleza estuviera ligada a la caída. El trapío es la morfología, el conjunto armónico del toro, la presencia, la seriedad desde la cabeza hasta el rabo, y está en relación con la casta a la que pertenecen. Los toros de Miura (casta Cabrera), de Pablo Romero (casta Gallardo), de Concha y Sierra (casta Vazqueña), de Victorino (casta Vistahermosa línea Albaserrada) y de Guardiola (casta Vistahermosa línea Pedrajas) por citar sólo algunos, tienen un trapío, un pelaje y una cara bien definidas. Estas son las razones por las que estas ganaderías gozan del favor de los aficionados. Por el contrario, otras tardes, salen al ruedo toros que parecen de distinta ganadería aunque su hierro nos asegure lo contrario. Hoy, no se por qué, se pretende que todos los toros excedan de los 500 kilos, y salen al ruedo toros acochinados o



auténticos bueyes, que lógicamente se cansan antes que un toro con peso normal. No se convencen los ganaderos de que el trapío no depende del volumen del animal. La fuerza también ya ligada a la casta y al trapío. El afeitado es ignominioso e ilegal y origina pérdida de la fuerza, del poder, del trapío y del picante del animal.

## El Primer Tercio

Una vez que se ha iniciado la corrida parece como si todos los toreros se hubiesen olvidado del esquema tridimensional de la corrida de toros —tres espadas, tres subalternos, tres tercios, tres varas, tres quites, tres pares de banderillas y tres avisos—. Hoy la filosofía que impera es reservar al toro, cueste lo que cueste, para el último tercio. Hay un error en el planteamiento de la corrida.

¡Que difícil es hoy ver torear con el capote!. Sólo unos pocos elegidos, como Finito, Muñoz o Curro, saben manejarlo bien. Les he visto verónicas que son auténticos monumentos al toreo. Para empezar hay que saber cogerlo, luego citar de frente y echarlo por delante, y a toro arrancado, cargar la suerte, bajar las manos, girar las cinturas y las muñecas para así poder llevar al toro mecido en los vuelos del percal. Hay que ganarle terreno al toro en cada lance para poder ligar una verónica con otra. Hay que manejar el capote con naturalidad, con soltura, con pulcritud, con hondura y lentamente, sintiéndose en cada lance. Los remates con la media, la larga afarolada, la larga cordobesa o la revolera pueden ser el epílogo de la faena. Esta es la diferencia entre hacer y decir el toreo. Todo lo que no sea esto será dar lances, pero no torear.

La suerte de varas es hoy antitaurina, antiestética, desproporcionada, algunas veces desagradable y otras incluso cruenta. Es antitaurina, en el más amplio sentido de la palabra, porque no se utiliza para medir la bravura del toro sino para que al torero le sea más fácil el lucimiento y condiciona muchos de los problemas que aparecen durante la lidia. Es antiestética porque ha desaparecido el arte de torear. Es desproporcionada porque no hay igualdad entre el toro y esa especie de muro que son el picador, el caballo



y el peto. Resulta desagradable ver como el toro se encela con el peto y le hacen la carioaca y le barrenan sin la menor conmiseración. El tercio de varas es necesario y fundamental para apreciar la bravura, ahorrar al toro y ver sus defectos y todo lo que no sea así irá en contra de la Fiesta. El que a un toro haya que aplicarle los tres puyazos tiene su razón. El primero lo reciben hasta los mansos porque no saben lo que le espera en el caballo; al segundo van sólo los bravos y los que tienen genio, y al tercero sólo los auténticamente bravos. La verdad sea dicha que un puyazo de los de ahora equivale a diez de los de antes. Espero que, con las nuevas puyas, la disminución del peso del caballo y el alejamiento de la raya, los toreros nos dejen apreciar la bravura en los tres puyazos, aunque ya no sean obligatorios. ¡Ojalá que con la nueva ley taurina se vea torear a caballo!. Resulta de gran belleza el cite de los picadores. Moviendo el caballo, llamándole y levantando el palo despiertan la arrancada del toro.

El tercio de quites es otra de las suertes que rara vez se ven actualmente. No se cual puede ser la causa de su desaparición, salvo el afán de protagonismo de algunos toreros y que el toro de hoy tiene las embestidas contadas. Los considero importantes pues es la única oportunidad de ver el comportamiento de los tres diestros frente a un mismo toro; en ellos pueden exhibir un amplio repertorio de lances, como los galleos, la mariposa, las gaoneras, las chiclelinas, etc. e incluso pueden servir

para descubrirle el toro a su matador que no sabía por donde cogerlo hasta ese momento. La última gran faena de Curro Romero en Málaga se debió al quite de Rafael de Paula. Los quites son un estímulo para los toreros y su desaparición es otra de las cruces de la Fiesta de hoy.

## El Segundo Tercio

Una vez que ha concluido la difícil suerte de varas se inicia la no menos fácil de banderillas, que sirve para alegrar al toro y ver como este va al bulto. Es aquí donde más cambian, se resienten y se resabian los toros. Por ello hay que banderillar por los dos lados y evitar los excesivos capotazos que hoy se administran. Martín Recio, Juan de Triana y el Manqui saben cuidar al toro llevándolo con el capote a una mano, y esta es la única forma de no quebrantar al animal. ¡Que bonito y torero es este quite y que olvidado lo tienen los hombres de plata!.

El mejor banderillero es el que encuentra toro en todas partes, le ahorra capotazos y no pasa nunca en falso. Así era Manolo Montoliú y aún no nos creemos que Cabatisto pudiera partírle el corazón. Era majestuosos andando en la cara del toro, encelando al animal, sacando el par desde abajo y asomándose al balcón de la muerte. Era torero desde el cite hasta la reunión y por ello siempre encontraba toro. Le he visto banderillar de poder a poder, al sesgo, al cuarteo y al quiebro. Dominaba

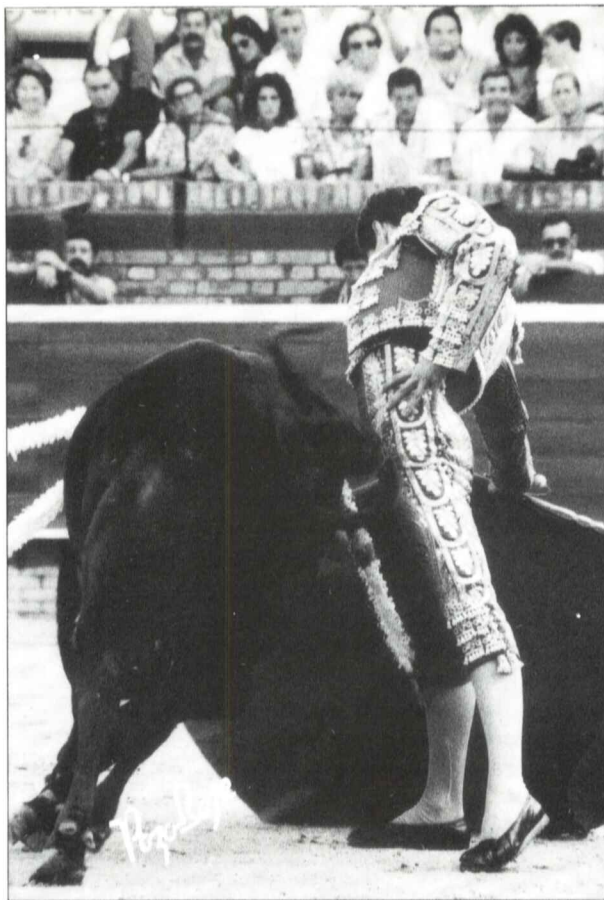


la suerte como pocos. ¡Que Dios te tenga en su Gloria, Manolo!, para que desde allí seas el ángel custodio de tus compañeros, que nunca olvidarán que, a pesar de tu arte y de tu maestría con los rehiletes, un toro de Atanasio te arrancó hasta la última gota de sangre en el dorado albero de la Maestranza.

## El Último Tercio

«Todo toro, grande o chico, bueno o malo, bravo o manso tiene su lídia, la suya y no otra y hay que dársela». Esta máxima de D. Gregorio Corrochano conserva toda su vigencia, pues el toro condiciona las querencias, el terreno y las distancias. Por ello es tan difícil torear. Un viejo refrán dice: «Una cosa es dar pases y, otra muy distinta, torear». Torear es una sucesión ligada de los pases que cada toro precisa en un palmo de terreno. Subrayo ligada, cada toro y en un palmo de terreno. Torear es ligar, y sin ligazón no hay faena. Hoy todos los toreros se empeñan en dar series interminables de muletazos y no se convencer de que lo que no han demostrado en los veinte primeros no lo van a hacer en los siguientes. Cada toro necesita un número determinado de pases para dominarlo y entrarle a matar. Las faenas no son mejores por su duración sino por su precisión y exactitud. «Lo bueno si breve dos veces bueno» tiene también su aplicación en el toreo. Cada serie de muletazos debe ser ejecutada en un palmo de terreno porque sino el que torea es el toro y no el torero.

La faena de muleta, como la del capote, deben estar basadas en la naturalidad, la pureza del cite, el temple, la hondura, la longitud, y la profundidad por cada lado. La naturalidad, junto al buen gusto y la capacidad de improvisación son fundamentales, pues torear es un arte y como tal depende de la personalidad de su autor. La pureza del cite supone dar el pecho o el medio pecho y cruzarse o no al pitón contrario. El temple es torear al son del toro, ni más despacio ni más deprisa. La hondura tener sentimiento. La longitud se consigue cargando la suerte, ade-



lantando la muleta y alargando la mano. La profundidad supone bajar las manos y llevar al toro sometido. Rematar los pases y quedarse colocado es fundamental para torear bien y redondear la faena. Además hay que presentar los engaños sin ventajas, cogiendo el estaquillador por el centro para torear con la panza de la muleta. El remate de la serie debe ser con el de pecho hecho a ley, cepillando al toro de pitón a rabo y echándoselo al hombro contrario de donde salió el pase. Hoy, salvo honrosas excepciones como Ortega Cano, Emilio Muñoz y Espartaco se torea al natural con el pico de la muleta, al hilo del pitón y se dan medios pases de pecho, y esto no es torear sino aliviarse.

Los trincherazos, las manoleínas, los estatuarios, el molinete, el cambio de mano, el toreo en redondo, los «ayudaos» por alto o por bajo y el abaniqueo pueden servir como colofón o inicio de una faena, y muchos toreros no los quieren vender como series fundamentales, pero solo se trata de recursos a emplear como principio, como remate o cuando no se sabe o puede hacer el toreo natural con la izquierda o con la derecha.

## La Suerte Suprema

La suerte suprema es la más difícil de todas la suertes. Es el momento culminante de la corrida para la concesión de trofeos. Requiere técnica, decisión y saber elegir el terreno. De ello depende que el toro salga muerto de los vuelos de la muleta o que se le pinche una y otra vez. Elegir el sitio y la forma de matar están en función del estado del toro. Hay suertes puras como el volapié, que es la ideal para los toros quedados, y la de recibir, para los prontos. Hay otras intermedias entre una y otra, como al encuentro, arrancando y aguantando, que también son válidas, pero existe otra, como es a paso de banderillas o a la media vuelta, y cuyo intérprete principal es Curro Romero, que es de alivio.

El descabellar no supone un desmerecimiento para el torero, pues bien empleado sólo es un recurso para matar a un toro que está agonizando de pie. Cuando se intenta el descabello es porque la lídia ha terminado y nunca debe ser un argumento a favor o en contra para la concesión de una oreja. Hoy se emplea el descabello con mucha manga ancha. Muchos matadores lo utilizan después de un pinchazo hondo en vez de entrar a matar de nuevo y la verdad no lo entiendo, pues si difícil es matar, descabellar lo es aún más, pero eso sí las femorales están más lejos de los cuernos.

## Los Trofeos

Una vez que el toro ha doblado, la lídia ha podido ser perfecta o no y aquí entran en juego la concesión o no de trofeos. ¡Con que facilidad se conceden hoy día las orejas!. Parecen como las rosquillas, que a la más mínima ya se las están pidiendo y el Presidente otorgando. La primera vale puesto que es potestad del público. La segunda no, pues pienso que el Presidente ha de saber mucho de toros, y si no para ello tiene al asesor, y debe concederla sólo cuando la faena lo merezca. Una oreja debe ser el premio a una actuación notable, dos a una sobresaliente y el rabo a una



lidia perfecta.

Cuando la faena ha sido meritoria se premia con ovaciones y el matador debe salir al tercio para corresponder al respetable, y tiene que salir como torero, con la montera en la mano derecha y el capote en la izquierda. ¡Que antiestético es que lo hagan con la toalla en la mano! En la Fiesta hay que cuidar hasta el más mínimo detalle. No debemos olvidar que al público que asiste a ella se le denomina respetable, y este calificativo por algo será, pues en cualquier otra actividad escénica o deportiva sólo es el espectador. ¡Que facilidad tienen algunos toreros para iniciar la vuelta al ruedo! Es otro de los defectos de hoy. Antes no se otorgaban orejas y la vuelta era el premio a una buena faena. Por contrapartida, se pasó a conceder la pata en la época de la postguerra. Hoy, salvo honrosas excepciones como Sevilla, Madrid o Valencia, estamos más en esta última línea que en la primera.

El respetable debe hacer honor a su nombre y comportarse como tal. No debe hacer estridencias ni pitar la labor de un torero. El silencio es la mejor forma de demostrar la indiferencia.

### Otros detalles

Mientras se celebra la corrida los matadores deben saber estar en el callejón. El saber estar supone estar al quite con el capote en una mano y la montera puesta, y no de cualquier otra forma.

No se porqué razón casi todos los matadores, excepción hecha de Tomás Campuzano y Chiquilín, utilizan el estoque simulado. Comprendo que es más liviano, pero cuando el toro «pide la muerte» y tienen que cambiarlo por el de verdad se pierden unos segundos que pueden ser fundamentales para redondear la faena.

No comprendo, tampoco, la prisa por salir de algunos espectadores, que no respetable, al terminar la corrida. Hay que permanecer en el asiento para despedir a los matadores y sus cuadrillas. Así es la Fiesta y tenemos que respetarla.

No soy partidario del escalafón taurino, puesto que el toreo no es la liga de fútbol o la de baloncesto. Es algo más, que se está dejando

influenciar por cosas ajenas, y que pueden serle perjudiciales. Si queremos un escalafón hay que hacerlo en condiciones. No me es válido saber que fulanito va el primero con tantas corridas toreadas, tantas orejas y tantos rabos. Necesito saber donde ha toreado, qué premio le han dado, el nombre de la ganadería, el trapío y la casta del lote, por solo valorar datos objetivos, que si queremos también podemos hacerlo con los subjetivos como el cansancio físico después de un largo viaje o su estado anímico. No tienen el mismo valor las orejas de Sevilla o Madrid que las de Ayamonte o Torralba de Calatrava; tampoco las cortadas a un Guardiola que las de cualquier otra ganadería de la de tres al cuarto; tampoco las obtenidas a un toro serio, con casta y trapío, que las de un toro abecerrado. Hay por tanto tantas variables que mientras no se contemplen es un desmerecimiento para la Fiesta.

### Epílogo

La Fiesta, como la entendemos hoy, tiene su cara y su cruz, y a pesar de todo continuamos frecuentando las Plazas, más que nunca dicen los entendidos. Probablemente sea porque nos gusta y nos complace. Todos los aficionados debemos velar por la integridad del toro bravo porque sin él se nos acabará nuestra fuente de satisfacción. Nos gusta el toro noble porque con él surge fácilmente el arte, pero nos disgustan las caídas porque interrumpen las faenas. Debemos recuperar todas las suertes, que por comodidad de los toreros unas veces y por egoísmo otras, han ido desapareciendo. Tenemos que saber valorar cuando un torero ejecuta el toreo de verdad o de cara a la galería, para premiarlo o demostrarle nuestra indiferencia. Con ello pondremos nuestro grano de arena para que desaparezcan las cruces de la Fiesta. ¡Que Dios reparta suerte!

## Antecedentes normativos al vigente reglamento taurino

JOSE L. MURILLO MORENO

Característica de la fiesta de los toros como espectáculo público desde la edad moderna hasta nuestras fechas, ha sido el que siempre estuviera sujeta la misma a la intervención de la autoridad, primero con normas de ámbito local y posteriormente con normas de ámbito general con vigencia en todo el territorio nacional.

Es importante resaltar, que como antecedente a la actual legislación taurina, existe un documento, que sin tener carácter normativo, sirvió de base para la posterior regulación legal de la misma, nos referimos a la Tauromaquia de Francisco Montes «Paquiro», publicada en 1836, y que en el capítulo de la referida obra Reforma del Espectáculo se contienen los principios básicos que van a informar la posterior reglamentación taurina.

El referido documento de la Tauromaquia de «Paquiro», sirvió de base para que el 5 de junio de 1852, se dictara una norma cuyo objeto era, tan solo, regular la fiesta en la Plaza de Toros de Madrid, norma ésta compuesta de preceptos referidos al dueño de la plaza, a los lidiadores de a caballo y de a pie y de otros de carácter general. Llama la atención en el contenido de su articulado lo referente a que en el supuesto de que un toro tome menos de tres varas, se le alternará con las banderillas de fuego, una jauría de perros de presa, debiendo tener una edad, dichos toros, entre los cinco y ocho años, y que como deducirá el lector son estos aspectos últimos muy lejanos a la actual realidad de la fiesta.

Siguiendo en esta misma línea de regulación localista, se dictaron normas para la Plaza de Sevilla en 1858, para la de Guadalajara en 1862, para la de Logroño en 1863 y para la de Jaén en 1867.

El Reglamento para las funciones de Toros de la Plaza de Madrid, fue



derogado y sustituido por otro de 28 de mayo de 1868, promulgado por el Sr. Alcalde de la Villa, Marqués de Villamagna y que como novedad, con respecto al anterior, obligaba a que los toros que se lidiaran en dicha plaza deberían ser de acreditada ganadería, enumerando de estas las de primera que existían en las distintas dehesas del territorio nacional.

Con anterioridad a 1917, año en el que se promulga la primera reglamentación de ámbito nacional, estuvo vigente el Reglamento para las Corridos de Toros que se celebran en la Plaza de Madrid, de 14 de febrero de 1880, reglamento este que es pionero en la sistemática que con posterioridad van a seguir las nuevas reglamentaciones taurinas.

Es importante hacer constar que con anterioridad a la norma promulgada por la autoridad nacional, el Ministro de Gobernación, en 1917, se aprobaron dos reglamentos para los coscos de Barcelona y Sevilla, el primero de ámbito provincial de fecha 10 de marzo de 1887 y el segundo de ámbito local y de fecha 1 de enero de 1896.

Por estas mismas fechas, el 31 de octubre de 1882, se dicta una R.O. por el Ministro de la Gobernación, a la que hacemos referencia por su especial contenido, ya que en la misma se da una respuesta a aquellos que califican el espectáculo taurino de bárbaro y opuesto a la cultura, señalando dicho precepto que si bien el Gobierno le merece todo el respeto dicha opinión, no puede dejar de autorizarlo ni intentar suprimirlo ya que sería un acto temerario por lo arraigada que está la fiesta en las costumbres populares y ello sin perjuicio de que con las distintas reformas normativas se haga desaparecer en lo posible el carácter cruento que suele revestir la misma sobre todo en las pequeñas localidades.

La reglamentación de 1917, es elaborada por el Ministro de la Gobernación, D. Joaquín Ruiz Jiménez, y es de obligado cumplimiento para las Plazas de Barcelona, Bilbao, Madrid, San Sebastián, Sevilla, Valencia y Zaragoza, en todos los preceptos, y



para todas las demás plazas en lo referente a los requisitos que deberán reunir las enfermerías y también para las puyas que se utilicen en la suerte de varas. En este precepto se regulan, por vez primera, los derechos del abonado.

Corta vida tuvo el Reglamento de las Corridos de Toros, Novillos y Becerros, aprobado por una R.O. de 20 de Agosto de 1923, ya que fue reformado por otro de 9 de febrero de 1924, Norma esta que hace especial mención a los derechos económicos del espectador, de los abonos, de las suspensiones y de la prohibición de arrojar objetos al ruedo durante la lidia.

Teniendo como preámbulo la Real Pragmática de 5 de noviembre de 1754, promulgada por el Rey D. Fernando VI, por la que concedía al Hospital General de Madrid el privilegio de explotar la Plaza de Toros de la Corte para así atender el sostenimiento de dicho Hospital, por Real Decreto de 7 de mayo de 1928, se prohíbe el que dentro del término municipal de Madrid, se construya y explote otro coso taurino, no permitiéndose ninguna celebración de corridas ni novilladas ni en el término municipal de Madrid ni en la zona de ensanche del mismo, en un radio de 10 Kilómetros desde la Puerta del Sol, prohibiéndose, también en ese mismo año, por R.O. de 13 de junio, cualquier clase de capeas, cualquiera que sean las condiciones y edad del

ganado que hubiera de lidiarse, pudiéndose celebrar tan solo corridas, novilladas y festejos en los que se lidien becerros por profesionales o aficionados, ello en las condiciones que la Real Orden establece.

Es en 1930, el 12 de julio, cuando se aprueba, podríamos decir, la primera reglamentación de carácter nacional propiamente dicha, ya que la misma rige y obliga para todo el territorio nacional y que si bien fue objeto de diversas modificaciones tuvo una vigencia de 32 años hasta la aprobación del Reglamento de 1962. Durante este periodo significar la importancia de la Orden de 17 de junio de 1943, por la que se

aprueba la Reglamentación Nacional de Trabajo para el Espectáculo Taurino, ello por lo que afecta a los profesionales de la fiesta, y el Estatuto de 9 de mayo de 1958, referente al Grupo Nacional de Criadores de Toros de Lidia, obviando en este periodo de tiempo y hasta nuestros días, una cantidad enorme de preceptos que por su naturaleza y que por el poco interés que creemos tiene para el aficionado, hemos considerado no mencionarlos, nos referimos a preceptos que tienen por objeto la regularización de cuestiones fiscales, de mutualidades, de seguridad social, etc.

Desde el referido reglamento del año 62 hasta nuestros días, han pasado cerca de treinta años, periodo este de tiempo en el que ha estado vigente dicho reglamento y que dado el transcurso del tiempo, las nuevas peculiaridades que afectan a la fiesta como son el toro y el público y la adaptación de la norma a las exigencias constitucionales, ha hecho necesario una nueva regulación legal en materia de espectáculos taurinos, regulación que se ha plasmado en la ley 10/1991, de 4 de abril, y por un reglamento aprobado por el Real Decreto 176/92, de 28 de febrero. La referida ley deroga automáticamente las disposiciones anteriores contradictorias y ha sido desarrollada por el referido reglamento, preceptos estos que esperamos que se cumplan para la defensa de los intereses del aficionado, que en definitiva, es el que sustenta la fiesta.



# La pintura taurina en el siglo XIX

JOSE VALVERDE MADRID

Para estudiar la pintura de la fiesta de toros en el siglo XIX vamos a diferenciar tres etapas. La del primer tercio de siglo, neoclásico en su pintura, la del segundo tercio que llega en el tiempo hasta la proclamación de la primera república que es el tercio romántico y en tercer lugar la última etapa que es hasta los inicios del siglo XX que es cuando se hace la aparición del llamado «Medio siglo de oro español», caracterizado por el impresionismo y el simbolismo.

El primer tercio o primera etapa tiene como tope la muerte de Fernando VII. En él tenemos lo más destacado de toda la pintura taurina del siglo XIX: La Tauromaquia de Goya. Aparecida en el año 1816 su garra nos lleva a olvidar otra tauromaquia que años antes había aparecido, la de Carnicero. Ya aparece en el ámbito pictórico a destacarse las dos corrientes que en el segundo tercio se afianzarán, la progresista y la conservadora, a aquella se adscribirá su máximo representante Francisco de Goya.

Y es que en esta primera etapa del siglo predominaba el arte escultórico sobre el pictórico. El arte escultórico era, por decirlo así, el de Carlos III. El mal de piedra se nota en el arte, no solamente en la arquitectura. Los mejores pintores de este primer tercio de siglo no pintan escenas taurinas. Así pasa con Vicente López, Maella y Aparicio. Carnicero es una excepción. Recordemos que era el ilustrador de aquella edición del Quijote llamada de la Academia que es un orgullo de la mejor impresión que en siglo XVIII se hiciera.

El segundo tercio del siglo XIX es el que ha dado la denominación a todo él de romántico y en cuanto al arte pictórico y señaladamente en la faceta de la pintura taurina hay que diferenciar dos corrientes, la progresista y la conservadora.

La primera es la de la escuela romántica madrileña. Alenza y Lucas recogen la veta brava goyesca pero también la influencia del romanticismo europeo. Por el contrario el arte romántico conservador, continuador



«Toreros en el siglo XIX», por José Villegas.

de la pintura del siglo XVIII continúa en Sevilla principalmente. Varias causas contribuyen a esto. En primer lugar la aparición del turismo. El viajero encuentra en Andalucía, y en general en toda España, catedrales góticas puras, mezquitas, acueductos romanos y cosos taurinos. Un viajero decía que lo que más le había impresionado de toda España eran las posadas y los cosos taurinos. España, que había estado cerrada en sí misma, con la invasión francesa y luego

la de los Cien mil hijos de San Luis es un foco turístico para el vecino país. Todo le choca al viajero pero principalmente la fiesta de toros y quiere llevarse no solamente cuadernos de tauromaquia sino, también, cuadros de caballete con la representación de las suertes de la corrida.

Los pintores granadinos y sevillanos no dan paz a su paleta haciendo cuadritos costumbristas en los que aparecen toreros y majas. Los Cabral, Los Bécquer, Escacena, Rodríguez de



Guzmán y Cortés venden y se repiten en su arte pues es lo que cotiza en las ventas. José Elbo pinta toradas como si fuera un artista holandés del seiscientos. Uno de los Bécquer, Joaquín, hace un cuadro de una corrida de toros en la Maestranza sevillana que se compara con la mejor pintura vedutista italiana.

Otra causa de esta prosperidad en el arte pictórico conservador sevillano y granadino es que los grandes cortijos producto de la corriente desamortizadora hace que se vuelva al campo. Este se idealiza. La corte del Duque de Montpensier en Sevilla crea la feria de ganado que se extiende por toda Andalucía y los pintores reflejan la feria y también el campo andaluz. Los pintores extranjeros se recrean con los detalles típicos de los caseríos andaluces y de la Alhambra granadina. Pero también, como antes dijimos, los pintores sevillanos se recrean pintando el paisaje andaluz. Un ejemplo lo tenemos en el onubense, afincado en Córdoba, Romero Barros que pinta deliciosos paisajes y también naturalezas muertas que son los cuadros principalmente pedidos por la clientela. Chaves haría unos deliciosos interiores de tabernas y escenas taurinas que le muestran como el digno heredero de los Cabral y de los Bécquer las dinastías de pintores conservadores, cuyo arte es lo más opuesto a la veta brava de los madrileños Lucas y Alenza.

Mas también aparece la crítica sobre esta pintura en el mismo tercio romántico. Se dice que lo que representan los pintores es falso, que no hay torero ni picador que esté todo el día vestido de luces y con la pica en la mano. Es el estertor de lo falso. Pura escenografía. En la literatura los tres vizcondes románticos Chateaubriand, Alembert y Víctor Hugo y el duque romántico, el de Rivas nos han llevado a un mundo irreal que es el que siguen los artistas conservadores. Y surge como reacción el último tercio del siglo XIX, el de la iniciación del medio siglo de oro español, el de la generación del 98, el del impresionismo y el del simbolismo.

Manet, Monet y Renoir, los grandes pintores franceses, pintan temas taurinos siguiendo la veta brava de Goya y sus seguidores, pero también tenemos en España impresionistas. No solamente lo son Gimeno y Beruete sino también aquel gran pintor que

fue Mariano Fortuny con su corrida de toros, Sorolla con su paseo de las cuadrillas, el gran lienzo de toros de la Hispanic Society y el cuadro del picador de la colección madrileña y, en la pintura murciana de fin de siglo, Inocencio Medina Vera con su gran cuadro «A casa que llueve» que obtuvo una tercera medalla en la exposición Nacional a la que lo llevó el gran artista en los albores del siglo XX aunque fue pintado a fines de siglo XIX ya que representa en él a dos toreros, Guerrita y Fuentes, en su dura competencia y todos sabemos que el Guerra se retira a fines del siglo.

Nos detendremos brevemente en este último artista. Nacido en Archena en el año 1876, era hijo de un maestro de allí y primo hermano de Vicente Medina el poeta de la huerta murciana. Muy joven, en el año 1899, le tenemos presentándose a una Nacional con unos bellísimos dibujos. Luego obtendría con el cuadro impresionista taurino que antes dijimos la tercera medalla en la Nacional de 1904. Colaboró en Blanco y Negro en aquel magnífico plantel de artistas que no había como ellos en toda Europa. Se presentó en 1915 a la Medalla de Honor y no la obtuvo. Desengañado fue a Buenos Aires y allí vendió muchos cuadros e hizo



«Garrochista», por Francisco Iturrino.

retratos, recuperándose económicamente pero en cambio se le acentuó la tuberculosis. Regresa a España y en Madrid se siente peor volviéndose a su pueblo Archena donde murió en el año 1917.

Siguen la línea impresionista, con esa pincelada corta y paleta clara Marcelino de Unceta y Angel Lizcano, este con tanta y tanta escena taurina, Ramón Casas, con su cuadro de los alrededores de la plaza de toros de Madrid en un día de corrida y Dario de Regoyos. Mientras que los sevillanos Villegas, García Ramos y García Rodríguez están en línea conservadora antecedente de los pintores románticos. ¡Cuan diferente es Medina Vera, en «A casa que llueve», de «la Muerte del diestro», el monumental cuadro de Villegas!.

Más el último tercio del siglo XIX era tan variado que también en España tenemos representantes de una corriente pictórica muy fin de siglo: la simbolista. Julio Romero de Torres y Egon Schiele son sus mas destacadas figuras. Pues bien, el primero no solamente pinta retratos de toreros sino que en el Poema de Córdoba reproduce suertes taurinas o en el fondo de algún cuadro como el del trianero Juan Belmonte, pero todo muy en estilo suyo con abundancia de un cromatismo verdiazul delicioso. En sus carteles sigue esta línea simbolista mientras que los seguidores de la veta brava como son Roberto Domingo, Ricardo Marín, Casero, Martínez de León y Ruano Llopis siguen la norma impresionista que es la que cuadra a la representación de las escenas de la fiesta nacional.

A medias entre el simbolismo y el impresionismo tenemos al gran artista Ignacio Zuloaga. Pertenece su arte pictórico al siglo XIX y por eso lo traemos aquí así como a Francisco Iturrino, aquel es, por decirlo así, el pintor de la generación del 98, éste — Iturrino — el representante de la pintura fauve en España. Otro gran artista cuyas toradas y toreros son geniales. Nacido en Santander en el año 1864, recorrió toda Europa como buen artista bohemio, pero sus cuadros de manolas y de toros están pintados en Córdoba donde fue con Matisse a ver a Julio Romero su gran amigo y en la llamada cerca de Lagartijo fueron pintados muchos de esos cuadros que son ejemplo de la vanguardia artística europea en fin de siglo.



# Los tres califas

CARLOS VALVERDE CASTILLA

Es importante poner de manifiesto el valor, la categoría, lo que dieron a la fiesta estos califas, que le dieron nombre a la plaza de toros de Córdoba para que sirva de atracción y de modelo a los toreros de hoy. Porque el Califato cordobés no es una entelequia, no es un recuerdo de unas glorias que ya duermen en unos museos como recuerdos de un pasado irreversible, en absoluto. El Califato cordobés es un ente vivo, que está ahora sede vacante, pero con unas expectativas maravillosas para cubrirse, yo creo, antes de que termine el presente siglo. Y no nació el califato por generación espontánea ni por casualidad, no; el califato cordobés tiene sus raíces en el año 1862, hace exactamente 130 años.

Coincidió aquel año que mató su toro «Pepete», que tomó la alternativa «Bocanegra», que mató su primer toro «Lagartijo» y que nació «Guerrita». Es decir que por la rueda de la historia taurina de Córdoba, fueron pasando enlazados, el que terminaba, el que llegaba, el que empieza y el que nace. Y de ahí que vengan los «Califas» enlazados todos unos por otros.

Tenían que pasar todavía un par de lustros para que «Lagartijo» empezara a dominar su competencia don «Frasculo». La primera competencia, a mi juicio, del toreo moderno. Y entonces, cuando ya el dominio era claro, fue cuando aquel gran periodista Mariano de Cavia «Sobaquillo» como revistero taurino, le diera a Rafael I el sobrenombre de Califa. Y ciertamente acertó con el nombre porque «Lagartijo» tenía toda la elegancia displicente y aventurera de un príncipe árabe. Y lo mismo su falta de previsión. Por eso quizás alargó su estancia y su trabajo en los ruedos más de la cuenta para los tiempos que entonces corrían y para los toros que entonces tenían que lidiar.

Fue un, digamos, elegante aventurero que no le dio importancia a su profesión, a su categoría, que vivió modestamente, que gastó su dinero en mecenas o en que los jornaleros cordobeses tuvieran un modo de vivir

decente; que ayudó a sus compañeros y que alcanzó las cotas más altas del arte taurino que se dieron en el siglo XIX. Fue «Lagartijo» el torero que elevó a la categoría de arte la lidia de las reses bravas. Es fama, que se corría en su tiempo la voz de que valía la pena comprar la entrada por verlo hacer el «paseíllo» y había un monosabio que el día que salía «Lagartijo» vestido de blanco y oro al pasar por delante de él se descubría y



Rafael Molina y Sánchez «Lagartijo»

decía: «la custodia» porque era lo que le recordaba la elegancia, la majestad, el señorío que llevaba dentro Rafael Molina.

Pero cuando Rafael Molina, cumplido su ciclo taurino, decide retirarse de los toros tenía ya más de 50 años. No tenía realmente una gran fortuna, aunque había ganado mucho dinero, porque lo había gastado, porque no había sido en absoluto avaro de sus riquezas y había dado a manos llenas. Como aquella vez en que acudió a él muy desilusionado, forza-

do por las circunstancias, Antonio Sánchez «El Tato» al que le embargaban los enseres más íntimos de su casa porque no podía pagar unas deudas porque se había quedado inútil, cojo de una cornada. Y a Rafael le faltó tiempo cuando recibió el telegrama angustioso de su compañero, de tomar el primer tren para Sevilla y con una talega con duros, hacer frente a las deudas de su compañero Antonio. Y se vino para Córdoba después, con la tranquilidad de que había hecho una obra de misericordia, de que había cumplido un deber de amistad con el compañero desgraciado y con la misma seguridad de que aquel desembolso no iba a recuperarlo. Sin embargo en los estoques, que se conservan en su armario, (en ese museo taurino, que tan amorosamente cuida Rafael) están entre los estoques de «Lagartijo» el estoque que usó el «Tato» al estoquear el toro que le dio la cornada que le hizo perder la pierna. Con una dedicatoria en la misma hoja, grabada, del estoque que es verdaderamente impresionante.

Y cuando «Lagartijo» terminaba su ciclo realmente un poco en decadencia, terminó lidiando cinco corridas de toros él solo. A 6 toros de Veragua por tarde en las primeras plazas de España. Y se retiró a su Santa Marina y aunque no tenía gran capital, tenía lo suficiente para alternar con sus amigos los piconeros y cuando alguna noche volvía a su casa con alguna copa de más, bastoneaba al toro «Hortelano» de impresionante cabeza, que se conserva en el museo taurino. Y entre el cariño de sus piconeros, la sencillez de los hombres de Córdoba, la admiración de todos y el respeto de todos, se murió Lagartijo una mañana de agosto cuando estaba el siglo XIX para acabar. Pero no solamente dejó elevada al arte la categoría del toreo, sino que dejó bien asentado el trono del califato taurino.

No es cierta la letra de esa coplilla tan conocida de que «en lo alto de la sierra, Córdoba tiene un cortijo, donde le dio «Lagartijo» la primera lección al «Guerra», no. Porque Rafael I lo que le dio a «Guerrita» no fue la lección primera, sino la última.

Cuando «Guerrita» ingresó en la



cuadrilla de «Lagartijo» llevaba 9 años de aprendizaje con «Caniqui», «Lavi», «Bocanegra» y el señor Fernando «El Gallo» el padre de la gloriosa descendencia.

Durante unos 9 años se pudo decir que había cursado la carrera taurina con sobresaliente aprovechamiento pero para la categoría de aquel hombre hacía falta algo más; tenía que obtener el doctorado y eso fue lo que cursó en dos campañas, en dos temporadas a las órdenes de «Lagartijo»; bien es verdad, que «Lagartijo», maduro ya por completo sin descendencia, observando en el otro Rafael las condiciones tan extraordinarias para la lidia de reses, la afición que el muchacho tenía, lo acogió con gran cariño y cuidó de ultimar su formación. Y cuando con 25 años cumplidos, maduro como hombre y como torero, «Lagartijo» lo vio ya, en pleno rendimiento, en plenas condiciones, le dio la alternativa en la única plaza que aquellos dos grandes hombres podían uno dar y el otro tomar la alternativa, la plaza de Madrid, que entonces era ciertamente la primera del mundo y hoy la han convertido por desgracia en la plaza de los cabestros. Y por eso mismo «Guerrita» no tuvo luego que confirmar la alternativa. Aquello fue realmente bautizo, confirmación, matrimonio, todos los sacramentos que hicieron de aquel hombre un torero extraordinario. Lagartijo se pudo retirar tranquilo sabiendo que el trono del Califato se encontraba bien ocupado.

«Guerrita» fue un hombre que, dotado de unas condiciones físicas realmente extraordinarias que él cuidaba con mucho celo, con una inteligencia clara, natural, prodigiosa y con una afición sin límites, fue a lo largo de su larga carrera de formación taurina asimilando lo mejor de cada uno de sus compañeros y de cada uno de sus maestros y así llegó a ser un compendio, una enciclopedia de todo lo mejor del toreo del siglo XIX.

Si Lagartijo fue el califa de la elegancia, Guerrita fue el califa del poderío.

Pero está visto que vivimos en una país de iconoclastas y que aquellos aficionados y sobre todo escritores taurinos que tanto le habían alabado, que tanto habían contribuido a su encumbramiento, sobre todo los de la villa y corte, empezaron una guerra despiadada e injusta contra él: «Que toreaba toros chicos, que cobraba

mucho, que se había portado mal con su maestro Lagartijo, que era avaro de su riqueza». En fin una serie de circunstancias que realmente amargaron el final taurino de Rafael.

Pero la cosa se puso todavía más grave cuando por cierta circunstancia no pudo acceder a torear una corrida benéfica en Madrid para lo que fue invitado. Se desataron los ánimos, trataron a «Guerrita» con una injusticia tremenda. Pero «Guerrita» tenía mal pronto para el que lo ofendía y lanzó su tremenda y clara sentencia:

«En Madrid que atoree San Isidro». Y ya no volvió. Desde luego, perdieron más los madrileños.



Rafael Guerra «Guerrita».

Aunque era hombre de un espíritu templado y recio, no cabe duda que esta campaña terminó por amargarle y él mismo lo confesó cuando aquel 15 de octubre 1899 vivió la última corrida contratada en la Feria del Pilar; despidió a la cuadrilla y se lamentó diciendo:

«No me voy de los toros, me echan».

Pero se fue de los toros como todo lo que hacía aquel hombre. No volvió a los ruedos por mucho que lo tentaron después. Y días más tarde en el patio de su casa de la calle Góngora nº 12, aquella coleta que había peina-

do la cabeza más inteligente que había cubierto montera en el siglo XIX, se separó de ella, y se repartió en artístico guardaperlo que como verdaderas reliquias conservaron sus hijas.

Así como «Lagartijo» había dejado el trono ocupado por «Guerrita». Cuando «Guerrita» se retira al final del siglo XIX no hay nadie habilitado para ocuparlo. Ciertamente que Rafael González «Machaquito» ponía el corazón detrás del estoque, pero le faltaba un punto de elegancia, le faltaba quizás una categoría artística que entonces se disputaba y se la llevaba «Bombita».

Pero, Rafael Guerra no fue un hombre que tuviera prisa. Lo mismo que se fue haciendo torero, terminó tomando la alternativa con 25 años cumplidos, se sentó en su palco de la calle Gondomar a esperar. Y esperó. Y en pleno verano de 1917, lo invitan al bautizo de un hijo del «Sagahón» y de la Señá Angustias, la que había sido anteriormente mujer del «Lagartijo Chico» el hijo de Juan Molina.

No estaban las relaciones muy claras ni muy amistosas entre Manolete padre y Guerrita. El Sagahón se iba agriando en su carácter por una afección que le llegó a la vista y que le imposibilitó para continuar su carrera taurina. Era un hombre amargado, abusaba algunas veces de la bebida y se descomponía. Tuvo sus más y sus menos en el club Guerrita y por estas circunstancias Rafael no fue al bautizo de Manolete. Pero le mandó una cadena de oro con una medalla de San Rafael que Manolete llevó siempre hasta su muerte.

Y así cuando Guerrita murió en febrero del año 1941 ya se pudo dejar entregado el cetro del Califato a quien iba a sustituirlo con todo merecimiento.

He dicho que Lagartijo fue el califa de la elegancia, que Guerrita fue el califa del poderío; Manolete fue el califa de la tristeza.

Tristeza de una orfandad prematura, tristeza de un criarse entre faldas de mujeres, tristeza de la escasez a que conduce una situación económica difícil, tristeza de no tener un hermano con el que compartir juegos e ilusiones. Toda esta tristeza se fue acumulando en el alma de Manolete y asomaba a sus ojos grandes y tristes con una mueca no de desespera-



ción pero si de pena y que le acompañó siempre.

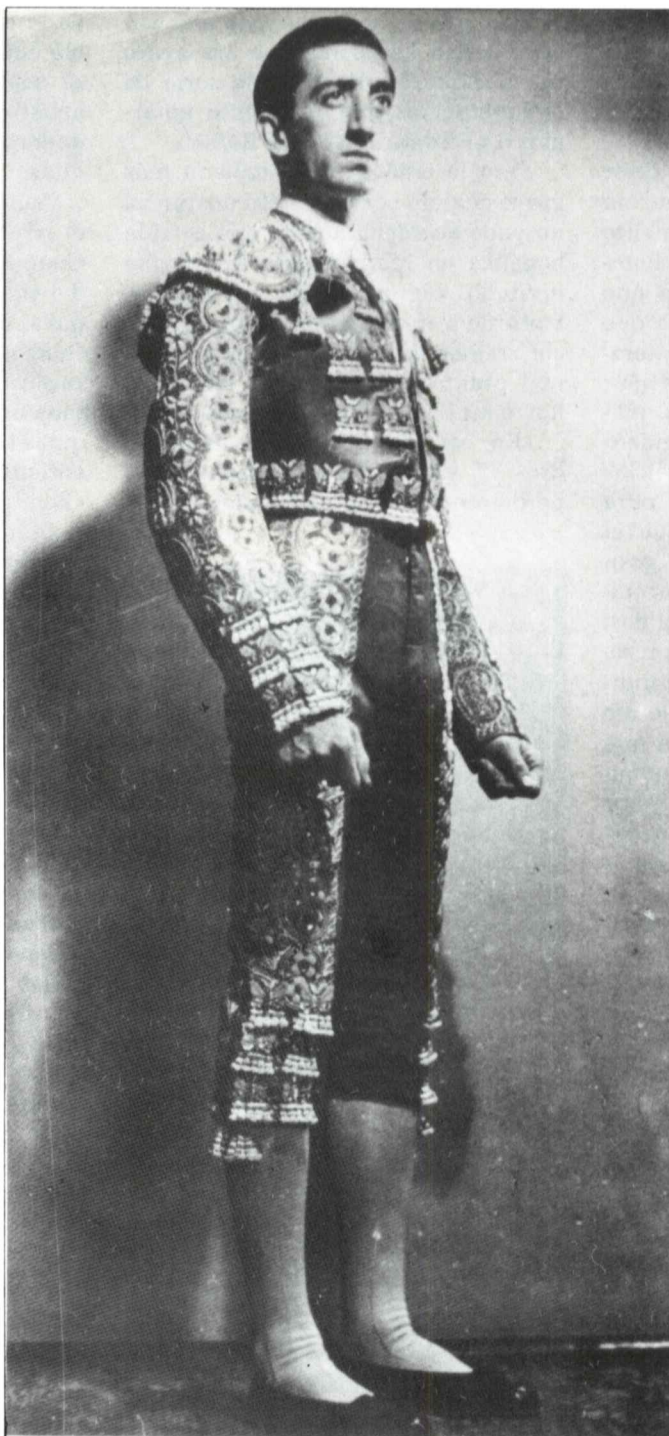
Sabéis que Manolete no fue hombre de multitudes nada más que en las plazas. Tenía pocos amigos y muy buenos. No era hombre de bullas; sin embargo a su alrededor se unió la flor de la intelectualidad aquella noche de invierno en Lhardy para contar sus méritos. Y él, modestamente, que sabía que no podía lucir un esmoquin y menos un frac porque no era lo suyo, se encargó ese traje corto de lujo, que está en el museo, para cumplir debidamente con aquellos señores. Y les dio las gracias con sencillez y todos salieron de allí admirando todavía más la sencillez, la hombría, la categoría de aquel Manolete.

Manolete era un hombre tremendamente tímido, como tímido fue Juan Belmonte, de quien Manolo fue después continuador; no es una casualidad. Era un hombre de una sensibilidad extraordinaria, era un hombre de una majestad natural como había sido Lagartijo.

El gran K. Hito dijo que «Manolete fue en su tiempo el rey de los toreros, pero si hubiera sido pobre, hubiera sido el rey de los mendigos, por su majestad».

Aquella majestad al final de su vida se vio también amargada como la del Califa segundo, porque la gente lo increpaba injustamente. Y da estremecimiento pensar cuando ve uno hoy las primeras figuras del toreo, los más granados, que andan ya por la cuarentena, con 12, 14 o 16 años de alternativa o más, que Manolete murió con 30 años recién cumplidos y sólo 8 de alternativa en la cual había llegado a su cenit.

Y era consciente de lo que significaba en el toreo y por ello no desdeñó ir a matar miuras a una plaza de un pueblo. Y sabía que podía aliviarse al entrarle a matar a Islero, precisamente, por su categoría de matador de toros y hubiera sido igual; pero no podía hacerlo Manolete porque se veía a sí mismo y aun menos delante de



Manuel Rodríguez «Manolete»

aquel joven y poderosísimo torero que estaba haciéndole la guerra, dispuesto a desbancarle. Tenía que cumplir con quien era y murió matando.

Acaso, cuando ve uno esta muerte tan pronto, tan joven y acabado taurinamente, quizás físicamente, piensa uno, si esa mirada suya lejana, como perdida, triste, no fuera un presagio de su sino.

Pero esta palabra «sino» tiene en Manolete una significación muy contraria. De una parte personifica a la

única mujer a la que Manolete amó con verdadera pasión, con entrega física y espiritual. Por otro lado tiene el presagio de una muerte temprana, aquella muerte que sorprendió separados a estos dos enamorados que ya no pudieron verse más.

Las últimas palabras de Manolete fueron para el doctor: «Don Luis, no veo». Se apagaron sus ojos, antes que su vida.

Esa gloria que tuvo Manolete, es la gloria que tienen los toreros, lo que engrandece realmente a la fiesta.

He puesto de ejemplo a los tres califas, sin olvidar que antes y después de Manolete ha habido en Córdoba grandes toreros, famosos, poderosos, ricos, populares, pero que a mi modesto entender no han llegado a la cumbre del Califato y sin que esto sea desconocer sus méritos.

Pienso que en el cielo y entre los mismos ángeles también hay sus diferencias y sus categorías y estos tres califas son los que tienen que servir de ejemplo y de imán para los toreros de hoy.

En Córdoba hay una baraja de toreros y novilleros entre los cuales hay muchas promesas para llegar a ser grandes toreros.

De ellos tiene que salir el que ocupe el trono del califato vacante.

Mientras eso ocurre, los tres califas muy cerca unos de otros, arrojados amorosamente por la tierra del cementerio de la Salud, esperan el clarín de los ángeles para hacer el paseillo de la eternidad por el cielo azul de los luceros y delante irá en una jaca de Cañero el Arcángel San Rafael y a su paso los ángeles le harán palmas desde los palcos del cielo.

*Segunda parte del pregón pronunciado por Carlos Valverde Castilla, con motivo de la feria taurina cordobesa de 1992.*

Transcripción: J. Yepes



# El torero como sumo sacerdote

TOMAS MORALES CAÑEDO

Quien me conoce sabe que soy poco amigo de preceptos de obligado cumplimiento, que me dan asco las prohibiciones y que aplaudo siempre lo permitido porque deja al descubierto mi libertad de elección para hacer o no hacer y, al hacerme cargo de ello, cargo con la responsabilidad.

¡Qué le vamos a hacer!. Yo soy así. Me gustan los toros. Y me gusta, sobre todo, disfrutar con el disfrute de los aficionados ante la faena rematada, como se me alegra el corazón cuando los auténticos verdes consiguen salvar una especie animal de la especulación del dinero y no permiten que el hormigón humille a la alameda.

Cuando le preguntaron a Pitágoras a qué iba él a Olimpia respondió:

«A los juegos olímpicos acuden tres clases de personas:

—Los que acuden para participar y triunfar y poderse así llevar la fama y la gloria de la victoria.

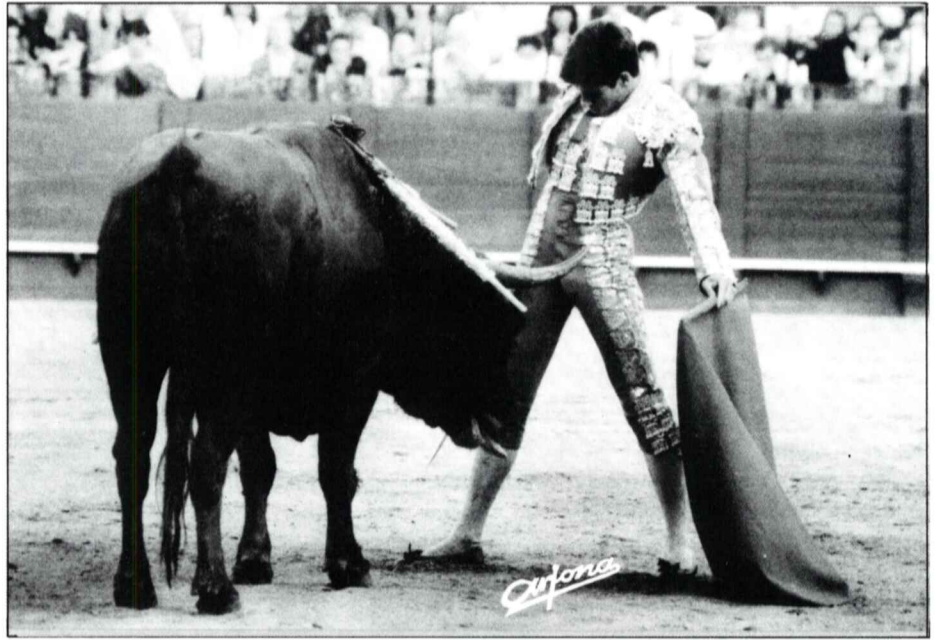
—Los que asisten para apostar, para hacer tratos y negocios y poder así ganar dinero.

—Y los filósofos, que somos los que vamos a los juegos por el simple placer de disfrutar del espectáculo que se está produciendo ante nosotros. Aquí me encuentro yo».

Yo también me considero entre este tercer tipo de personas.

Y quien me conozca un poco sabe que prefiero la cabeza al corazón, que siento querencia por la sangre fría, por la ceremonia pausada y calmada, por el saber hacer sobrio y reposado, por el estar sereno, por la faena precisa, por el toreo a escuadra, por Apolo en el ruedo, por la escuela rondeña, por los Romeros, por A. Ordóñez, por el Viti.

Y respeto, pero no comparto, la temeridad innecesaria, el tremendismo, la improvisación, el toreo jugueteo y voluntarioso, el siempre inquieto, el siempre capaz de algo más y algo distinto, el de lo vistoso y nunca visto, el de lo alegre, de lo movido, de los saltitos de la rana, de Dionisos en la arena, de la antigua



escuela sevillana, de los Diego Valor, el Cordobés,...

Prefiero el contenido valioso y oculto al envase multicolor y llamativo. Me quedo en el qué en desprecio del cómo. Me gusta el contenido no el tetrabrick.

Permitidme que yo, salmantino de nacimiento y andaluz de adopción, mezcla de sangre charra y ambiente del sur, asistente bastante habitual a becerradas y capeas en mis tiempos de infancia, adolescencia y primera juventud en aquella finca que D. Alipio Pérez Tabernero tenía (no sé si la seguirán teniendo sus hijos) a la derecha de la carretera de Béjar, reflexione en voz alta sobre el toro, el toreo, el mundo taurino...

¿Que cómo debió empezar todo esto de los toros?. Partiendo de unos hechos, yo tengo derecho a lanzar mi hipótesis (refutable por supuesto) del posible origen de la tauromaquia.

Desde siempre (y nos lo recuerdan de cuando en cuando los crucigramas) existía en Europa, pastando libre por los valles, el antiguo toro, llamado URO.

Los hombres tendrían hambre y su constante afán sería cazarlo para comérselo. Pero la hazaña era peligrosa. Ni en fuerza, ni en velocidad, ni en resistencia tendría nada que

hacer el cazador ante aquel animal salvaje, por lo que recurriría a la maña, a la astucia, a la inteligencia, para cansarlo y dominarlo. Bien a cuerpo limpio, bien con un engaño (trapo o ramas...) comenzaría el cazador a darle quiebros y recortes para cansarlo y poder después todos los espectadores-acompañantes caer sobre el animal exhausto, matarlo y comerlo.

Así veo yo la fiesta de los toros, como la celebración inconsciente del antiguo rito de la caza para alimentar a toda la comunidad. Y si el guerrero es alabado porque facilita extensión a la comunidad, ¿por qué no el torero que le facilita alimento?.

Pero al principio (y continúo con mi hipótesis) sería el toro quien impulsara su ley. Ese toro bravo que primero fue salvaje y con el tiempo se iría (lo irían) convirtiendo en toro de lidia.

La primera tauromaquia (o arte de lidiar toros) tendría que adecuarse, o imponer o aconsejar modos o formas de poder lidiar ese toro que ya existía. Pero lidiarlo para cansarlo, cazarlo, matarlo y comerlo. Y la comunidad celebraría y ensalzaría a ese hombre ágil que, con su habilidad, les haría viable la existencia.

Y se iría creando al lado del carác-



ter sagrado y mítico del toro, como fuente de alimento, la aureola de reconocimiento y de fama en torno al torero que, como el sol, o el fuego, pone al alcance de la comunidad la comida necesaria. Y así se iría estableciendo el rito, siendo el torero el sumo sacerdote, que se sacrifica (y no le importa) exponiendo su vida en cada lance, pero haciendo posible el sustento comunitario, dándose por bien pagado.

El toro morirá, el torero será encumbrado y la comunidad organizará el posterior banquete concediéndole el sitio preferente o las partes de carne preferidas.

En este acontecimiento, pues, se conjugan, y todos de forma necesaria, los siguientes elementos:

—La fiera del animal.

—Las habilidades capaces de burlar esa fiera (bravura).

—El dominio de la inteligencia sobre la fuerza bruta (aunque noble) e instintiva.

—El rito sagrado-profano de la preparación-inicio-desarrollo-culminación del encuentro hombre-toro, inteligencia-instinto.

—La fiesta consiguiente que remata todo el acontecimiento, la alegría, el júbilo.

—El reconocimiento debido.

Por lo tanto, que no se confunda una corrida de toros con un matadero o degolladero.

Que no se confunda al torero con un matarife-carnicero.

Que no se identifique al aficionado con un sádico deseoso de ver sangre.

Toro, torero y aficionado. No habría espectáculo si faltara uno de los tres ingredientes. Cierre, por un momento, los ojos el lector, y piense qué fiesta sería (si fuera fiesta) cuando uno de los tres estuviera ausente. ¿Público y toro sin torero?, absurdo. ¿Público y torero sin toro?. Aberrante. ¿Toro y torero sin público?. Locura.

Todos son necesarios. ¿Qué son los aplausos, los olés y los vivas sino el asentimiento manifiesto de que la inteligencia y la destreza se están imponiendo a la fiera y a la fuerza?

He dicho antes que al principio quien mandaba era (debía ser) el toro,



y a él tendría que acoplarse el torero, pero es casi seguro que al correr del tiempo, al aparecer los ganaderos profesionales, se invierte el proceso y sea el toro, hábilmente manipulado, el que vaya adecuándose a las normas o modos o gustos que se fueran imponiendo en la tauromaquia.

Si en 1865 el fraile agustino Méndel descubrió las leyes de la transmisión de los caracteres hereditarios, un andaluz, sevillano, de Utrera, ya en el siglo XVIII tuvo la intuición de que la bravura y el tipo (la constitución zootécnica) podrían ser hereditarios, y se le ocurre, por ello, someter a diversas pruebas a las vacas de vientre (paridoras) con la intención de llevar al matadero a las que no superaran unos mínimos de bravura y dejando como hembras de cría a las seleccionadas.

Más alto, todavía, puso el listón de bravura para los machos aspirantes a toros y sementales.

Esta intuición, llevada a la práctica, irá haciendo aparecer un tipo determinado de toro, de constitución precisa, cornamenta concreta, talla determinada,... El toro salvaje se ha convertido en toro bravo. El campo

libre en coso taurino. El banquete alimenticio en tarde placer. El privilegio del puesto en la mesa y degustar las partes mejores del animal, en honorarios. El quiebro en toreó. Lo que en un primer comienzo era necesidad queda convertido en arte. Yo también soy de los que cree que el toro se ha convertido en estética cuando ha dejado de estar al servicio de una necesidad vital, cuando ha dejado de ser útil pero alguien siente en su interior una fuerza, una necesidad que le urge manifestarse como encuentro o comunión con el toro y todo un público, fiel a su inconsciente colectivo de raza humana, acude a agradecer en nombre de todas las generaciones pasadas el arrojo y el valor que todavía ahora alguien muestra en conmemoración o recuerdo de lo que antes sí era necesario que alguien lo hiciera.

De los tres tipos de toros que, parece ser, habría al principio, los navarros, los castellanos y los andaluces, se han quedado reducidos a estos dos.

Pero vuelvo otra vez a la hipótesis de la posible causa del toro a pie.

Mientras en los valles-montañas navarros sería más fácil «jugar» a esquivar-quebrar-cortar al toro al que puedes tú vigilar desde lejos y sorprenderlo en cortas distancias, con burladeros naturales o parapetos arbóreos que te sirvieran de burladeros, en las grandes extensiones planas del campo charro o andaluz tuvo que ser más difícil hacer eso porque uno «sería visto» por el toro desde lejos, lo que multiplicaba el peligro. Por lo que parece normal que fuera en Andalucía, con un caballo árabe bonito y capaz, donde a lomos del caballo comenzase no sólo a cuidar y dirigir al ganado de un sitio a otro sino que fuera la cuna del rejoneo o lidia a caballo.

Además el toro navarro se iría haciendo imposible para la lidia, al «aprender» el animal, porque a un toro sólo se le puede engañar una vez, luego descubre el engaño y busca el cuerpo, con lo que el peligro se multiplicaría. No es de extrañar que





ANGELI RIVERA

los primeros toreros no quisieran torrear toros navarros.

La cuidada selección, los pastos, el clima, el vaquero a lomos de su caballo harán al toro andaluz el preferido por los toreros.

Ya tenemos al toro. Ya tenemos al torero, rondeño, sevillano, cordobés o salmantino. ¿Y el aficionado?.

Dicen que el público de Bilbao está obsesionado por el toro grande, mientras el aficionado madrileño es el entendido y el exigente, quedando para el aficionado sevillano el calificativo de «justo», que sólo aplaude cuando debe aplaudir. Alguien (no sé quien) dijo: «prefiero una bronca en cualquier plaza que un silencio en Sevilla. El silencio en la Maestranza es peor que un insulto, es un repudio, es la tácita manifestación de que ni siquiera mereces que abra la boca para gritarte» (muy fuerte, y muy bonito, ¿no crees?).

Y yo que, como he dicho antes, soy

medio salmantino medio cordobés, también tengo derecho a decir que ver un natural donde quede trazada la línea recta invisible de torero-muleta-toro merece darle gracias a los dioses de que el arte se manifieste en la arena.

Y hablando de dioses. No conozco a ningún torero ateo, sino siempre a cuestras con todo un álbum de estampas de vírgenes, dioses y santos. Ni conozco a ningún torero que no sea gran fumador, como si el miedo, los nervios, el temor y el temblor, concentrados y cuajados, quisiera o creyera irlos echando fuera, enganchados a las bocanadas de humo.

¿No ves una chicuelina ceñida y ajustada como el cruce de unas sevillanas con una moza en edad de merecer?.

¿No ves el citar desde lejos, el animar al toro, como el pelar la pava de dos enamorados en la reja a media noche?.

¿No ves el desarrollo de la lidia como un noviazgo entre toro y torero y el volapié certero y final como un «sí quiero» hasta la muerte en el templo sagrado, ante el sol de las cinco de la tarde y miles de testigos?.

¿No ves al toro doblado, al grito de alegría y al desplante postrero como la culminación del orgasmo?.

¿No ves el precio de tu entrada como el regalo de bodas?.

Así debe ser la corrida de toros, como una fiesta (participación) y no sólo como un espectáculo (acontecimiento).

La corrida es una ceremonia, y a ella hay que ir para disfrutarla. Quien sólo vaya para ver, no se ha enterado de la misa la media. Es como ir al Museo del Prado para merendar y contar las baldosas que hay en la sala de Las Meninas.

Todo esto que os he contado es lo que creo. He dicho.

Málaga, 15 de abril de 1992.



# Entrevista a Tomás Tejero García, expresidente de la plaza de toros de «Las Ventas» de Madrid

Tomás Tejero García, un prieguense de profesión funcionario del Cuerpo Nacional de Policía, ha sido durante tres años, de 1987 a 1989, Presidente de la Plaza de toros de «Las Ventas» de Madrid y Delegado de la Autoridad de la misma durante 15 años. Considerada esta plaza como la más importante del mundo por el número y calidad de los festejos que en ella se dan, el hecho de que Tomás Tejero la haya presidido con éxito, supone que él es, no sólo un gran aficionado, sino un experto en el arte taurino, de categoría nacional. En esta celebración del Primer Centenario de la construcción de la Plaza de Toros de Priego, nos cuenta sus experiencias en el mundo de los toros, iniciadas por supuesto en Priego y sus opiniones sobre el momento actual que vive la fiesta.



*Tomás Tejero, presidiendo una corrida en «Las Ventas» de Madrid.*

**—¿Cómo empezó su afición a los toros, desde niño?**

—Bueno, el comienzo de la afición era escuchar a mi padre y a la gente mayor que hablaba de toros, ir a ver el apartado y si era posible colarme para ver el desencajonamiento. Después, si podía iba a la corrida o a la novillada y en última instancia, como todos los chiquillos de Priego, íbamos a ver el sexto toro, que era cuando abrían las puertas de la plaza. Me acuerdo que en Priego se montó una novillada para el desaparecido Instituto Laboral, cuando era director del mismo D. Rafael Garzón, con novillos de su ganadería. Pues hubo un toro que no quería salir de la jaula y tuvieron que encender papeles por la parte posterior de la jaula, hasta que salió. Con posterioridad, cuando empezó el Yiyo, iba a verlo torear a puerta cerrada en la plaza para entrenamiento.

**—¿Cómo se desarrolló su afición a los toros cuando salió de Priego?**

—Cuando salí de Priego en 1965, a Madrid, mi hermano Paco, también gran aficionado, que por esas fechas trabajaba en Toledo, me invitaba a cuantas corridas se celebraban en esa ciudad, ello con independencia de asistir a algún festejo en Las Ventas. Cuando gané las oposiciones fui des-

tinado a Barcelona, donde me enrolé voluntariamente en los equipos taurinos de la Monumental de Barcelona. Quiero reseñar que los equipos taurinos, dentro de la policía son los que asisten oficialmente a las corridas, estando formados por el Presidente, un Delegado de la Autoridad y tres auxiliares.

**—¿Cómo llegó a ser Presidente de la plaza de las Ventas, considerada como la más importante del mundo?**

—Cuando volví a Madrid en el año 70, iba con cierta frecuencia a los toros como simple aficionado, incluso solía viajar a alguna ciudad a ver toros. Unos años más tarde me integré de nuevo en los equipos taurinos, primero de auxiliar, después de delegado con los presidentes D. Enrique Mantecón Pérez y D. Juan Font Jarabo, desgraciadamente ya fallecidos. Como Delegado de la Autoridad estuve unos 15 años y durante ese tiempo no me perdía ni una sola corrida. En el año 1984, la Comisaría General de Documentación de la Dirección General de la Policía, consideró oportuno hacer unos cursos de Presidentes para dar un conocimiento más exhaustivo de la aplicación del Reglamento así como para conseguir que los presidentes de todas las plazas de España tuvieran unas con-

ductas más o menos homogéneas. Participé en estos primeros cursos y me propusieron ser Presidente pero no acepté. Con posterioridad me ofrecieron nuevamente el cargo y en este segundo envite sí acepté. Ahora, lo que yo siempre he hecho en Madrid desde que estoy en los equipos de toros es ir por la mañana a los reconocimientos, aun cuando no estaba de servicio. Yo, lo poco que sé de toros lo he aprendido más en los apartados que en la misma corrida; en la corrida he visto la conducta del toro a la hora de lidiarse, pero en los reconocimientos se formaba una tertulia con los veterinarios y algunos aficionados de postín, tomando unos vinitos en los aledaños de la plaza, y escuchando se aprende de toros.

**—Cuéntenos alguna anécdota de sus tres años como Presidente de la Plaza de Madrid.**

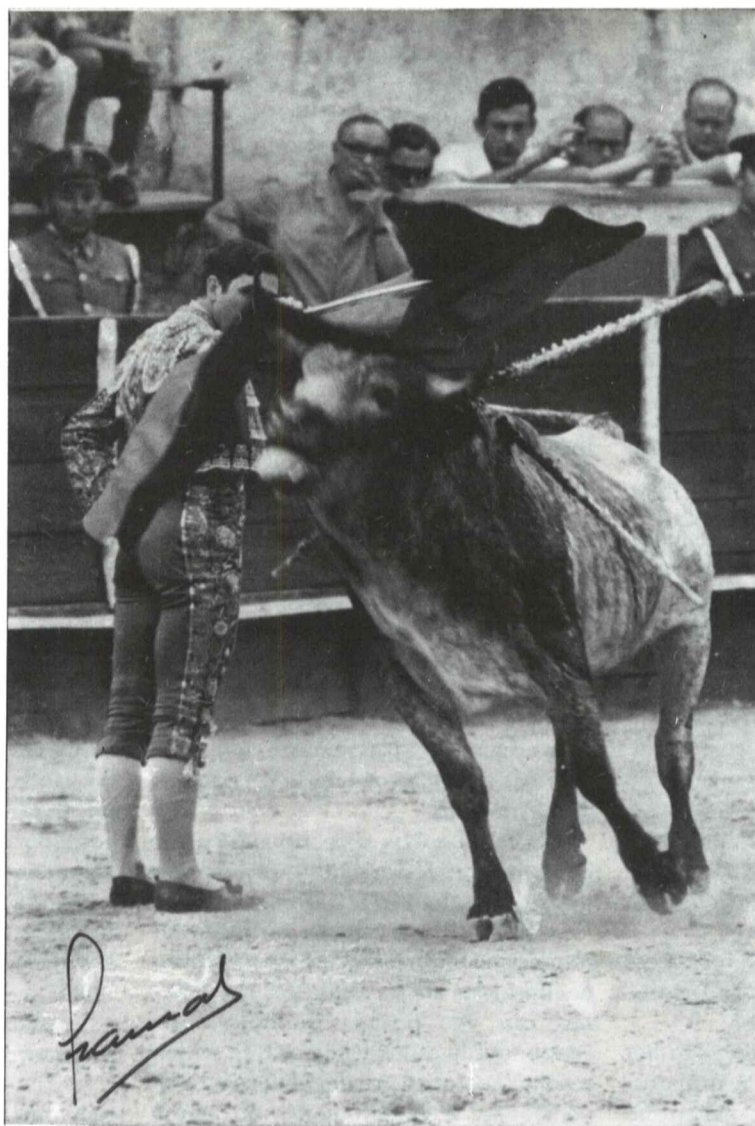
—Tengo muchas, pero la anécdota que más me ha hecho pensar fue en una novillada en la que toreaban Rafi de la Viña, el Niño de la Taurina y David Luguillano. Los novillos eran de Martín Peñato y esta es la experiencia más desagradable que yo he tenido como Presidente. Rafi de la Viña toreó bastante bien en el primer novillo, le di una oreja y en el segundo que era el quinto, toreó muy bien; yo con el asesor taurino que tenía y el



veterinario, acordamos que si mataba bien se le concedían las dos orejas y en caso contrario, una sola. La estocada fue un bajonazo, pero el toro cayó rápidamente. La mayoría de los espectadores pensó que le había dado una buena estocada, cuando realmente no fue así y en consecuencia no era merecedor de dos orejas. En realidad, como ya salía por la puerta grande, poco podía perjudicarle, pero a mi me armaron la bronca más impresionante que le han armado a un presidente en la plaza de Madrid. Esa bronca, es conocidísima, tuve que salir de la plaza escoltado por la policía nacional, cosa que era la primera vez que ocurría. Yo no quería en modo alguno hacerle perjuicio a este torero y es más, no sólo no le hice perjuicio sino que al fin y al cabo lo beneficié porque se estuvo hablando de la oreja meses y meses. Todavía cuando Rafi la Viña va a torear a algún sitio y reparten estos carteles de publicidad gratuita, recuerdan todavía que Rafi de la Viña armó una gran bronca al presidente de la plaza de Madrid. Todavía se aprovechan de eso para hacerle publicidad al torero. Yo tuve un cargo de conciencia tremendo porque desde luego perjudicar a nadie en el mundo de los toros, está fuera de mi órbita. En Madrid sucede que una oreja mal concedido perjudica mucho más que una bronca por no conceder una oreja. El caso es que después todos los medios de comunicación sin excepción alguna, me dieron la razón por la decisión que tomé. Figúrate cómo fue la bronca, que el comentarista taurino de *El País*, don Joaquín Vidal, titulaba la crónica «La que se armó por una oreja».

—¿Ha hablado con Rafi de la Viña después de aquel incidente?

—Por supuesto, yo le entregué un premio de una peña poco después de aquello, le dije que nunca había querido perjudicarle y lo entendió perfec-



tamente. Otra anécdota curiosa me ocurrió en una corrida de beneficencia que toreaban Joselito, Fernando Cepeda y Manzanares. En el último toro, ya se había levantado la gente en el palco del Rey y entonces asomó el Rey un poco la cabeza y me dijo: «Presidente, que pido la oreja»... Y entonces yo me dije, «pues si la pide el Rey, ahí la tiene usted». Y le di una oreja a Fernando Cepeda. Tampoco tuvo mayor importancia porque era una oreja, si hubiera sido la segunda que supone que el torero sale por la puerta grande, entonces no se la doy aunque lo pida el Rey.

—Y los del tendido del 7 ¿no le han pitado nunca?

—Indudablemente que sí, pero personalmente opino que en el tendido del 7 hay una gran afición y unos grandes entendidos. Yo me acuerdo de tiempos no muy lejanos, cuando en Madrid se lidiaban corridas de toros sin el trapío suficiente para la

categoría de la plaza, con independencia del afeitado y todo eso. Aquello era una gran degradación y fueron los del 7 los que con sus protestas, llevaron el toro «toro» a Madrid. ¿Que ahora se pasan? También es verdad; ahora ven toros inválidos por todas partes. Yo cuando era Presidente les decía, dejarme por lo menos dos o tres minutos que veamos al toro bien, que le veamos andar... no porque yo no quiera devolver un toro sino porque los sobreros suelen ser peores, que para eso los ponen de sobreros. Lo que sucede es que hubo un año en Madrid que con los sobreros se hicieron unas faenas impresionantes, como aquellos sobreros que trajo Chopera de Antonio Ordóñez, que fue el sobrero con el que triunfó el desaparecido Yiyo o el sobrero de Atanasio con el que triunfó Joselito. Pero lo normal es que los sobreros sean peores.

—¿De las corridas que ha presidido en Madrid de cual guarda un mejor recuerdo?

—La mejor corrida que yo he presidido ha sido la de Miura. Llevaba Miura 14 o 15 años sin ir a Madrid y aquel año presidí yo la corrida. Yo soy torista, y puedo decir que son los toros más bonitos que he visto en mi vida, presentó una corrida preciosa y la torearon Ruiz Miguel y Tomás Campuzano, mano a mano. En esta corrida los subalternos me pidieron por la mañana en el sorteo de las reses, que les aliviara el tercio de banderillas dentro de mis posibilidades, dado que estos toros, como se suele decir en el argot taurino, «miden mucho» y en un toro de Tomás Campuzano, cambié el tercio de banderillas con dos pares nada más, ya que poner el tercero era un auténtico peligro... Pues por este solo motivo, los del 7 también me armaron una buena bronca. Precisamente esta corrida se televisó para toda España y como asesor veterinario, tenía a don



Jesús Bengoechea Ricard, que tan magnífica conferencia nos ha dado hace unos días sobre el tercio de varas.

**—Antes hemos hablado de su estancia en Barcelona, ¿cómo ha podido caer tanto la afición a los toros allí?**

—Yo no creo que haya decaído tanto sino que Barcelona no tiene ese «caché» que tienen Madrid o Sevilla en el mundo de los toros. La afición sigue yendo a la plaza, pero es diferente; en Barcelona yo nunca he visto la plaza llena, no tienen una feria taurina y... es la ciudad más europea de España por lo que el tema de los toros pasa más desapercibido. De otra parte han podido influir decisiones como la del Alcalde de Figueras que ha querido quitar la feria taurina y en otros pueblos han prohibido las corridas e incluso hay alguna ley de la Generalitat que pone cortapisas a los festejos de toros con motivo de la defensa de los derechos de los animales. A mi me parece una tontería, algo que se debe a una persona antitaurina con un cargo político que no se hace eco de lo que es la realidad de la fiesta nacional.

**—¿Cree que en el futuro la Comunidad Europea podría intentar eliminar las corridas?**

—No, ya lo han intentado pero no han podido. La fiesta de los toros es una fiesta popular, con un origen de siglos y no creo yo que la CE pueda hacer nada. Mi experiencia a este respecto es todo lo contrario, cuando yo presidí la corrida de la prensa con los toros de Victorino Martín y como matador único Roberto Domínguez, estaban allí los eurodiputados y yo no encontré en prensa ni en radio nada contra los toros sino que los vi interesados en conocer el contenido y el desarrollo de la fiesta. Esa es una guerra perdida desde el principio porque, ¿cómo van a hablar por ejemplo los ingleses si ellos tienen cosas mucho peores que el mundo de los toros?.

**—¿Encuentra alguna razón de peso entre las que aportan los antitaurinos?**

—Yo no encuentro ninguna razón de verdadero peso. Pueden gustar más o menos los toros, pero reitero, para mi no existe ningún motivo de vital importancia para degradar nuestra fiesta nacional en los términos que ellos lo hacen. No obstante he de

decir en este sentido que yo lo paso mal cuando se lidia un toro de los que se suelen llamar «manso de solemnidad», que rehuye constantemente la pelea en todos los tercios de la lidia. Es bastante difícil encontrar toros de estas características; alguna bravura tienen todos los toros de lidia, a veces se lee en las crónicas taurinas que el toro ha sido manso en el tercio de varas y después «rompe» en el tercio de muleta, o sea, que ha sido bravo en este tercio.

**—¿Esos toros «mansos de solemnidad» no deberían ser lidiados?**

—Según el vigente Reglamento Taurino, como el anterior, no puede devolverse un toro por manso, es más, objetivamente habría pocos motivos para su devolución, ya que los toros mansos, al no emplearse en la lidia, nunca se caen; de otra parte, los toros mansos tienen su lidia, por cierto a veces bastante interesante, en función del matador al que le corresponde su muerte.

**—¿Y los toros que no están en condiciones físicas adecuadas, por ejemplo cojos, afeitados...?**

—Desde luego ningún toro que no tenga las condiciones adecuadas puede lidiarse, entre ellas las condiciones que me acabas de enumerar; realmente lo que sucede es que en los reconocimientos previos de los veterinarios se rechazan como no aptos para la lidia. Lo preocupante son las caídas de los toros y la poca fuerza que durante la lidia llegan a tener. Respecto a las caídas, sé que los ganaderos están muy preocupados con este problema y no saben por qué se caen los toros. En relación a la fuerza que debe tener el toro para aguantar una lidia en toda su regla, es algo que escasea en las dehesas españolas, hecho que también preocupa a los buenos ganaderos. En este sentido he de decir que se protesta la devolución de estos toros porque cierto sector de la prensa taurina ha venido en llamarlos inválidos, no aptos para la lidia y yo en este punto discrepo, salvo que la carencia de fuerza sea motivo de continuas caídas; entonces sí hay que devolver el toro.

**—He oído decir que en el mundo de los toros, el mejor es el toro. ¿Usted que ha llegado a ser Presidente de la mejor plaza del mundo cómo lo ve?**

—¡Hombre!. Yo creo que eso es como en todos los espectáculos, siempre hay el tío malo, una maraña de gente que rodea a los protagonistas y que cada uno busca algo allí. Lo que pasa es que en los toros es más llamativo, están los piratas de los hoteles, los que van a pedir entradas... Alrededor del torero hay más gente que alrededor de cualquier otro actor o protagonista de cualquier espectáculo. Yo creo que eso es un refrán que dice que el que más vergüenza tiene en el mundo de los toros es el toro. Hay gente con vergüenza también en los toros, en una cosa tan conflictiva como el mundo de los toros; eso sí que es cierto, que es un mundo muy conflictivo.

**—¿Los propios toreros se ponen zancadillas unos a otros?**

—Pienso que como en todas las profesiones. Lo que se echa de menos ahora es la competitividad entre las primeras figuras del escalafón taurino. No veo que se piquen unos a otros en el tercio de quites como me han contado sucedía en otras épocas con Manolete, Arruza, etc. Yo diría que el tercio de quites ha desaparecido, salvo algunas excepciones, fundamentalmente en novilleros que quieren llegar a ser figuras.

**—¿Qué opina de «El Cordobés» y de su época?**

—Yo opino que fue una época revolucionaria en cuanto que promocionó mucho la fiesta. Fue un revulsivo en una época en que hacía falta un torero que moviera a la gente. Sin embargo fue una época en que no había un toro en puntas en ninguna plaza, según cuentan los entendidos en esta materia del afeitado.

**—¿Si volviera aportaría algo?**

—Yo creo que si volviera torearía de otra manera. El Cordobés fue un torero valiente, un hombre que dio mucho al toreo pero que por otra parte dicen que también lo perjudicó. Yo lo respeto muchísimo, pero a mi no me ha llenado. A mi el toreo tremendista no me gusta.

**—¿Cree que los toreros que mueren en la plaza, pasan a ser mitos del toreo y se les sobrevalora por haber muerto en la plaza?**

—Evidentemente. El torero que muere en la plaza y que ya tiene cierto renombre, como Paquirri, Yiyo, se convierten en mitos. Los demás se olvidan cuando no llegan a triunfar plenamente. Manolete por ejemplo fue



un gran torero, con un temple y un gusto impresionante, cuando murió era una figura consagrada. Era el monstruo de Córdoba, en Córdoba no ha habido otro torero como ese.

**—¿Sería posible hoy una revolución en el mundo de los toros como la que supuso Belmonte por ejemplo?**

—Yo creo que no... Belmonte sacó el temple, el toreo quieto y actualmente, las escuelas taurinas están haciendo mucho. Los muchachos salen ya sabiéndole andar al toro. No creo yo posible una revolución como la de Belmonte, porque el último que ha intentado revolucionar algo a la hora de interpretar el toreo ha sido Paco Ojeda con esa quietud y eso que ha venido a llamarse el «ojedismo» yo creo que no ha cuajado. El toreo es eso, el templar, el mandar y el ligar, tan sencillo y tan difícil como eso. Antes de Belmonte el toreo era la lidia, simplemente preparar al toro para matar, difícilmente toreaban con la izquierda, fue Belmonte quien interpretó el toreo como hoy nos gusta.

**—¿Cuales son los toreros jóvenes que ve con más proyección hacia el futuro?**

—A mi me gustaría que Finito triunfara, porque tiene mucho gusto toreando. Yo le he visto tres veces y creo que puede llegar a ser una gran figura del toreo si es que, como vulgarmente se dice, se echa para adelante. Otros que están dando fuerte son Caballero, Enrique Ponce... En el momento en que un torero hace una faena en Madrid o Sevilla la gente se les vuelca, lo que pasa es que los toreros jóvenes parecen conformistas; a mi me gustaría que estos jóvenes empujaran de verdad para que parte del escalafón se fuera a su casa, que ya tienen edad para irse. Hay toreros que tienen su temporada hecha se arrimen o no, y los jóvenes no deberían de permitir eso.

**—Se dice que en los pueblos ya no se pueden dar toros, que esto se ha quedado para las grandes capitales.**

—Lo que sucede actualmente es el alto coste que supone el montar una corrida de toros con cierto tirón de



*Belmonte da un pase por alto en la Maestranza.*

público, fundamentalmente por los honorarios de los toreros, que yo respeto profundamente, pero deberían tener muy en cuenta que en una capital de provincia donde haya una cierta tradición taurina, se celebra una feria en la que se dan varios festejos y la empresa que organiza los mismos tiene una mayor defensa a la hora de compensar pérdidas y ganancias, circunstancia que no sucede en la mayoría de los pueblos de España, donde generalmente se celebra una sola corrida en los festejos tradicionales. Imagínate el descalabro económico que le puede suponer a un empresario de pueblo si el día de la corrida tiene que suspender la misma por cualquier motivo. Por ello pienso que si los toreros bajaran sus tarifas en función del número de localidades y asistentes al espectáculo, harían un gran favor a la fiesta nacional y en definitiva a ellos mismos, ya que viven de ella.

**—¿La televisión está beneficiando o perjudicando a los toros?**

—Todo lo que sea darle publicidad a una cosa, la beneficia.

**—Pero el que ha visto treinta corridas por televisión luego no va a la plaza.**

—Al verdadero aficionado lo que le gusta es ir a la plaza, el ambiente no es el mismo. La total belleza y esplendor de una corrida de toros, donde más se vive y se siente es desde luego, en la propia plaza.

**—¿Le gustaría que alguno de sus hijos fuera torero?**

—Yo no animaría a ninguno de

mis hijos a hacer algo que no les gustara. Eso es muy complicado. Ya se lo he dicho varias veces y no quiere ninguno. La que es muy aficionada es mi hija que va todos los domingos a los toros.

**—¿La mujer sigue sin tener acceso a los toros?**

—No, la mujer tiene hoy acceso a lo que quiere, eso era antes. Yo conozco muchas mujeres que son grandes aficionadas y que saben muchísimo de toros. Yo he visto dar conferencias a María Lourdes Pérez Tabernero que es ganadera y sabe de toros horrores y tiente vacas y toma nota y...en el mundo de los toros

las mujeres tienen tanto protagonismo como pueda tener un hombre.

**—Me refiero a ser torero o torera, banderillera, etc.**

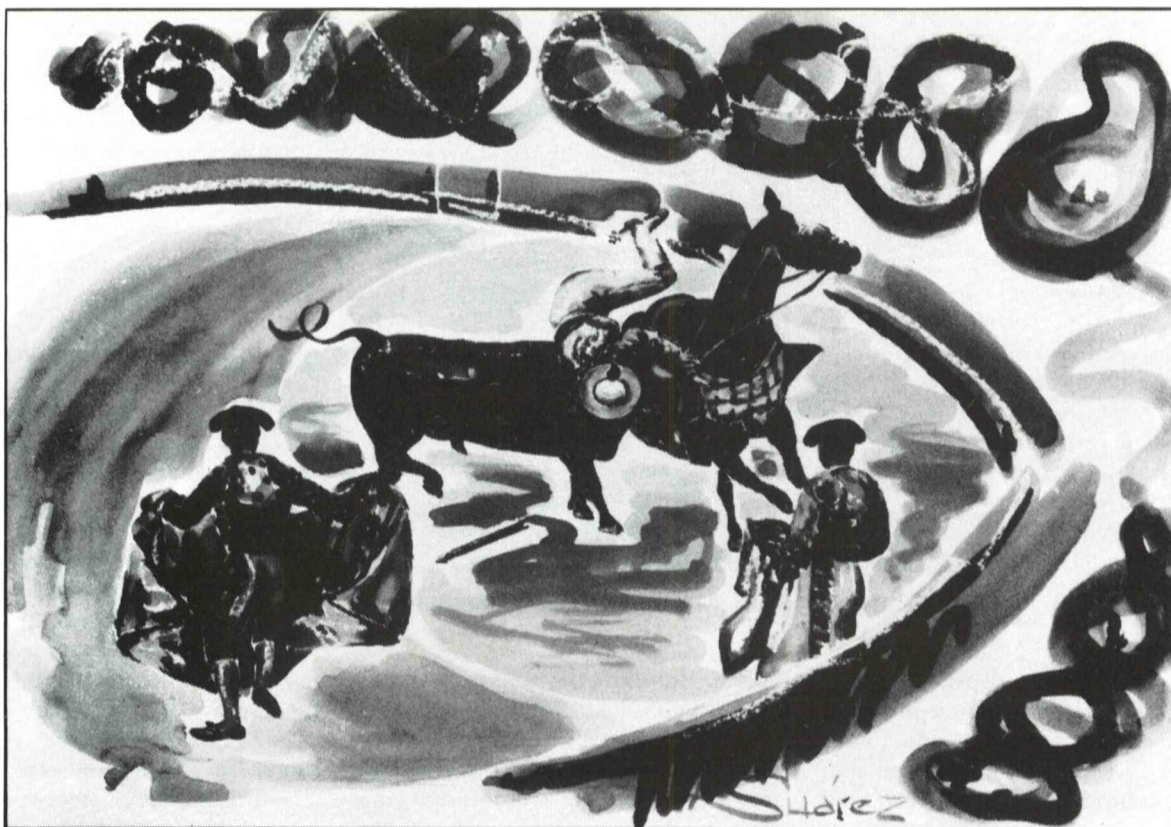
—Bueno eso ya es otra cosa. Ahora mismo hay una torera de Albacete que está toreando muy bien, en Ronda cortó hace poco dos orejas y rabo; creo que hay intención de presentarla en Madrid. Realmente en ser torero la mujer sí está en segundo plano, no sé por qué, porque desde luego acceso a ello tiene. Pero lo que es como aficionada, son grandes entendidas y grandes aficionadas.

**—Qué opina sobre la situación de la plaza de toros de Priego.**

—Pienso que la solución ideal es que el Ayuntamiento llegara a un acuerdo con la propiedad para su compra, dado que de esta manera podría utilizarse para otros fines en beneficio del pueblo. De otra parte, la conservación y restauración de la misma, según mi modesta opinión estaría más asegurada, no porque los dueños hayan olvidado hacerla sino por la poca rentabilidad que se ha obtenido durante los últimos años según los comentarios que me han llegado. En cuanto al precio de la misma, es algo que entra dentro de la ley de la oferta y la demanda y es evidente que son pocas las personas que van comprando plazas de toros con escasa rentabilidad como anteriormente he mencionado. En este tema, quiero dejar bien claro que respeto al máximo la voluntad de la propiedad en cuanto al fin que quiera darle a la plaza de toros.

*Entrevistó: M.Forcada*





P. G. SUAREZ

## Plaza de Toros

P. G. SUAREZ

A mi amigo Miguel Forcada,  
en el primer centenario de la plaza de toros de Priego.

*Plaza tallada en la roca hace cien años  
al margen del sendero  
por donse sale un pueblo de cien siglos...  
El astro-sol se va también por Carcabuey marchando  
mientras Sierra de Leones  
con un jirón de nube colorada  
marca una larga y lenta afarolada  
revolando por encima del Cerro Carpintero.  
Pero esto será luego...  
cuando diestros y respetable se hayan ido  
y en el desolladero  
no queden ya más toros desollando.  
Volvamos a la plaza centenaria  
de complicada geometría de asistencias  
adaptadas al discurrir de la montaña:  
pasadizos, chiqueros, entresuelos y estrechos callejones*

*plataformas, portillos y portones  
para distribuir la peligrosa mercancía cornalera,  
el patio de caballos, los servicios  
la enfermería, el pilón y la fuente  
para llegar por fin al propiamente coso  
la cegadora luz del aro o el anillo,  
las hileras de gradas y los palcos  
y en el ruedo dorado del albero  
esa arena caliente  
que se empapa con la sangre y el miedo,  
y la barrera almagre  
separación de la vida y la muerte.  
Cuántas veces timbales y clarines en un siglo  
tu puerta de toriles han abierto  
y han surgido de sus tinieblas negras,  
negras exalaciones, cenizas o bermejas...  
que entre nubes de polvo y de bramidos,  
bufando y resoplando,  
pisan el albero con fiereza  
y es tal la majestad de encornadura  
de estrepitosa aparición tan breve  
que en cosa de segundos  
al simple espectador petrificado  
se le encoge el corazón y el alma*



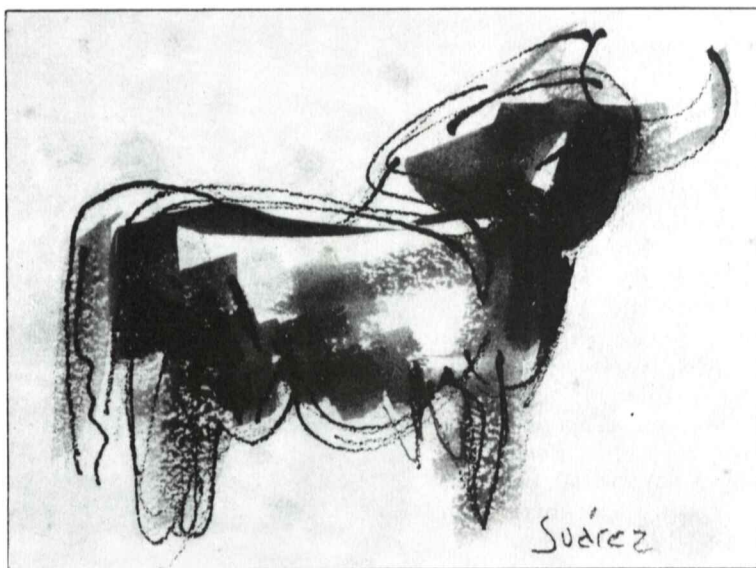
pues parecen querer, comerse el mundo entero.  
 ¡Cuánto morlaco, cornúpeta, burel o astado  
 ha franqueado tu puerta de los miedos!  
 de toda capa, pinta, color, tono y pelaje,  
 así pasó el berrendo con sus variados tintes,  
 cenizo, ensabanado y jabonero,  
 el jirón o bermejo, castaño, retinto y colorado,  
 cárdeno, sardo y salinero,  
 las tres clases más típicas del negro:  
 mulato  
 mate  
 y el más lustroso y puro con reflejos metálicos de azul,  
 el azabache.

Intencionadamente, dejo atrás el zahino  
 pues esta cualidad que a veces  
 al negro bien se aplica,  
 no es exclusiva suya  
 puede valer para cualquiera capa,  
 con tal de que no lleve entremezclados  
 pelos blancos u otros  
 que a su pureza, intensidad restara.  
 También está el perlino  
 albahío, barroso, atizonado  
 y a más del ordinario, el sardo jaspeado,  
 melocotón, nevado y carbonero  
 y el no menos bonito colorado.  
 Capuchino, careto y capirote  
 carinegro, carninevado o caribello  
 entrepelado, llorón y remendado.  
 No es más listo el listón  
 ni el más limpio lavado  
 ni salpicado, al que el agua salpica  
 ni al que las moscas pican mosqueado...  
 caripintado, semi-careto, carifosco, ojinegro,  
 ojo de perdiz, bociblanco, lucero y ojalado.  
 ¡Oh genuina plaza  
 de cien años toreros centenaria!  
 Si el torilero, desde su principio  
 en el portón que el corazón oprime  
 de las de hoy, una computadora  
 hubiese allí tenido colocada,  
 podrías enseñar ahora al mundo entero  
 el más amplio tratado de Zootecnia  
 taurómaco-taurínico-torero...  
 Vamos por la mitad tan sólo,  
 mientras público quede espectador y sentado  
 y alerta y pertinaces los toreros,  
 con sombrero de copa impasible el Presidente  
 y por el callejón bullendo, hormigueando  
 areneros, monosabios, mulilleros...  
 aún quedan más toros, sin contar el sobrero  
 y sin hablar de cuernos  
 (astifino, mogón, corniveleto...)  
 que hay más que en una olla grande de caracoles  
 o que en la misma luna...  
 los estamos solamente citando

por el color del pelo;  
 y es que el vocabulario de los bravos  
 es más que largo, por no decir eterno.  
 El del hocico oscuro se llama bocinegro,  
 bocinero, hocinero o jocinero,  
 díganme entonces ¡señores del tendido!  
 con estas progresiones ¿a dónde llegaremos?  
 Es meleno o greñudo  
 el que con rizos embellece su frente,  
 y si de adornos vamos: gargantillo  
 lombardo, jirón, aldinegro y albardado  
 o también el de feria, alunarado...  
 O los que por su aspecto singular y fiero  
 más espantoso pánico han causado,  
 a pesar de su nombre de cocina  
 chorreado en morcillo,  
 o el que es aún peor, en verdugo chorreado,  
 y no digamos nada si es aleopardado;  
 anteadado, coliblanco o rabiblanco  
 rebarbo, calzón y calcetero,  
 aparejado y también cinchado  
 y bragado, meano y botinero.  
 Y aún quedan más, sin contar el sobrero...  
 es flaca la memoria del viejo torilero,  
 me contaba una vez del ganado bravo.  
 que cuanto más se mira y se conoce  
 más embelesan la casta y el trapío  
 temperamento y genio  
 bravura, poder, nervio y dureza  
 ¡gallardía, nobleza y señorío...!  
 Y siempre remataba la faena  
 con los versos de un insigne poeta:  
 «Y sienten en la sangre  
 el celo y la querencia.  
 ¡Parécenme sagrados  
 toros que van a una pagana fiesta!»

Córdoba, 22 de junio de 1992

P. G. SUAREZ





## «Obrero de la casta y amigo de la bravura»

JOSE GONZALEZ ROPERO  
JOSE ANTONIO GARCIA PUYUELO

Queremos que en este número especial de *Adarve*, se de a conocer de una forma sencilla, la labor paciente, humilde, silenciosa, mítica, incluso de ciencia de este viejo Mayoral. Este se inició en el apasionante mundo de la cría del toro bravo allá por los años 40, iniciando su dilatada labor en la Casa de don Juan Belmonte. Está prácticamente concluyendo su larga trayectoria, en este templo de casta, raza, nobleza y bravura, que es el Toruño, propiedad de los señores Guardiola. Aquí son criados con exquisito esmero estos famosos toros, de Guardiola. Hemos optado por el Mayoral, Luis Saavedra, por su amplio palmarés de éxitos en su dilatada carrera, conseguidos tanto en plazas españolas como extranjeras y que tuvo su máximo exponente en el año 1988, en el cual le fueron otorgados 9 premios a los encastes legendarios que pastan en el Toruño. Muestra de ello fue aquel «Peleón» número 67 que fue indultado en la plaza de Ronda y que fue amigo de Luis y gran exponente de casta y alegría en el caballo y clase y nobleza en la mula. Tras acudir tres veces al caballo y, recibir un impresionante castigo que posteriormente le costaría la vida, de nuevo fue puesto en suerte de varas casi en la puerta de toriles, acudiendo al encuentro del castoreño con esa prontitud y alegría que caracterizan estos ejemplares de impresionante trapío y fina lámina. No sólo aficionados de Sevilla con «Topinero» número 26, los de Ronda con Peleón número 67, en Mont de Marsan, Francia, con «Puntilla» número 76, «Mimoso» con el 51 en Ciu-

dad Real, «Abeja» con el 77 en Pamplona o «Fuente Chica» con el número 103 en Almería, tuvieron la oportunidad de apreciar el buen juego de cada uno de estos notables toros, también los aficionados de Priego y su entorno, tuvimos la oportunidad de presenciar cómo los ejemplares que se crían en el Toruño derramaron bravura en nuestra plaza. A aquel llamado «Jubilado» número 16 se le concedió la vuelta al ruedo, tras ser desorejado por partida doble por Fermín Vioque.

Quisieramos resaltar que el conjunto de circunstancias que han derivado en tantos éxitos para la vacada de los señores Guardiola, no es sino

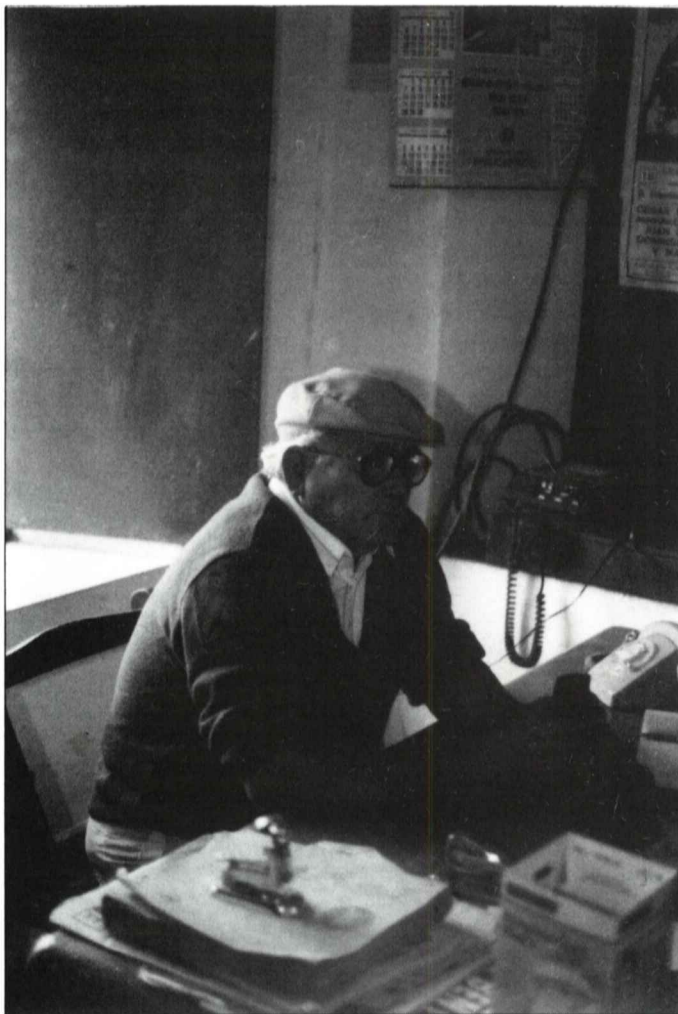
por el buen entendimiento que existe entre los responsables de la ganadería Juan Guardiola, director de la ganadería, Javier Guardiola y ese magnífico profesional que es don Luis Saavedra. Luis nos comentó: «Hay diferentes tipos de ganaderos y que para tener posibilidades de éxito hace falta por parte de los mismos, que en definitiva son los máximos responsables, la tenencia de un conocimiento perfecto y un seguimiento adecuado de la vacada».

Tras esta breve introducción damos paso a la entrevista realizada a Luis Saavedra en la finca el Toruño el día 23-5-92:

Sobre las 11 de la mañana llegamos a la finca denominada el «Toruño» José A. García Puyuelo, mi hijo Ernesto y un servidor. Nos encontramos a Luis con los vaqueros preparando el pienso de los toros. Nada más vernos nos saludamos. Mientras Luis organizó su trabajo, nosotros pudimos ver las magníficas instalaciones del Toruño. Este nombre le viene de antes del reinado de Carlos VII. Al parecer en este lugar se refugiaba a vivir el toro bravo cuando las aguas del Guadalquivir subían de nivel.

Posteriormente Luis nos recibió en su despacho, a la entrada del cortijo, cuajado de carteles taurinos, hasta en el techo. El despacho es sencillo, tiene una mesa de trabajo, varias sillas, teléfono y una emisora que le sirve para comunicarse con las distintas partes de la finca. Pegado al techo, sobre un rincón, hay un nido de golondrinas, la madre nos interrumpe de vez en cuando al dar de comer a sus crías.

**J. González.**— Luis nos encontramos aquí para que nos hable, de cómo es la



Luis Saavedra.



vida de un hombre del campo bravo, ya que la fiesta brava no sólo es ver salir al toro por la puerta de toriles y lidiarlo en las distintas suertes. Anteriormente a todo eso hay muchas etapas que preceden a tal momento y que la mayoría de los aficionados no tienen la oportunidad de poder apreciar. ¿Cuándo se inició en la crianza del toro bravo?

Luis Saavedra.—Sobre el año 1940-41 en la casta de Juan Belmonte, después me fui a la mili, nada mas volver me casé y en esta casa nacieron mis dos hijos varones y la mayor de mis hijas.

**J.G.**— ¿Cuántos años lleva en la casa de Guardiola?

—Desde el año 1958, en septiembre harán 34 años.

**J.G.**— ¿Cuáles son los encastes de esta casa?

—Son los Villamarta y los Pedrajas, éstos últimos se lídian a nombre de doña María Luisa Domínguez. Estos toros son los que tradicionalmente se lídian el lunes de resaca en la feria de Sevilla.

**J.G.**— ¿Cuál es la vida cotidiana que realiza un mayoral?

—Todas las mañanas me voy con los vaqueros a echar el pienso, ahora que estoy más viejo y monto poco a caballo, pero cuando estaba bien todas las mañanas cogía el caballo y repasaba toda la camada a ver si había alguno enfermo o herido por alguna pelea. También compruebo que los piensos se reparten bien, en definitiva, velar por la ganadería que es mi obligación.

**J.G.**— ¿Cuándo en los medios de comunicación se comprueba que algún ganadero ha tenido un éxito con sus toros, qué parte de este éxito corresponde al mayoral?

—Los mayoresales quedamos en un segundo plano, y pasa como en todas las cosas, los laureles son para el ganadero. En el fondo es algo normal porque nosotros al fin y al cabo somos unos obreros (con mayor o menor categoría), estamos al servicio del ganadero y tenemos que llevar para adelante las responsabilidades que se nos encomiendan.

**J.G.**— Cuando los resultados no son los deseados, ¿también son los ganaderos los que se llevan los sinsabores?

—Eso de los sinsabores, no creas tú, ésos se los lleva uno más que el ganadero, es la pura realidad. Lo sufres más, porque lo vives más, su-



fres en el campo y en la plaza. No hago referencia a ningún ganadero en concreto, pero ¿cuántos de ellos van al campo o acompañan a sus toros a la plaza?

**J.G.**— ¿Cuál es la composición de una ganadería, cuántas vacas de vientre hay, sementales, etc.? Hábleme por ejemplo de ésta.

—Me vas a perdonar, «mi alma», pero eso es secreto profesional. Cada rama tiene sus vacas y sus sementales y los distintos encastes se llevan cada uno por separado, incluso pastan en distintas dehesas.

**J.G.**— ¿Cuál es el número ideal de vacas que se le pueden echar a un semental?

—Lo normal es que sean de 25 a 30 para «ver al toro», porque lo mismo el semental es bueno para dar machos y malo para hembras o viceversa, o en ambos. Este es un trabajo muy difícil, te puedes equivocar muy fácilmente.

**J.G.**— ¿Cuáles son las principales características de esta ganadería, que tiene una especial atracción para los aficionados llamados toristas?

—Las características sobre todo de los de procedencia Pedrajas, son la nobleza y la prontitud que tienen en el caballo, y los de Villamarta, también salen buenos. Concretamente en una retienta el otro día, un becerro de Pedrajas se arrancó hasta 12 veces al caballo, dándole la máxima largura. Cuando se transportaban los toros andando por las veredas, éstos de Pedrajas eran los más rezagados, y algunas veces me tenía que quitar el cinto para darles un azote, yo no llevaba palos, ahora, cuando se les

calienta el «cascabullo», como yo digo, lo puedes matar que no cede.

**J.G.**— Nos habla usted de la nobleza de estos toros, de lo cual yo puedo dar fe, se puede comprobar como se entra en los distintos apartados y no suelen hacer ningún extraño. Por ejemplo te encontrabas a «curro» que era un toro hecho y derecho y se venía hacia ti para que le rascaras. También yo he visto como usted entra en los apartados, echa el pie a tierra del caballo y acaricia a los toros, éstos al poco tiempo van a ser lidiados. ¿Que nos puede decir de ellos?

—Yo tuve hace unos cuantos años un grupo de toros y a todos los acariciaba, me aconsejaron en «la casa» que dejara de hacerlo porque un veterinario decía que los toros se pondrían mansos y después no embestirían. Pero eso ya pasó. Tengo que decir que el toro bravo para mí es un animal muy noble, con todo lo que quieran decir de él, es un animal muy agradecido y como le hagas algo que le guste siempre te lo agradecerá. Yo me he metido en algunas ocasiones con un grupo de 14 ó 16 toros, me han rodeado y se empujaban unos a los otros para que les rascase. Para mí eso es algo fabuloso.

Comenta ahora Pepe Puyuelo que el mundo de los toros lo desconoce. Se ha dado una vuelta por el cortijo y ha visto a los toros muy tranquilos, pero cuando el toro es apartado y se transporta, Pepe cree que empieza un auténtico calvario para el toro. Luis Saavedra le comenta sobre esta cuestión: imagínese que usted está



libre y le cogen y le meten en la cárcel, pues de igual manera se comporta el toro. El toro en el momento en que se encuentra solo los nervios «se lo comen», aunque tengo que decir que nuestros toros son bastante tranquilos.

**Pepe G. Puyuelo.**— Han habido en los últimos meses una oleada de cogidas graves, incluso de muertes. ¿Cree usted que es debido a la pugna tan fuerte que hay entre toreros y que se arriman mucho, o que la bravura de los toros va en aumento?

—Yo creo que este año los toros no están saliendo buenos para los toreros, los toros se están cayendo mucho por diversas causas, los ganaderos están intentando solucionar dicho problema y claro el toro se cae menos y tiene más peligro para el torero.

**J.G.**— ¿A qué cree que es debido, que los toros de esta ganadería no suelen caerse?

—Gracias a Dios nuestros toros no se caen, creo que el toro se cae por falta de raza. Algunas ganaderías han ido a lo comercial, o por lo menos yo pienso eso. Pero parece ser que se están dando cuenta y estos ganaderos están buscando la raza y la casta, que es lo que tiene que tener el toro bravo.

**J.G.**— De los muchos éxitos que tiene esta ganadería, díganos alguno de ellos.

—El azulejo que hay en el patio, lo concedió la Real Maestranza de Sevilla por ganar cinco años consecutivos el premio a la mejor corrida y al toro más bravo de la feria. Esto no lo ha conseguido ninguna otra ganadería, hasta ahora. Dos importantes premios también para esta casa, fueron los toros que en años consecutivos indultaron en la plaza de Ronda, uno de ellos se llamaba «Peleón», que el animalito murió a los pocos días, aquí en el Toruño y el otro es «el Piano» que aún vive. A los dos les rascaba.

**J.G.**— ¿Después de haber sido lidiado un toro, se deja acariciar?

—Si algún día venís, lo podréis comprobar.

**J.G.**— Cuando estos toros salen a la plaza impresionan porque están muy bien armados y por su brillante pelo. ¿Tiene ésto algún secreto?

—Lo del pelo brillante tiene su secreto.

**J.G.**— ¿Los ducha antes de salir del Toruño?

—Aparte de tener un pelo fino, antes de la corrida los ducho en la plaza

y salen con ese pelo tan brillante, creo que eso lo hago sólo yo.

**J.G.**— Luis, de sus dos hijos varones, ¿cuál se dedica al mundo del toro?

—Se dedican los dos. Mi hijo Luis estuvo mucho tiempo aquí conmigo y Antonio estuvo en una ganadería en la zona de Avila. En la actualidad están los dos de picadores, Antonio

*Con esta coplilla, de Juan Pedro Domecq y Díez a su Mayoral, queremos hacer un pequeño homenaje a todos los Mayorales que hacen de su profesión, su vida.*

## Coplilla del Mayoral

A Pepe Ojeda, mi mayoral  
y maestro, en la garrocha.

*Yo soy el rey a caballo  
sobre el verde corredero.  
Erales son mis vasallos  
y la garrocha mi cetro.  
El horizonte limita  
los confines de mi reino.  
Mi posesión es el aire,  
mi brújula los luceros,  
mi ruta la libertad  
de los espacios abiertos,  
mis armas son las espuelas  
y las bridas mi gobierno.  
A nadie le tengo envidia  
porque ambiciones no tengo.  
Me basta el sol que es de todos,  
el azul limpio del cielo,  
el aroma de la brisa,  
la melodía del silencio,  
la placidez de los campos  
que a mi paso voy abriendo,  
en un rosario que engarza  
cuentas de paz y sosiego.  
No tengo preocupaciones  
ni enemistades, ni pleitos.  
Los erales son de otro,  
pero, ¿para qué los quiero,  
si obedientes a mi voz,  
a mi arbitrio los someto?  
En un mundo que no es mío  
tengo poderes de dueño.  
Tengo cuanto es suficiente  
y a Dios para agradecerlo.  
¡Yo soy el rey a caballo  
en un vaqueroso reino!*

**Juan Pedro Domecq y Díez**

va con Ponce y Luis va con el Litri.

**J.G.**— ¿Cómo se les busca el nombre a los toros?

—Los machos heredan siempre el nombre de la madre. Tenemos un semental que se llama Farmacéutico que es hijo de Farmacéutica y nieto de Boticaria.

**J.G.**— ¿Por qué los figuras del torero no quieren lidiar prácticamente toros de esta ganadería?

—La verdad es que no lo sé. Todas las figuras que se han atrevido con ellos han cosechado grandes éxitos, por ejemplo el Cordobés, y en la actualidad Manzanares y Ortega Cano. El que se resiste algo es Espartaco.

**Pepe G. Puyuelo.**— ¿Es cierto que el comportamiento del toro es algo imprevisible, hasta no verlo en la plaza?

—Creo que sí. Cuando el ganadero me encarga que elija algún toro para alguna corrida de concurso hasta hoy el que yo he dicho es el que va, será que el ganadero tiene confianza en mí. En los dos toros que nos indultaron en Ronda, un señor que venía con don Antonio Ordóñez quería que los cambiara y don Antonio me dijo que qué toro debía de ir y yo le dije que el que tenía elegido. Una vez que elijo el toro para el concurso me gusta verlo muchas veces. Cada vez que tengo tiempo cojo el caballo y me voy con él y le rasco. Tengo que decirte que a todos los toros que han ido a concurso a todos les he rascado.

**J.G.**— ¿Ha tenido algún percance en la brega con los toros?

—Concretamente, un toro que iba de concurso a Málaga, cuando los vaqueros lo traían del campo con los caballos, al entrar en el tentadero, se revolvió matándole el caballo a uno de ellos. La suerte fue que el vaquero cayó por la otra parte la cerca y yo estaba presente y pude hacerme con el toro y meterlo en los corrales.

Alguna que otra vez se lleva uno malos ratos, pero para eso está la inteligencia del hombre sobre el animal.

**J.G.**— Luis, ¿cuántas corridas hay para este año?

—Aproximadamente hay unas diez.

**J.G.**— Esta entrevista ha finalizado, ¿quiere usted decir algo más?

—Espero que salgan bien las cosas por Priego. El periódico *Adarve* me tiene a su entera disposición para lo que haga falta.

**J.G.**— Muchas gracias, lo mismo le decimos.



# Tauromaquias en el Arte

AGUSTIN GOMEZ

Con el denominador común de *Flamencología* incluía Anselmo González Climent dos partes bien diferenciadas: tauromaquia y flamencología propiamente dicha. Eran entonces los años cincuenta en los que todavía no se llevaban los cócteles, aunque ya empezaban los guateques. Las combinaciones explosivas son de hoy. Hace ya años que jugamos a las mezclas. Con el flamenco hemos hecho verdaderas filigranas.

Nos hemos inventado ciclos culturales en los que había que hacer un binomio con el flamenco y así se sucedían las composiciones dialécticas del teatro, las artes plásticas, las artes gráficas, el grabado, la poesía, el jazz, el rock, el pop... con el flamenco. Y todo tenía su punta, naturalmente. Manolo Sanlúcar no plantea con su *Tauromagia* un binomio, sino la raíz del binomio, la mónada de donde parte.

Su facultad creadora se apoya en la correlación de imágenes y, por supuesto, no encuentra gran dificultad en trasladar una imagen plástica a una imagen sonora. Es una suerte de habilidad para correlacionar los sentidos, o digámoslo de otra manera, tiene un centro de comunicaciones en el cerebro o en la sensibilidad en donde se traducen las sensaciones visuales, olfativas, táctiles y gustativas en sensaciones sonoras. Con *Tauromagia* nos muestra un ensimismamiento en distintos momentos de la vida taurina y le ha salido una obra que lleva el marchamo de su perfeccionismo guitarrístico, de su obra bien hecha. Propiamente no es un creador, sino un traductor de sensaciones. Y la verdad es que no sé decir qué cosa es más difícil ni más artísticamente interesante.

La idea de combinar toros y flamenco a través de la guitarra no es nueva. Para Manolo Cano, por ejemplo, fue el motivo de una conferencia más. Creo recordar que su teórico era el Conde de Colomby. Otro teórico

del canto y de los toros combinados es Rafael Belmonte, que por algo es el hermano del que fuera «pasma de Triana». Pero en estos casos anteriores, más bien pienso, han sido una pirueta dialéctica, un rizar el rizo que ha tentado últimamente la utopía: materializar en la propia plaza el espectáculo de toros y canto realizado ya en varias ocasiones, como para la *Expo'92* se anunciaba un mano a mano entre Curro Romero y Camarón, que probablemente no se lleve a cabo por la mala salud de este último.

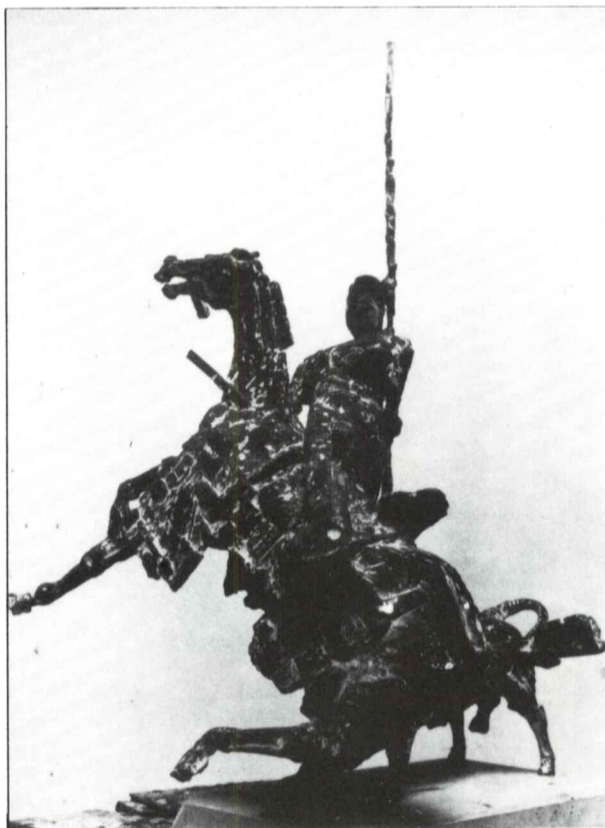
La *Tauromagia* de Manolo Sanlúcar es, si me permiten, algo más serio. Es la sensación del toro en los momentos claves de su vida y de su muerte, y la plasticidad sonora de su cita con el torero en la plaza en virtud de una transferencia de la plástica al sonido. Es transmitir sensaciones olfativas, visuales, táctiles a través del sonido. Y he aquí que el sonido se hace plástica, gusto, olor, volúmenes y superficies que describen. Es aquello que quería Gustavo Adolfo Bécquer para su himno gigan-

te y extraño: «Palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas, colores y notas», que si para el poeta «en vano es luchar; que no hay cifra capaz de encerrarlos», lo del artista plástico Venancio Blanco es una lucha agónica por conseguirlo hasta tocar otra utopía. Pero, ¡qué gracia!, es así como se divierte el artista.

El caso de Venancio Blanco parece que transfiere en sentido contrario, esto es, parece que va de las sensaciones sonoras a las plásticas cuando se trata de plasmar un gesto cantaor; pero no nos engañemos, el grito tiene materia plástica en sí mismo, sólo hay que verla y darle forma, porque como dice Antonio Povedano, y lo dice en sus lienzos, «al que canta hondamente, la expresión le sube al rostro dibujada desde las entrañas». Asimismo el baile se hace grito, el toro tiene su bramido plástico y la guitarra puede ser una lanzada en el costado... de aquella *Perrata* flamenca.

Las formas de Venancio se hacen melodía en el pozo de la voz cantaora, en la boca negra de la guitarra; melodía quebrada, pellizcos encendidos, notas aceradas; sentimiento herido, orgía totalizadora de ángeles y duendes en el vértigo organizado de compases y ritmos de muy diversos acentos en armonía perfecta..., bueno, casi perfecta para dar sitio a la pícara gracia andaluza, en la que anida el misterio de lo sublime.

José Bergamín nos dice: «En una corrida de toros, la única emoción humana verdadera, y viva, es la estética. Las corridas exigen, como el cinematógrafo, un ángulo de visión o enfoque, un punto de mira, exclusivamente estético». Está claro que Bergamín tiene un sentido idealista de la corrida; natural, es artista de la palabra. No me encaja, sin embargo, el símil del cinematógrafo en un idealista. Ya sea de cine o de fotografía, la cámara no alcanza a recoger la emoción de la corrida, ni la estética plena si es fría y plana, incompleta desde un solo ángulo



«Picaor», de Venancio Blanco



de mira. Las esculturas de Venancio Blanco hay que verlas en un plató, si se quiere, pero giratorio. En el giro de sus figuras veremos el polimorfismo de los toros y los toreros, de los bailaores, cantaores y guitarristas. Son infinitos los puntos de vista desde los que cuajan la tauromaquia y la flamencología de Venancio, como tres dimensiones que se proyectan al infinito.

El taller-coso-escenario de Venancio es un mundo trascendente en donde a primera vista se apercibe la mónada de la energía originaria: es la materia impulsada irresistiblemente a la espiritualidad, es la eterna esencia del arte desde Altamira. Entre toros y toreros, caballos jamelgos y picaores, bailaores de gracia alada... hay un cantaor de gesto humillado, hundido; otro hace una profunda inspiración tras de la cual sólo cabe la relajación del «esto es lo que hay». El grito hacia lo alto que pide redención, la espiritualidad y esencia del arte. Lo humano, lo modesto, se eleva al ideal por



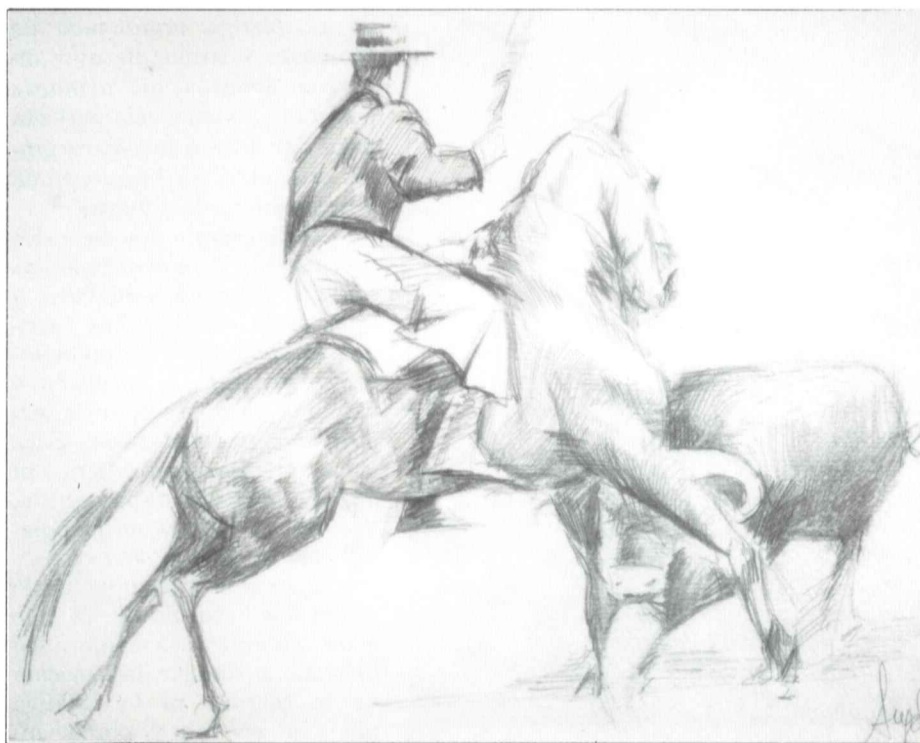
«Picaor», de Antonio Povedano

un impulso vital. Tal como Cervantes desdobra la personalidad humana en dos personajes, el ser humano se debatirá siempre entre el realismo y el idealismo. La verdad es que se trata de un solo personaje en dos para mejor estudiar sus dos tendencias.

Antonio Povedano tiene toda una *tauromaquia* de picaores que le viene desde la infancia, cuando su abuelo lo traía de El Cañuelo a las fiestas de Priego. Sus picaores suelen estar de espaldas en una exaltación de luz y color, impresionantes, gigantes, tal y como los recuerda de aquel primer impacto de infancia por las calles de Priego. Más tarde nos diría: «Esas imágenes vividas en mi niñez vivirán siempre en mi recuerdo. A mi directriz pictórica, le viene como anillo al dedo aquella frase famosa de Valle-Inclán: «Nada es como es, sino como se recuerda». Y a mi vez, yo recuerdo aquellas otras de Vázquez Montalbán: «La verdadera patria es la infancia».

Asistí a su creación de una cabeza de modesto banderillero viejo. Curiosamente, Povedano es el pintor de los humildes para elevarlos a «espesa capa de humildades dignas y, a veces, con cierto aire de elegancia» (...) firmes columnas sustentantes de la familia campesina», o pueblo llano y sencillo, que sólo derribará el tiempo. Aquel viejo banderillero, de enormes proporciones, fundía la humanidad del rostro con la nobleza fiera del toro..., que dicen que a fuerza de mirarse frente a frente las personas, como los brutos, llegan a parecerse. Al viejo banderillero povedanescos lo recuerdo siempre como la más auténtica soleá, la de la angustia existencial superada, la del hombre en soledad que dice, más que canta, como un remansado río de llanto:

«Dejadme solo esta tarde,  
que quiere hablar conmigo  
y tiene Dios que escucharme».



ANGELI RIVERA



# Yo quise ser torero

ENRIQUE ALCALA ORTIZ

Casi en la mitad de la calle Ribera de Molinos, en el barrio de la Huerta Palacio y después del molino de los Castilla, espalda del huerto del mismo nombre, la calle continúa con una pronunciada cuesta, pero no muy larga, que presenta en la parte derecha un lienzo de la antigua muralla de la ciudad. Aquí el color marrón madera de la piedra tosca hace contraste con la blancura de las casas del barrio, entonces todas encaladas. Se llega pronto a La Puente Llovía, la cual junto al arco de Santa Ana y el de la Puerta Graná forman tríptico medieval de puertas de acceso a la ciudad. El arco más urbano es el de la calle Santa Ana coronado en su parte superior con balcones y ventanas y con una belleza evocadora de puerta inmediata al recinto histórico. El más rústico es el de la Puerta Graná, vecino de cruces y ermitas. Siendo el más auténtico de este conjunto el de la Huerta Palacio, ya que muestra aún toda la sillería de la piedra con la que fue construido. El alma de su historia no la escondió bajo capa de cal como en los otros arcos. Además, se agarra como una lapa a la muralla primitiva, aunque sólo sea por una parte, porque por su lado derecho ya hay construcción de otras épocas, habiéndose perdido para siempre su aspecto primitivo. Esta autenticidad medieval, casi pura, que presenta el conjunto, no ha sido una cualidad para que las autoridades lo cuiden a fin de que no se caiga a pedazos. Poseemos una fotografía en la que se ve un doble arco encima del actual, ya ha desaparecido para nuestra desgracia. Hoy el conjunto histórico presenta un aspecto descuidado, inaudito, no acorde con su valor histórico y con los tiempos de valoración cultural que vivimos por lo que no podemos permitir, que con el paso del tiempo, otra fotografía nos muestre otras piedras desaparecidas de su conjunto actual.

Aunque decimos que La Puente Llovía es una puerta de entrada al recinto para mí, y para la banda de

rapazuelos del barrio, era una puerta de salida y escape para buscar horizontes carentes de casas y llenos de naturaleza. Atravesando los pocos metros de su túnel, el campo se te ofrece amplio en huertas y montañoso en lejanías a través de una ondulada vereda de cabras que te lleva en su parte superior al Huerto Castilla y al tajo del Adarve, y en la parte inferior a las huertas de la Vega y a la Cubé.

Muchas horas pasamos jugando los chicos junto a este arco de medio punto. Me acuerdo de unas corridas



que organizamos en la pequeña plaza. Para hacerlas más auténticas íbamos al campo y cortábamos las carnosas hojas de «las higueras chumbas», le atábamos una cuerda y se colocaba en las espaldas del «toro» improvisado. Este con unos cuernos verdaderos entre las manos y su cactus a la espalda, empezaba a bufar, a poner cara de toro y rastrear alternativamente los pies antes de arrancarse en una fingida embestida en busca del torero que con su trapo disfrazado de capote y su espada de palo se adornaba el pase, imitando las buenas figuras del toreo. ¿Entonces, para qué servía la pinchuda hoja? Ahora viene. Llegado el tercio de banderillas, las teníamos preparadas con unos palos terminados en puntillas que habilidosamente colocábamos de una forma artesanal. El banderillero de turno, después de retar al toro a una

cita de encuentro simulada, clavaba con alegría las banderillas en la espalda del «novillo amigo» y si había suerte en su colocación se mantenían por un rato sobre las hojas. Aunque lo frecuente era que se cayeran a la primera carrera porque la punta, al ser lisa, se desprendía con facilidad. Con el estoque se hacía igual, si bien antes, con alguna mohosa navaja habíamos hecho un agujero en la pita, para cuando llegara «la hora de la verdad», el estoque se mantuviera en la espalda hasta la muerte simulada del novillo que caía en tierra si el «maestro» había colocado el palo sobre su espalda con la habilidad de un profesional.

En mi primera infancia me aficioné mucho a los toros. A todo el mundo le decía que iba a ser torero y la verdad era que yo me sentía como si fuera Enriquito Vera. En un primer viaje que hicimos a Córdoba a visitar a mi hermano en el seminario, para hacer una gracia, y mis padres demostrar lo saleroso y habilidoso que era, me mandaron dar unos cuantos pases de salón delante de los curas y seminaristas ensotados de negro. La sala de visitas se cubrió con el hálito de los olés y las oraciones sorprendidas escogieron sus ecos apagados y quizás se escaparon para ahogarse en el cercano Guadalquivir. Fue mi primera actuación oficial. Y la última. Porque tan engullido tenía mi ilusionado mundo del toro que incluso a las personas cuando pasaban por mi lado las convertía en mansos novillos y les daba pases. No sospechaba entonces este pecado de mi inocencia.

Un día, subiendo la Cuesta —así llamábamos a la calle San Luis—, repetí esta operación con un vecino de mi calle, y sin pensárselo un segundo, me dio un guantazo con tan buena suerte que me hizo perder el equilibrio y dar con mi cuerpo en tierra que descendió un poco calle abajo, mientras mi cara besaba el polvo de mi primer accidente. La cogida no fue mortal, pero sí mortífera: desde aquel día no he vuelto a torear.

Por lo que después he visto y comprobado, creo sinceramente que la historia de la tauromaquia no se perdió nada.



# El Niño de la Cruz

MARIA JESUS SANCHEZ

*Rayito de sol alado  
era el Niño de la Cruz,  
priegueño doncel bizarro.  
Por las dehesas mugían  
toritos acharolados.*

*Al plenilúno irradiaba  
ópalo y nácar el campo...  
y mayores de menta,  
jazmín, aceituna y ébano,  
cabalgaban alazanes  
corinto y azabachados.*

*En la soledad un mocito  
asaltaba los cercados,  
ávido de negros toros,  
ébrio de valor y garbo.  
Aldebarán presidía  
radiante, el étereo palco.  
Lucían los olivares  
madroñeras de alabastro  
y nerviosilla la luna  
rompía collares de nardo.*

*Mandaba estático el diestro,  
mitad mimbres, mitad mármol.  
Un ¡Eeehh! ¡Toro!, aclamaba,  
pidiendo cendales blancos.  
La ovación de los luceros  
resonaba en el espacio  
con olés de reciedumbre,  
hálito de monte y prado,  
al revuelo grana y oro  
del percal almidonado.*

*Soñaban los cefirillos  
con alamares y habanos,  
pasodobles y jauga fresca!...  
clarines y redoblados.  
La noche núeva mantilla,  
clavel-albahaca-mastranzo,...  
crotalillo de esmeralda  
y cuclillo de los álamos,  
jera mágico abanico  
de triunfos y contratos!...*

*Bruna garganta campera  
de graderío impensado,  
cuero, encajillos, ¡caireles!...  
y joyante recamado!  
¡Núbil rosa pasional*

**Antonio Aguilera de  
la Cruz en 1952,  
pintado por  
Antonio Povedano.**



*de provocativos labios  
para el ósculo estival  
de un doncel de veinte mayos!*

*¡Estrellas y ruiseñores  
su pasoalegre cantaron,  
allá en los Puertos de Cabra,  
una noche de verano!...*

*¡¡Qué valiente y qué torero!!  
el as de perfil gitano,  
en ruedo sin burladeros,  
bajo el cielo de topacios.*

*Le cantaron los poetas,...  
¡y lo pintó Povedano!  
pincel-águila real  
de los más altos picachos.  
Tauromáquica paleta*

*—ara de los consagrados,  
en que se alza Belmonte,  
bravo, encendido, ¡gallardo!, ...  
y la puya es limpia fuerza  
de titán acrisolado.*

*... ¡Era el Niño, erguida torre,  
sortilégio!... ¡campanario!  
de ninfalos, soberano.*

*...¡Ay!, la ciega Fortuna,  
aurífero cuerno caro,  
huía de las arenas  
del torerito castaño.*

*Cien fondillas malolientes  
al valeroso acunaron.  
Desvencijadas tartanas  
a los ruedos le llevaron.  
Mas, logró trofeos, flores,  
¡a hombros le pasearon!  
y ... ¡vestido de oro viejo!  
en Sevilla le aclamaron.*

*Si no lidió en San Isidro,  
fue ¡por ese toro gacho!... ....  
¡¡Pero Dios le hizo torero!!  
y ¡¡¡famoso!!! Povedano.*

Julio 1992.



# Mis recuerdos taurinos de Priego

JOSE LUIS DE CORDOBA

Muchos y muy diversos son los recuerdos que en mi memoria guardo del bellissimo Priego de Córdoba. Gratos, los más. Pero al tener que perjeñar una croniquilla que se me solicita para este número especial de la veterana revista «Adarve», he querido optar por traer a las cuartillas la evocación de una corrida que no llegó a celebrarse, por diversas circunstancias coincidentes. Fue el 3 de septiembre de 1966, cuando, con la inquietud y el apremio de todo trabajo periodístico, escribí una crónica en torno a dicho frustrado festejo, que vio la luz al siguiente día en las páginas de mi entrañable diario «Córdoba». De aquel trabajo —que trajo cola...— voy a tomar algunos fragmentos, para citar después las consecuencias que del mismo se derivaron. He aquí su texto:

«Llevamos largos años viniendo a Priego con motivo de su feria tradicional. Nos atrae, aparte del interés de los festejos taurinos, la pulcritud de este pueblo incomparable, la cordialidad y finura de sus habitantes, el ambiente de ruido y de alegría en que sus fiestas se desenvuelven. Pero, sobre todo, nos subyuga el encanto de la ciudad en sí. La misma noche de vísperas de las corridas nos hemos apartado del bullicio ferial y hemos pasado unos inefables minutos en la contemplación de la maravillosa Fuente del Rey, uno de los más bellos y atrayentes rincones de nuestra provincia. Nada hay espiritualmente comparable a un rato de contemplación de aquel lugar, en la soledad de la cálida noche y arrullados por el claro sonido saltarín del agua que emana de los numerosos caños de la fuente. Pero habíamos de volver a la realidad de nuestra visita a Priego. Se daba por cierta la actuación de Palomo Linares. En el mismo hotel donde nosotros nos hospedamos, había habitaciones para el matador, el apoderado y la cuadrilla. Sin embargo, nosotros teníamos nuestras reservas. Durante la feria de Linares habíamos tenido ocasión de hablar con el joven espada. Y no lo habíamos visto en condiciones de volver a las



**Gabriel de la Haba «Zurito» y Juan Antonio Muriel.**

actividades taurinas. Estas impresiones nuestras, se confirmaron plenamente cuando, en conferencia telefónica con Cabra, hablamos con el empresario don Juan Antonio Muriel. Este nos confirmó, entonces, las gestiones pertinentes para su sustitu-

ción. En lugar del linarense vino Gabriel de la Haba «Zurito», para formar la terna con Jaime Ostos y «Mondeño», en la lidia de seis toros de doña María Pallarés, de Benítez Cubero y actuando también el rejoneador don Alvaro Domecq.

Este era el introito de aquella crónica, en la que seguidamente, detallaba los pormenores cronológicos de la jornada, hasta llegar a la suspensión de la corrida. El sorteo se hizo, por la mañana, normalmente. Se anunció la sustitución del torero citado, según en preceptivo. A las cinco y cuarto de la tarde, hora anunciada para el comienzo del espectáculo, registraba la plaza media entrada. Y en la puerta de cuadrillas solo se encontraban «Zurito» con su subalternos y Domecq y los suyos. O sea, que no comparecieron, ni Ostos, ni «Mondeño». Sobre las seis y cuarto de la tarde se anunció por un portavoz que «Zurito» estaba dispuesto a matar los seis toros. No aceptó el público la solución y abandonó la plaza, entre protestas. Gracias a Dios, la cosa no degeneró en un lamentable conflicto de orden público.

Al final de mi crónica se decía, textualmente:

«Efemérides, en fin, del todo lamentables, que pocas veces se han registrado en una plaza de toros. Nosotros no vamos a entrar ni salir en si es el empresario o son los toreros, los que tienen de su parte la razón. Allá ellos. Lo que sí hemos de decir rotundamente es que, pese a quien pese, la corrida debió celebrarse contra viento y marea, por imposición inflexible y anérgica de la autoridad municipal, que en este caso —y en todos— representa a la autoridad gubernativa. Son muy sagrados los intereses de una ciudad en fiestas y de un público que se ha desplazado desde lugares muy distantes, para que se juegue con ellos de esta forma. Repetimos que se debió dar la corrida a toda costa, con el cartel autorizado. Y después, que los toreros y el empresario ajusten las cuentas que tengan que ajustar. Estamos obligados a llamar la atención a la autoridad gubernativa para que ésta sea fielmente interpretada o en su defecto, se nom-



bre un delegado especial que vele, en los pueblos, por el mantenimiento de la ley y por el exacto cumplimiento de lo reglamentado en materia taurina. Lo ocurrido esta tarde en Priego no tiene calificativo. En nuestros largos años de venir a esta feria no habíamos visto cosa igual. Hay que velar a toda costa porque no se repita».

Aquella crónica no cayó bien, sino todo lo contrario, en la Corporación Municipal de Priego, que presidía como alcalde don Manuel Alférez. Ya, a la mañana siguiente de la corrida, desde el balcón del hotel pude observar como grupos de ciudadanos, en corrillo, leían y comentaban este trabajo periodístico. Se celebraba aquella tarde la novillada de feria de Priego. Pero coincidían también aquel mismo día la actuación en Sevilla de «Zurito». Y yo acepté la invitación de aquel gran amigo que era don Pedro Morales, para marchar de Priego y dejar que los ánimos, un tanto inquietos, se calmaran.

Pero no quedó ahí la cosa. En las páginas del diario «Córdoba» aparecieron sucesivamente, en fechas posteriores, extensas cartas del apoderado de Ostos y «Mondeño», Víctor Manuel Pérez Herrera y del empresario Juan Antonio Muriel, así como una nota de la Alcaldía de Priego. Cada cual trataba de explicar el asunto desde su respectivo punto de vista. Yo hube de poner final a la polémica, con un comentario en el que mantenía mi punto de vista mantenido en la crónica de urgencia.

No pasó más. Es decir, pudo pasar más. Porque, según un buen amigo, en una sesión celebrada en el Ayuntamiento de Priego, se habló de la posibilidad de proceder contra mí, por vía judicial. No se hizo. Lo que sí se publicó fue otra nota del Gobernador civil de la provincia, en la que se daba cuenta de haber sancionado al empresario con diez mil pesetas y con igual cantidad de Jaime Ostos y «Mondeño», a los que, además, se prohibía actuar en la plaza de toros de Priego en la temporada de 1966 y en la siguiente, de 1967.

Lo que no pudimos averiguar es si tales multas fueron satisfechas. Suponemos que no.

## Brindis

FRANCISCO LOPEZ ROLDAN

*¡Brindo por Priego,  
por su Plaza de Toros,  
porque el siete de agosto  
cumple cién años!!*

¡Brindar conmigo, prieguenses: Por la conmemoración de este Centenario. Efemérides de un siglo! ¿Cuántos sucesos notables, ocurridos en esta Plaza —dentro y fuera— habrán de ser noticia?

Priego ha sido, es y será un pueblo de artistas. Y por ello, al construir un recinto para el «Arte de Torear», hijo una obra de Arte, con mayúscula, que no es otra cosa, esculpir, labrar a mano todo un monte, excavar en la roca viva el graderío, construyéndola horadando la solidez de la piedra. ¡Quitando de la masa o grueso de la montaña, de arriba abajo lo que le sobraba, como Miguel Angel hacía con la masa del mármol!

En nuestra Plaza de Toros no hay miedo al derrumbe. Sus siete mil espectadores, orgullosos «de su Plaza, tan bonita», la abarrotan, hasta los palcos de hierro forjado, preciosos, del más puro arte barroco.

No puedo internarme en un siglo de vida taurina para traer aquí, con categoría de crónica, tanto suceso, festivo o triste, gozoso o trágico, supremo o baladí, apasionado o abúlico, noble o inhumano, ...

*«¡Oh, bárbaros inhumanos,  
que pueden con gusto estar  
viendo amorcar y matar  
los toros a sus hermanos!...» (1)*

O cobarde o valiente, ...

*«Ayer tarde fui a los toros,  
le dio el toro una corná  
que le echó las tripas fuera  
y el dijo: ¡Esto no es ná! ...» (2)*

Espero una crónica documentada de algún paisano de pluma prestigiosa.

Empezaré en la brevedad de unas líneas por evocar «nuestra Plaza», en mi recuerdo, en mi época de aficionado activo:

Llena, abarrotada, hasta la bandera, «adorná» con vistosos mantones de manila de guapas mujeres, —niñas rubias y morenas cordobesas ¡de las de Julio Romero!, reinas de las fiestas— ataviadas con mantilla y peineta, engalanando los palcos y las barreras con capotes de oro y plata. ¡Mujer, orgullo de la ciudad, espectáculo preliminar «antes de la corrida», en toda Andalucía tan vivo, tan rico de colorido, por ese cielo, ese sol y esa «buena sombra» gracia, salero y donosura de la mujer andaluza,







VICENTE TORRES

Incomparable, la salida de un toro ¡que surge como una tormenta! con el ímpetu de sus 500 kilos, lanzado con insuperable agilidad al desafío, al encuentro, frente a frente, que le presenta la pétrea serenidad y la osadía de Antonio Aguilera (Niño de la Cruz), ...

*«Las dos rodillas dobladas  
en una valiente entrega  
y las siete mil miradas  
clavadas...  
en el capote de brega...»*

*«Y cuando por fin asoma,  
¡qué interrogante de angustia  
por si el capote no toma!  
Zumba un trágico silencio  
sobre las rojas barandas...  
El saber y el no saber  
si irás en hombros o en andas...» (4)*

Y para rubricar este brindis, y en recuerdo de años vividos realmente en el ambiente taurino de Priego, inserto un Soneto que lleva por título «Torero», a mí dedicado por la poetisa prieguesa «María del Adarve»:

«A mi queridísimo esposo  
Francisco López, en recuerdo de sus viejas aficiones  
taurinas.

## Torero

...  
*«¡Encanto luminoso de las corridas!  
Entre mantillas blancas y madroñeras,  
las rosas en los senos son como heridas,  
e incendian los claveles las cabelleras.*

...  
*Y cuando las cuadrillas riman su paso,  
al son de un pasodoble, vivo y sonoro,  
jalegre como el vino de Andalucía!...  
cada traje es un iris de seda y oro»... (3)*

### ¡¡Un toro!!

En el supremo instante en que hace su aparición por el toril, aún en el aire los ecos de los timbales y del clarín. De nombre: «Serenito» —por paradoja de su bravura—, de pelo cárdeno chorreao, cornicorto y corniverde.

### ¡¡Un Torero!!

De rodillas, frente al toril, alfombrando con su capote la dorada arena, extendido en semicírculo, en la más arrogante y arriesgada estampa torera, en brevísima revolera, hace girar el capote por encima de su cabeza, como un geómetra, con serenidad, con rectitud del terreno del toro, con indudable valor, con gracia y arte, en un desafío escalofriante, en un gesto espontáneo pero no improvisado, soñado tiempo atrás, siempre calculado y nunca suicida que entusiasma al graderío y que nunca está en el «orden de la lidia», sino que está en la arrogancia, en el brío, en el carácter, en la valentía.

*Para tí torerito, ¡iluminar de mi vida!  
plenilúnio en los tristes cercados de mis horas;  
para tí, que supiste de la plaza encendida,  
la ilusión y la brega de unas notas sonoras.  
Para tí, que sentiste del percal la embestida,  
el bullir de la sangre, las voces destructoras,  
el fuego de la arena, el frío de la herida,  
y el estro luminoso de tardes triunfadoras.  
¡Vaya mi humilde vaso cristalino a tus labios  
sedientos de alamares, de manolas, y pana,  
a refrescar los días soñados que volaron,  
apresando en su alas, ¡toreros, monosabios,  
«Fondiyas», «picaores», «taquiyas», y tartana,  
y en la historia taurina del soneto quedaron!*

(1) Fray Damián de Vegas (Poesía cristiana, moral y divina).

(2) Romance de una enamorada (Adaptación popular).

(3) Francisco Villaespesa.

(4) Rafael Duyos.



# El simbolismo taurino y su reflejo en el Arte

JOSE A. GONZALEZ NUÑEZ

La fiesta taurina constituye un tema recurrente en la historia del arte, un verdadero género histórico; el carácter de evento que enrosca sus raíces en el oscuro magma del ritual le ha abierto el camino para que los artistas, en su oficio de tinieblas, se abismen una y otra vez por entre sus vericuetos, intentando atrapar un instante, ese en que se condensa la esencia del héroe, la leyenda y toda la compleja trama simbólica que se desgrana cada tarde sobre el ruedo en reiterados intentos por aprehender su multiforme sentido.

Haremos, en las páginas que siguen, más que un recuento de esos acercamientos casi infinitos de los diferentes artistas, un resumen del conjunto de elementos simbólicos que dan tamaño multiplicidad de significados a la fiesta y que ha atraído a los creadores de los últimos cuatro siglos en su afán por atrapar lo que anuncia la nueva mutación en los humanos.

La fiesta, como toda conmemoración sacrificial requiere, ya que es el espectáculo nacional por excelencia, la participación del público aficionado a un nivel más profundo que el que exige el teatro, donde todo es representación ficticia; en la fiesta, el espectáculo es tan real como la vida misma con su final, la muerte. Ritual de lejanas raíces ancestrales y mediterráneas, heredero último del remoto mito del Minotauro y del sacrificio iniciático del toro en los cultos mitráicos del Bajo Imperio Romano, aquellos que tan ferozmente lucharon, hasta ser vencidos, contra la muerte y devoración simbólica del dios cristiano.

Como en todo rito, en la corrida, ritual iniciático de la masculinidad, el sacrificio del toro, la muerte transferida a la víctima por el héroe humano, se trasmuta en gracia derramada sobre todos los



Portada de la «Tauromaquia» de Antonio Carnicero.

espectadores que alcanzan la iniciación y la catarsis por transferencia con el torero.

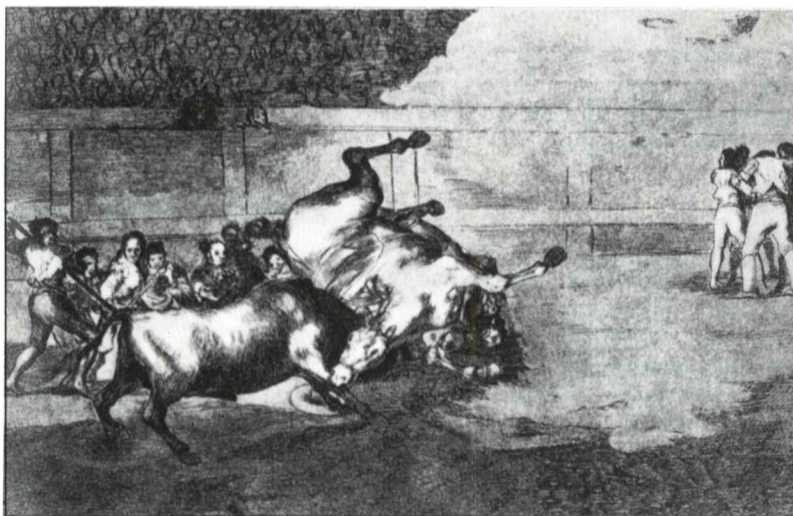
En la fiesta de toros se produce una y otra vez cada tarde la misma asombrosa historia: el toro bravo, animal fecundo y primitivo, telúrico y asociado a las fuerzas de la generación y al matriarcado primigenio, fuerza bruta, con sus quinientos kilos o más, será doblegado milagrosamente por el arte racional y seductor del hombre-héroe que oficia, y que, a lo largo de la faena vuelve a reactualizar el ritual iniciático del joven que alcanza la cima de la consagración

cuando consuma el rito y acabe, mediante el engaño, con el honor de lo brutal desencadenado y, con la muerte del toro, inmolación propiciatoria, regenere la hombría de los tendidos.

A veces, el sistema, como en todo sacrificio ritual, puede ser reversible y el sacrificante-torero, convertirse en la víctima inmolada, que directamente asciende a la apoteosis donde habitan los héroes de la fiesta por haber irrigado con su sangre transubstanciada la esencia misma de lo sagrado, por habernos conmovido con su dramático destino y por haber dominado con su muerte heroica

ajena las fuerzas del caos hasta trasmutarlas en orden social.

En el sacrificio habitual de la víctima-toro o extraordinario del torero, lo profundo se comunica con lo sagrado hasta cambiarlo todo; después de la presencia de la muerte ya nada puede ser igual, y la muerte, cada tarde, es la invitada por excelencia; con la desaparición física de la víctima sacrificada, oficianes, espectadores y aficionados afianzan su propia vida ante la



Tauromaquia de Goya. Picador cogido por un toro.



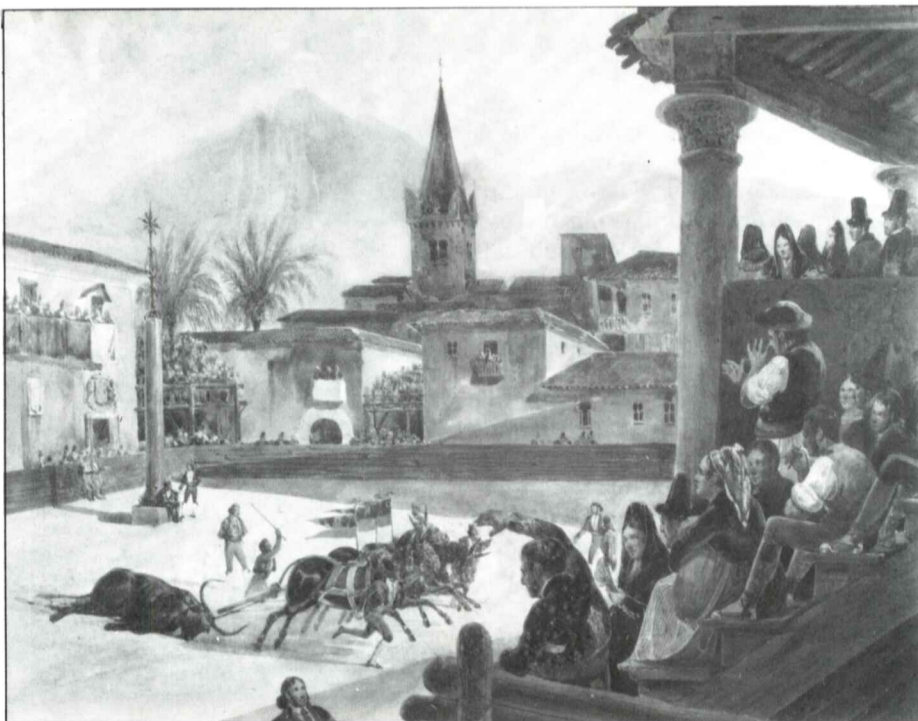
presencia de la muerte ajena; y es que, según F. Savater, en los toros «La muerte hace de comparsa para que la vida se afirme».

La corrida, según G. Bataille, manifiesta un ritual de amor y muerte, un juego amoroso y de seducción que provoca el «orgasmo del toro» y la «dramática copulativa» de que habla M. Leiris en su libro «Espejo de la tauromaquia».

En las diferentes fases de la lidia el torero abandona la indefinición sexual del adolescente o impuber y, tras su victoria sobre el toro-hembra, alcanza la iniciación necesaria al héroe y se confirma como macho fecundante. Con el inicio de la corrida, en el paseillo, los toreros se envuelven en sus capotes y ocultan y parecen avergonzarse de sus trajes pegados y de las taleguillas. A lo largo del primer tercio, el iniciante-torero comienza la brega seductoria y en ritual de revolainas, contracurvas y caracoleos del capote, que tapan y descubren, el toro es seducido y atraído hasta la suerte de varas, donde recibe la sanguinolenta vagina «transubstanciada en joyel bajo el sol», al decir de Ortega, sobre el morrillo herido.

Desde ese momento y hasta la muerte final, el torero, que acaba recibiendo la espada y la muleta, irá progresivamente doblegando la fuerza del animal hasta restregar reiteradamente y en artísticos naturales el «paquete» sobre el lomo de la fiera sometida. El animal, cada vez más entregado, más obediente, retrocede y recula a tablas, intentando protegerse del fálico estoque violador que entronque y atraviese, en acople mortal, la vulva entreabierto por el picador. El sacrificio ha concluido, la «pequeña muerte» del orgasmo sexual ha sido transferida al ritual de los toros: la iniciación se ha consumado, la hombría reverdece en el centro de la tarde en vaharadas de catarsis por los tendidos, como poder viril que triunfa sobre el toro-víctima; cada espectador, situado con el torero frente a los cuernos del toro, recibe imaginariamente la parte de gracia que le corresponde a todo concelebrante.

Además de la erótica relación que los toreros suelen entablar con el toro, recuérdese si no el testimonio de algunos matadores que afirman llegar al orgasmo y manchar el pantalón con el semen derramado en las grandes faenas, o los apoderados que



«El arrastre». Acuarela de Pharamond Blanchard. Colección Berckemeyer.

ruegan a sus pupilos abstenerse de mujeres porque los toros detectan y se vuelven celosos si el torero ha gastado su fuerza espermática con mujeres o masturbándose, la propia fiesta se denomina con el término «corrida», el mismo que vulgarmente se utiliza para aludir al orgasmo masculino.

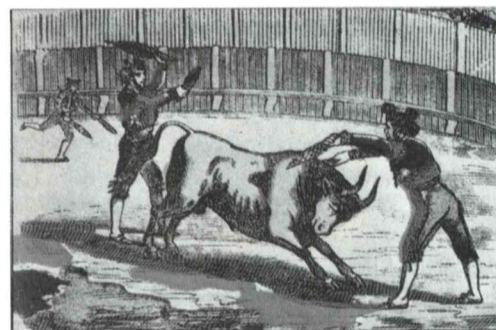
Esta visión patriarcalista del toreo nos descubre el por qué todavía en muchos sitios «ir de toros» es sinónimo de «ponerse los pantalones» el hombre frente a, o sobre la mujer. El espectador se suele identificar con el torero, salvo en Bilbao y Pamplona, donde aún se tiene al toro como protagonista de un ritual más arcaico y matriarcal.

Otros estudiosos de la fiesta taurina, como Camón Aznar en sus «Tres teorías sobre los toros», sin elevarse a la transferencia de contrarios que supone el entender el toro como ele-

mento femenino, opinan que el toro representa simbólicamente al eterno masculino y en la corrida se muestra el encuentro entre los dos mundos del sexo: el macho y la hembra.

El animal, asumiendo el papel de la virilidad, desdeña y se revuelve contra el engaño coloreado del capote y ataca, hasta gastar su vida en inútil combate, para vencer los continuados simulacros y trampas con que se burla de él la vida, simulada en la corrida. Esa lucha se trasmuta en juego rítmicamente modulado en cada uno de los movimientos de la danza, un recrearse entre los avatares de la seducción hasta la muerte misma, fabuloso emblema barroco o didáctica «vanitas» donde se nos adoctrina con armónicos quiebros y flexiones sobre la falsedad e inanidad de la lucha en la vida y la seguridad ineludible de la muerte.

Recientemente M. Delgado en «De



«Suerte de banderillas». De la colección de litografías de nueve suertes de una corrida de toros, hacia mediados del siglo XIX. Biblioteca Nacional, Madrid.



la muerte de un dios. La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular», ve al toro no como elemento dominante, sino como símbolo dominado, representante de lo telúrico, oscuro, demoníaco y siniestro doblegado por el diestro, que encarnaría el orden propio de un país matriarcal: España, tal como la definieron Machado o G. Brenan. Desde esta perspectiva, en la corrida se representaría, de manera ritualizada, el fracaso de la masculinidad, la frustración del varón, domado y sometido a la madre-mujer por el sistema matriarcalista, por la comunidad materna encarnada en el torero. La faena sería el intento de desmadramiento fálico, representado por la fuerza desencadenada y viril del toro a su salida de los chiqueros, abortado y sometido hasta femineizar a la bestia en el remadramiento que acaba por devolver al insurrecto al origen-cueva o claustro materno del que salió, arrastrado por las mulillas y muerto, reconvertido el cornúpeto en cornudo, en varón domado y amansado: victoria de la familia tradicional española sobre la fuerza bruta y el caos de lo inmaduro. El sacrificio del toro sería el mismo de Dionisos o Cristo a manos de la Diosa Madre o «vagina dentada» a la que antes de la corrida, rinde culto el torero en su capilla portátil o en las capillas de las plazas, donde es obligado el culto a la Virgen María.

Como toda celebración ritual, la corrida ha sufrido a lo largo de los siglos una depuración continuada de las diferentes fases y de los distintos elementos que la componen, hasta alcanzar una armonía matemática y una geométrica perfección. Según el físico Lord Kelvin un saber o arte no es verdadero hasta tanto no somos capaces de expresarlo numéricamente. Y en la fiesta taurina el sistema, encastrado en el tres, ha conseguido la mayor economía simbólica y, con ello, su más potente fuerza expresiva, toda una mística numérica de corte pitagórica en torno al número íntimo que consigue el orden sobre el caos en el ritual de la corrida y que rige su naturaleza y sus actos: el tres y su profundo significado, fijado por los pitagóricos como primer número masculino y fecundador, generador de la virilidad frente a la muerte inevitable.

En la plaza y sobre el albero todo se estructura en torno a este número: tres son los toreros de la «terna»,



Picasso. «Corrida: la muerte del torero», 1933. Museo Picasso. París.

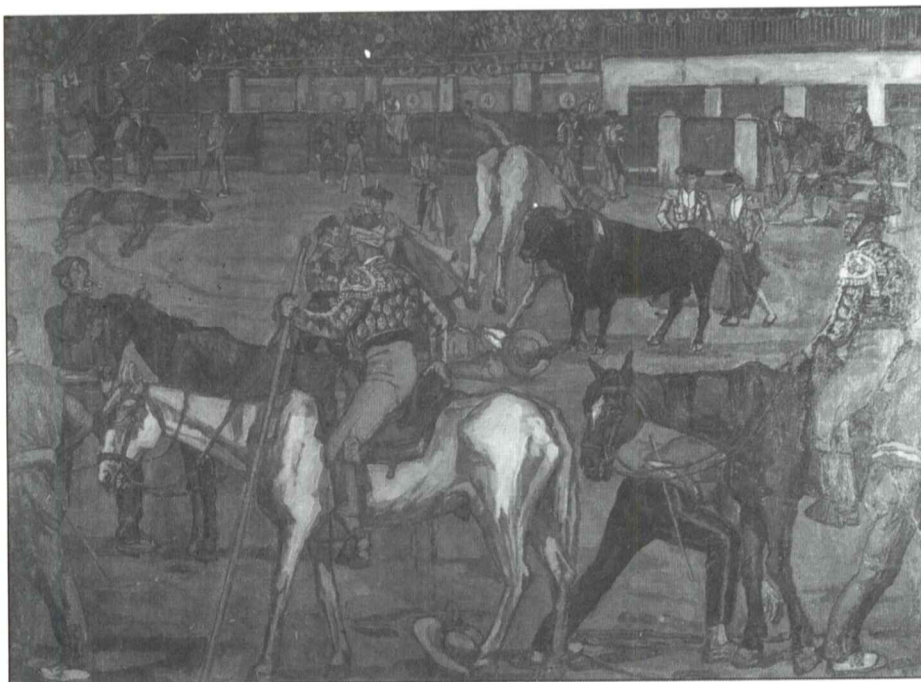


Picasso. «Corrida», 1934. Colección Particular. Nueva York.

cada uno con tres subalternos o banderilleros; desde tres burladeros se llama al toro cuando sale a la arena, hasta que el matador lo para; tres son los tercios que componen la lidia: varas, banderillas y muerte, y en tres zonas diferentes se divide el ruedo: tablas, tercios y medios; cada tercio se subdivide en tres partes: tres pullazos, tres pares de banderillas y

los tres tiempos en la suerte de matar, hasta recibir tres avisos el torero que no acierta en el trance final, los pases también tienen tres partes: parar, templar y mandar, y por tres estados diferentes pasa el toro en la lidia, según Francisco Montes en su «Arte de torear»: el primero o *levantado*, cuando sale del chiquero, con la cabeza alta y corriendo por toda la





«La corrida de toros», por José Gutiérrez Solana. Colección particular. Madrid.

plaza alocadamente, el segundo o *parado*, cuando deja de correr atolondradamente y comienza a medir la proporción de los objetos que se le presentan, momento en que el toro muestra su casta y bravura, y el estado *aplomado*, el más peligroso, pues, obviando lo distante, observa con parsimonia, lo que se le muestra e intenta huir de la suerte o defenderse frenéticamente.

El tres es el número que sustenta a la lidia y del que depende su armonía, belleza y orden, el módulo que la subyace y cimenta aportándole su perfecta geometría en el interior del ruedo, que también conlleva una fuerte carga simbólica por su forma circular. Según la filosofía pitagórica reinterpretada por Platón, existen dos espacios opuestos: el de la caverna, subterráneo, oscuro, lunar, femenino y circular, presidido por la diosa Hestia y relacionado con la Diosa Madre, que encierra a los muertos, a las caóticas fuerzas del crecimiento vegetal y a las sombras que ven los cautivos en la caverna, y frente a él, el espacio iluminado por el sol, presidido por Apolo y Hermes, abierto y de forma cuadrangular (tetrágonos) propio del agorá. En el ruedo, circular y abierto, entran en lucha la sombra y el sol, en dialéctico combate que suele acabar con los plácidos arreboles del atardecer veraniego, cuando la sangre derramada que lucía como joyel bajo los rayos del sol se apresta a ser ocultada por las sombras de la noche

en puertas.

Este cúmulo de lecturas que se acaba de exponer ha sido percibido, de una u otra forma, por los pintores a lo largo de los siglos, de aquí que las casi infinitas representaciones que el género taurino nos brinda han ido abriendo nuevos campos de significación del ritual o fiesta taurina, influenciados en cada momento histórico por la interpretación dominante que suele imponer el gusto de época o la moda en su continuo cambiar o metamorfosearse con los siglos y las filosofías.

Así pues, repasando los productos que el género taurino ha ido creando desde la edad antigua hasta nuestros días, para lo que puede servir la reciente obra de José Luis Morales Marín «Los toros en el arte», vamos viendo como en el siglo XVIII los pintores como Bayeu, en sus cartones para tapices y Paret o el grabador Antonio Carnicero, van fijando, con sus pinturas e ilustraciones, las diferentes partes y suertes en que se fue organizando progresivamente la corrida, entendida como fiesta rococó a la española. Goya, entre dos siglos y con dos Españas enfrentadas, cargando la nota romántica y expresionista que le aporta su genialidad, en sus cartones, lienzos y sobre todo en los grabados de la «Tauromaquia», nos presenta la fiesta como lugar de enfrentamiento entre sombras y luces, fiesta y drama, vida o muerte que el héroe romántico, iden-

tificado con el torero, debe acometer como empresa hasta alcanzar la apotheosis que se muestra en el nº 33: «La desgraciada muerte de Pepe-Hillo en la plaza de Madrid».

El siglo XIX convierte la corrida, hasta entonces espectáculo benéfico, en un enorme negocio, engrandecido gracias a las consecuencias de la industrialización y el capitalismo: el mercado taurino, espectáculo masivo que mueve a cientos de personas gracias a la propaganda, donde el arte de los carteles se irá desarrollando con sus propios hitos y maestros.

Los pintores del siglo XIX adoptaron una doble posición frente a la fiesta; unos aplicaron el academicismo y sus clichés al nacimiento de un mercado cada vez más rico de coleccionistas del género: banqueros, aristócratas y diestros enriquecidos que demandaban imágenes folklóricas, idílicas, Kirst o dramáticas que pintaron Pradilla, E. Lucas, heredero de la dramática romántica creada por Goya, Francisco de Bringes, Manuel Castellano, Mariano Fortuny y otros. Los grabados y litografías de Blanchard, Doré o Tirgis internacionalizaron la fiesta, cargándola con agudas notas de pintoresquismo y con intencionado y manifiesto didactismo. Otros, comenzaron a interpretar la fiesta desde coordenadas más misteriosas, profundas y simbólicas; quizás el mejor ejemplo de esta lucha por desentrañar lo oculto en la corrida se deba, ya en nuestro siglo XX, al genio de Picasso, con diferentes interpretaciones del tema a lo largo de su extensa producción, pero predominando sobre todas la identificación del toro con el hombre y del caballo sin peto con la mujer, explicación cercana a la de Pitt-Rivers pero genial, que vemos en obras tan dispares de factura como «Corrida: la muerte del torero» de 1933 en el Museo Picasso de París, o la «Corrida» de 1934. También dio cabida al toro en su «Guernica», identificado allí, según el republicano Larrea, con el pueblo español, triunfante sobre el fascismo, aunque otros lo entienden como la imagen del dictador que, victorioso y dotado de enormes testículos, observa impasible la destrucción generada por él en su entorno.

Una visión dramática, agónica, fuertemente expresiva y dominada por el regusto macabro y morboso es la que nos da de la fiesta en los numerosos lienzos que al género dedicó José Gutiérrez Solana, de entre ellas pue-



de servir como ejemplo «La corrida en las Ventas», bañada en sangre, mientras en primer plano unos paisanos se riegan el estómago con la bota de vino o «El desolladero del patio de caballos». Vázquez Díaz, Ignacio Zuloaga y Roberto Domingo también se acercarán cada uno con su peculiar estilo al mundo de los toros, bien haciendo retratos de toreros como «Manolete» del primero o «Juan Belmonte» de Zuloaga, o en los aspectos más patéticos de la fiesta, como «La muerte del torero», de Vázquez Díaz.

Los surrealistas Oscar Domínguez, Miró, Dalí o José Caballero intentaron reflejar su oculto mundo onírico en misteriosas imágenes de la fiesta, donde las masas de toros y toreros, público y caballos se entremezclan, metamorfosean y deshacen el ritmo de los deseos que palpitan en la oscuridad de los ínfimos del creador. Nos puede servir como ejemplo cualquiera de los dibujos que J. Caballero realizó para ilustrar el poema de García Lorca «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías».

Más cercanos a nuestros días, en las denominadas vanguardias, transvanguardias y postmodernidad el número de artistas que han encarado el tema de la fiesta es numerosísimo: Benjamín Palencia, Barjola, Echevarría, Saura, Pérez Villalta o El Equipo Crónica en su «Ruedo Ibérico» de 1980 donde recopilan, con la técnica anacrónica y de collage de la postmodernidad, los elementos de la fiesta, enraizándola con los bisontes de Altamira y recogiendo en las gradas un muestrario de aficionados cubistas con notas extraídas del Greco, Velázquez, Goya o Miró.

Pero quizás los intentos más populares y recientes del género se encuentren en el conjunto de óleos que el colombiano Fernando Botero acaba de exponer en Sevilla bajo el título de «Corrida», donde toros, manolas y toreros, con las rotundas, desproporcionadas y sensuales formas de su estilo, se expanden más allá de los propios límites en un intento por escapar de sí mismos en plenitud circular, excesiva y cargada de ironía, o al conjunto de cosos, vistos a vuelo de



*Retrato de Juan Belmonte, por Ignacio Zuloaga.*

pájaro, que se metamorfosean en bocas desgarradas, cráteres en ebullición, granos pustulentos o vaginas ensangrentadas y anfibias en los matéricos lienzos de la última exposición de Miquel Barceló.

En el campo de la fotografía también existen las dos corrientes que hemos visto en la pintura, una especializada en la recogida de material gráfico que sirva de propaganda a la fiesta, y que se ofrece a través de los trabajos de muchos reporteros gráficos, encargados de esas secciones en los principales periódicos del país, y otra, representada por Cristina García Rodero, que se acerca al mundo taurino con una visión tan real, tan meticulosamente entregada a captar el fugaz instante para eternizarlo, que hace aflorar una visión crítica, la que siempre se ha desarrollado a contrapelo con cualquier manifestación ritual o festiva, que se goza en presentar la contrafigura, la caricatura y cuantos elementos ridiculizan el evento; frente al héroe y su majestuosa grandeza, el antihéroe contrahecho o ridículo, como en las pantomimas y mogigangas con que siempre se



*«La muerte del torero», por Daniel Vázquez Díaz.*





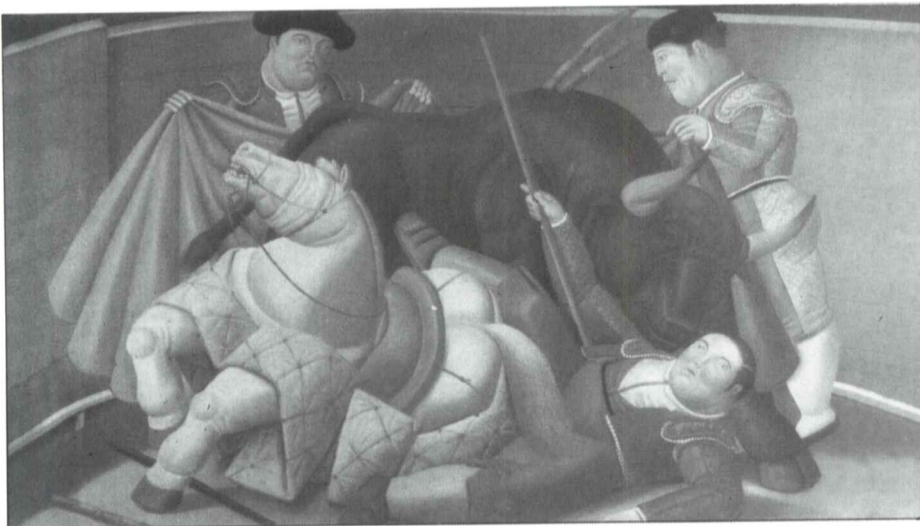
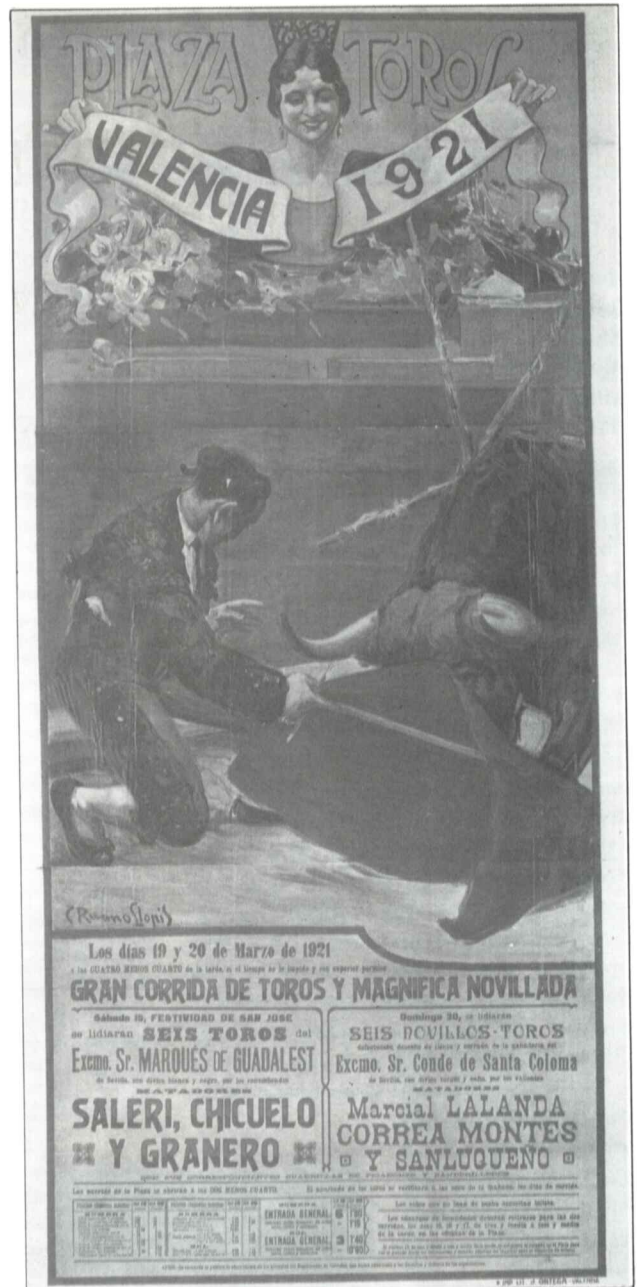
Dibujo para ilustrar el poema de Federico García Lorca «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías», realizado por José Caballero.

han cerrado los grandes festejos taurinos, la grotesca estampa del enano torero, cargado de serena majestad en la foto de Pepe, incluida en la exposición y el libro de tópicos «España Negra», la misma que le falta al «Chepa», torero jorobado que retrató Zuloaga en 1944.

Finalmente se hará una breve referencia al cartel, arte que genera la propia fiesta desde el siglo XVIII, con tres etapas claramente diferenciadas; los primeros carteles, pertenecientes al siglo XVIII, son pliegos de papel impresos sin ningún tipo de ilustración, verdaderas bandas que recogen un catálogo completo de advertencias y preceptos disciplinarios, apenas

enmarcados por una orla vegetal o perlada. Durante el siglo XIX aparecen, con la fuerte expansión del espectáculo taurino, los denominados «Carteles de Muerte», impresos sin color, en donde destacan, como corresponde al culto al héroe romántico de la 2ª mitad del siglo, en grandes rótulos tipográficos los nombres de los espadas, que han tomado una importancia decisiva en la fiesta. En estos carteles aparecen habitualmente ciertos grabados o litografías en escenas donde se representan las cabezas de los toros, el paseíllo o algunos otros instantes de la lidia.

Será a finales del XIX, con el desarrollo de la cartelística modernista, cuando algunos pintores de oficio como Sorolla, Benlliure o Roberto Domingo elaboren el cartel ilustrado y coloreado, que todavía es habitual en la publicidad taurina y que alcanza su mejor momento en el primer tercio del siglo XX: carteles de grandes dimensiones a todo color, llenos de dinamismo, en tiradas que



«El quite», óleo de Fernando Botero. 1988.

recogen un amplio catálogo de temas: el toro, los retratos de toreros, el rejoneo, el paseíllo, las diferentes suertes del toreo (capote, banderillas, picadores, y todo tipo de pases con la muleta y escenas de género relacionadas con la fiesta, como majas de mantilla y cuantas imágenes pueden verse en el entorno taurino).

Desde la segunda república hasta nuestros días, el cartelismo comercial taurino se ha sumido en el mundo oficial y académico del cliché, reiterado y falto de imaginación, sin que parezca que en el rejuvenecimiento de la fiesta a que asistimos, estén por cambiar las cosas.

Granada, 2 de julio de 1992.



# La Federación Provincial Taurina

CARLOS VALVERDE ABRIL \*

La temporada taurina de 1990 supone el despertar de un largo letargo de la afición de Córdoba, debido en buena manera a los novilleros «Finito de Córdoba» y «Chiquilín», aunque no debemos olvidar el gran plantel que les sigue. Esos dos novilleros consiguieron que en Córdoba se volviera a hablar de toros; pusieron en carretera a muchos aficionados, algunos de los cuales habían dejado de ir a los toros. Una tarde llenaron el Coso «Los Califas» y una noche pusieron el cartel de «No hay billetes».

Ni que decir tiene que ambos toreiros, «Finito de Córdoba» con un año de alternativa y «Chiquilín» que la habrá tomado cuando estas líneas vean la luz, tienen sus partidarios, lo que es normal y justo. Afortunadamente y a pesar de sus diferencias, todos coinciden en que hay que apoyar a todos los que vengan detrás. Pero en ningún momento los aficionados y seguidores de uno y otro se han parado a pensar que para conseguir ese apoyo es necesario que haya unión entre todos los aficionados a la Fiesta Nacional; y es unión debe, fundamentalmente, partir de la unión de las distintas entidades taurinas, tanto locales como provinciales. Unión que beneficiará a todos y sobre todo a Córdoba, a la Córdoba taurina, por la que tanto hay que hacer.

Con ese propósito de aunar esfuerzos, se fundó la Federación Provincial Taurina de Córdoba. La idea de una Federación taurina se remonta, al menos, a quince años atrás; pero, como casi siempre, los personalismos ahogan cualquier iniciativa, amén de los consabidos «ése irá

buscando algo», «le gusta salir en la foto» y frases similares, exponentes todas ellas de la sempiterna envidia que caracteriza a los españoles.

Para terminar con el sí pero no, en febrero de 1991 tuvo lugar en la sede de la Peña «Chiquilín» una reunión con varias entidades taurinas para relanzar definitivamente la tan ansiada Federación, acordándose convocar a todas las Entidades taurinas cordobesas al acto fundacional.

A la reunión fundacional únicamente acudieron, de las cerca de veinte Entidades convocadas, el Club Taurino de Alcolea, la Peña Taurina «Ciudad Jardín», la Peña Taurina «Chiquilín», la Tertulia Taurina «Santa Marina» y la Peña «Amigos de Chiquilín», las cuales fundaron la Federación Provincial de Peñas Taurinas de Córdoba.

En la actualidad están federadas once entidades taurinas, tanto locales como provinciales, de las treinta que hasta la fecha están inscritas en la Delegación de Gobernación de la Junta de Andalucía en Córdoba. Comoquiera que algunas Tertulias, Círculos y Clubes se mostraron reacios por la denominación «Peñas Taurinas», la Junta Gestora de la

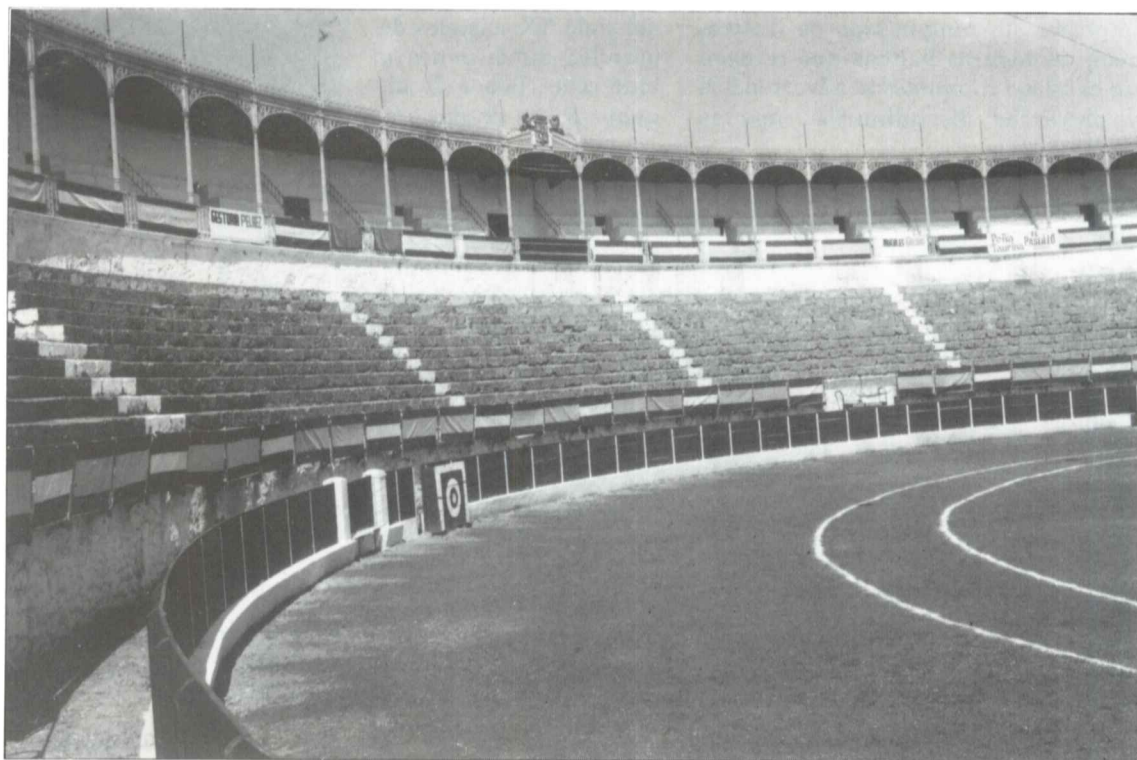
Federación acordó en Junta Extraordinaria suprimir dicho nombre y adoptar la denominación definitiva de Federación Provincial Taurina de Córdoba.

El primer paso está dado, sólo queda culminar la total integración de todas las Entidades taurinas. Espero que en un futuro no lejano pasen a integrarse las Peñas prieguenses «El Paseillo», «Paco Aguilera» y «Finito de Córdoba». Quiero finalizar diciendo que esta Federación es la primera de carácter taurino que existe en Andalucía.

Termino felicitando a la Comisión organizadora del Centenario de la Plaza de Toros por el gran esfuerzo que ello supone, pero que al final superarán con creces los objetivos previstos; pero que este esfuerzo siga después de finalizado el Centenario y desde este momento cuenta con el apoyo de la Federación taurina.

---

\* Carlos Valverde Abril es Presidente de la Gestora de la Federación Provincial Taurina de Córdoba.





# Momento actual taurino

TOMAS TEJERO GARCIA

Escribir con optimismo no es usual. Escribir con optimismo de la fiesta de los toros es una provocación. Y sin embargo yo voy a hacerlo a pesar de la complejidad del tema, porque pienso, porque siento, que vivimos un momento importante del relanzamiento de nuestra fiesta. Un momento en que todos los caracteres de la fiesta nacional son más tenidos en cuenta.

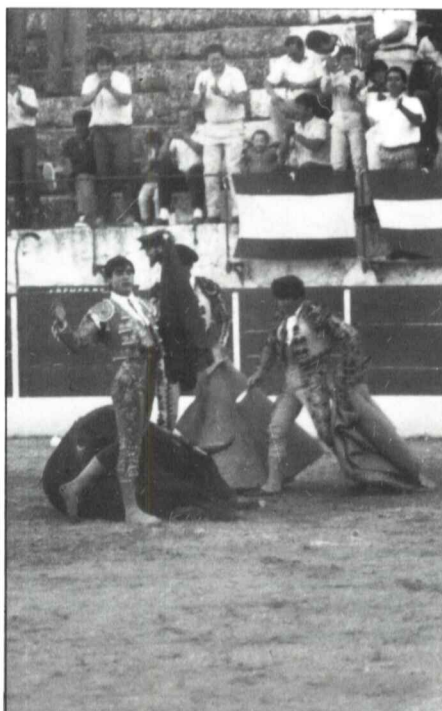
En este resurgir de la fiesta de toros, nuestro querido pueblo no se ha dormido, sino todo lo contrario, y ello es así, porque yo no recuerdo que en Priego haya habido tantas peñas taurinas como actualmente existen, en concreto tres («La Peña del Paseíllo», «La Peña de Finito de Córdoba», y «La Peña de Paco Aguilera»); peñas formadas por un grupo de amigos más o menos numerosos que tienen un objetivo común: «Los Toros», independientemente de que sus componentes tengan sus preferencias por uno u otro torero. No por ello hemos de olvidar, tiempos pasados en que algunos de nuestros paisanos hicieron el paseíllo no únicamente en nuestra plaza sino también en otras incluso llegó a tomar la alternativa como matador de toros Fernando Serrano Alcalá Zamora «El Yiyo»; pero a pesar de ello sigo pensando que actualmente nunca en Priego existió tanta afición como ahora, por lo menos yo no la he conocido.

Este actual relanzamiento de la fiesta de los toros viene avalada por la preocupación de la Administración Central, de regular los espectáculos taurinos, y así se ha publicado la Ley 10/91 de 4 de abril, sobre potestades administrativas en dicha materia, más recientemente ha salido a la luz el Real Decreto 176/92 de 28 de febrero por el que se aprueba el Reglamento Taurino. Ley y Reglamento, han sido y son muy discutidos por todos los estamentos que componen la fiesta, recordando aquello que «nunca llueve a gusto de todos».

Particularmente, creo, que eran necesarias tales normativas legales a fin de acomodar a las exigencias constitucionales el régimen jurídico

de la fiesta de los toros. En el Reglamento se menciona los derechos y obligaciones de los espectadores, ello con independencia de las que les corresponden como asistentes a cualquier espectáculo; se articulan medidas precisas para asegurar la integridad del toro, su sanidad, su bravura y la intangibilidad de sus defensas, aspectos estos últimos, en mi opinión, importantes y vitales para nuestra fiesta. Se ha de volver al toro con mayúscula, en su verdadera medida, con toda su integridad pero dentro del tipo de cada ganadería.

Se teme, no sin razón, que el tan famoso artículo 49 del nuevo Reglamento sea una puerta abierta para el afeitado de los toros que, según dicen y yo he oído, es exigencia de algunas figuras del toreo; mi pesimismo respecto a este artículo es grande, no obstante, albergo una pequeña esperanza de que el mismo, cuando se use de él, se haga con la rigidez suficiente a fin de que los astados que se lidien en cualquiera de las plazas que componen nuestra geografía con independencia de su categoría no se sometan al fraude del afeitado. Para bien de la fiesta Dios quiera que no volvamos a tiempos no muy lejanos donde el afeitado era la norma general.



En este resurgir esplendoroso de la Fiesta Nacional nos encontramos que, después de años de sequía, vemos como jóvenes diestros buscan en el temple, en el mando la pureza de la lidia con su entrega a tope, valor máximo y ganas de comerse al mundo; como jóvenes ganaderos reciben con esmero cariño y devoción los ancestrales secretos de sus camadas y cuidan y guardan, con celo la pureza de sus castas, con la gran esperanza de que sus toros no se caigan y saquen la boyantía suficiente para inolvidables faenas; asimismo la autoridad, como celador y guardián de nuestras fiestas, quiere, y esa es su intención de imponer su criterio a los «ganapanes» del «chanchullo» del afeitado y del fraude, y por último los empresarios empiezan ellos también a darse cuenta de que su futuro está en la verdad y en el respeto a la afición.

Las circunstancias que anteriormente he mencionado y otras también importantes se han notado en nuestro querido pueblo, cuya afición ha subido muchos enteros, no solamente en cantidad sino también en calidad, y aprovechando que nuestra plaza de toros celebra este año, hermosa y solemne como una vieja dama, su centenario es por lo que ha de ser esta efemérides, el espejo donde la afición de toda nuestra provincia se mide, no únicamente durante este año sino también en los venideros.

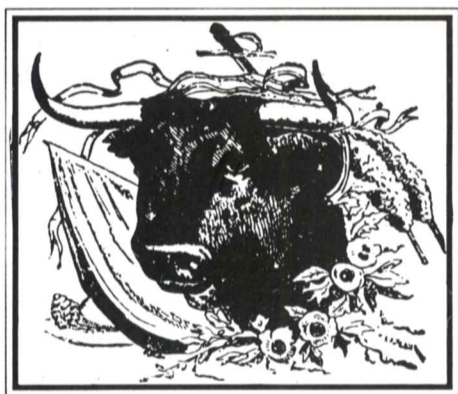
No quiero terminar este artículo sin hacer mención de nuestro paisano, Paco Aguilera (un novillero de los de verdad) al que auguro un brillante porvenir si sigue la línea de torear como yo lo vi en la última feria de Valdemorillo, en esta tan difícil profesión que ha elegido. Dios quiera y así se lo deseo que llegue a ser figura del toreo para bien suyo, y esplendor de nuestro pueblo.

Finalmente, quiero agradecer a las Autoridades Municipales, que antes de empezar a celebrar el centenario son merecedoras de los mayores trofeos, por el gran interés que se han tomado para realzar esta celebración, que en definitiva es la de nuestro pueblo.

Y como se dice en el mundo de los toros «Que Dios reparta suerte».



# A LOS 100 AÑOS



## INAUGURACION DE LA MAGNIFICA PLAZA DE TOROS DE **PRIEGO**

7 DE AGOSTO DE 1892

### GRAN CORRIDA DE TOROS DE MUERTE

LIDIANDOSE

### SEIS TOROS ESCOGIDOS

DE LA GANADERIA DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MIURA

LA CORRIDA DARA COMIENZO A LAS CUATRO Y MEDIA EN PUNTO

### MATADORES

RAFAEL MOLINA

### Lagartijo



Córdoba 1841-1900. Hijo de un banderillero, actuó por primera vez cuando contaba 11 años. En 1865 tomó la alternativa en Ubeda. Ejerció la profesión durante 40 años manteniendo hasta 1890 una dura competencia con «Frascuero». Toreó 1.632 corridas, dió muerte a 4.867 toros, inauguró 17 plazas de toros y otorgó 8 alternativas en Madrid. Es considerado como el primer «Califa del Toreo Cordobés»

**CUADRILLA DE LAGARTIJO.**— **Picadores:** Juan Rodríguez (Juan de los Gallos), de Córdoba, y Manuel Martínez (Agujetas) de Madrid. **Banderilleros:** Juan Molina, de Córdoba; Antonio Pérez (Ostión), de Madrid; Manuel Antolín, de Sevilla, y Rafael Martínez (Manene), de Córdoba. **Puntillero:** José Torrijos (Pepín), de Madrid.

RAFAEL BEJARANO

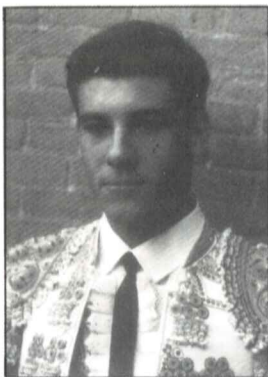
### Torerito



Córdoba 1863-1900. Formó parte de la cuadrilla de «Lagartijo» que le dió la alternativa en Madrid el 29 de Septiembre de 1889 en una corrida de la Beneficencia en la que también actuaron «Frascuero» y «Tortero». Una fatal enfermedad le llevó al sepulcro pocos meses después que a su maestro «Lagartijo».

**CUADRILLA DEL TORERITO.**— **Picadores:** Juan Rodríguez (Juanerito) y Rafael Roldán (Quilín), ambos de Córdoba. **Banderilleros:** Santos López (Pulguita), de Madrid; Antonio Zayas, de Sevilla, y Antonio Bejarano (Fila), de Córdoba.





#### MIGUEL BAEZ «LITRI»

Miguel Báez Spinola nació en Madrid el 8 de Septiembre de 1968. Hijo del torero del mismo nombre, decidió dedicarse al toreo a pesar de la oposición familiar. Toreó por primera vez en Zafrá en 1985. Tomó la alternativa en Nîmes (Francia) el 26 de Septiembre de 1987, siendo su padrino su padre y testigo Rafael Camino. Palmarés en los últimos años: Nº de corridas y entre paréntesis, apéndices cortados. 1987: 75 (102) como novillero. 1988 (Mata-

dor): 72 (82), 2º en el escalafón tras Espartaco. 1989: 61 (73). 1991: 63 (57).

**CUADRILLA .-** Picadores: Ambrosio Martín y Juan Martín. Banderilleros: Manuel Rodríguez «El Manguí», Gabriel Puerta y Leopoldo López. Mozo de espadas: Antonio Infante «Alín». Apoderado: Pedro Balaña.



#### JULIO APARICIO

Julio Aparicio Díaz nació en Sevilla el 4 de Enero de 1969. Hijo del Matador del mismo nombre actuó por primera vez en Arenas de San Pedro (Ávila) el 2 de Septiembre de 1984. Toma la alternativa en Madrid el 15 de Abril de 1990 siendo su padrino Curro Romero y testigo Juan A. Ruiz «Espartaco». 1989: 36 novilladas (37). 1991: 51 (49).

**CUADRILLA .-** Picadores: Francisco Reyes «Curro Reyes» y Ramón Bejarano «El Avispa». Banderilleros: Pablo Saugar «Pali», Antonio Gutiérrez «Antonio Chacón» y José Pacheco. Mozo de espadas: Alfonso Romero. Apoderado: José Luis Marca.



#### FINITO DE CORDOBA

Juan Serrano nació en El Arrecife (Córdoba) en 1972. Tras descubrir su vocación taurina en tierras catalanas ha sido uno de los novilleros revelación de los últimos años, tomando la alternativa en 1991. 1989: 38 novilladas (60). 1991: 31 corridas (24).

**CUADRILLA.-** Picadores: Francisco López García y José Mº González Cruz. Banderilleros: Antonio Manuel de la Rosa, Luis Miguel Alonso Herrera y Francisco Puerta.

**Los abonos para los festejos del Centenario pueden adquirirse en todos los bancos de Priego.**

# PLAZA DE TOROS DE PRIEGO

## 8 DE AGOSTO DE 1992

Con motivo del Primer Centenario de la Plaza

## MONUMENTAL CORRIDA

EN LA QUE SE LIDIARAN

### 6 ESCOGIDOS TOROS 6

DE LA GANADERIA DEL

### SR. MARQUES DE RUCHENA

DE UTRERA (SEVILLA)

PARA LOS MATADORES

## Miguel Baez «LITRI»

## JULIO APARICIO

JUAN SERRANO

## «FINITO DE CORDOBA»

3 DE SEPTIEMBRE

VICTOR MENDES  
EL SORO  
MORENITO DE MARACAY

5 DE SEPTIEMBRE

RAFAEL PERALTA  
Manuel Díaz EL CORDOBES  
PACO AGUILERA





# INAUGURACION DE LA MAGNÍFICA

## PLAZA DE TOROS DE PRIEGO

(PROVINCIA DE CORDOBA)

La Empresa, en afán de que el público de esta población no se vea privado de presenciar el espectáculo nacional, a costas de gastos y sacrificios, ha contratado para la inauguración de nuestra hermosa plaza á diestros de valla, como lo son **RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO)** y **RAFAEL BEJARANO (TORERITO)** y ha comprado seis toros de primera y escogidos en el cerrado de la tan renombrada ganadería del Excmo. señor **D. ANTONIO MIURA**.



Cuadrilla de Lagartijo.

**PICADORES.**—Juan Rodríguez (Juan de los Gallos), ambos de Córdoba, y Manuel Martínez (Agujetas), de Madrid.  
**BANDERILLEROS.**—Juan Molina, de Córdoba; Antonio Páres (Ostión), de Madrid; Manuel Antón, de Sevilla, y Rafael Martínez (Manene), de Córdoba.  
**PUNTILLERO.**—José Torrijos (Pepín), de Madrid.



Cuadrilla del Torerito.

**PICADORES.**—Juan Rodríguez (Juanerito) y Rafael Roldán (Quilín), ambos de Córdoba.  
**BANDERILLEROS.**—Santos López (Pulguita), de Madrid; Antonio Zayas, de Sevilla, y Antonio Bejarano (Fila), de Córdoba.

CON SUPERIOR PERMISO, PRESIDIDA POR EL EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL DE LA PROVINCIA  
Y SI EL TIEMPO NO LO IMPIDE, TENDRA LUGAR

EN LA TARDE DEL DOMINGO 7 DE AGOSTO DE 1892

UNA GRAN CORRIDA DE

**TOROS DE MUERTE**

LIDIANDOSE

# SEIS TOROS ESCOGIDOS

DE CINCO AÑOS CUMPLIDOS, DE LA RENOMBRADA GANADERÍA DEL

**EXCMO. SR. D. ANTONIO MIURA**

VECINO DE SEVILLA

**MATADORES**

**RAFAEL MOLINA**

**RAFAEL BEJARANO**

## Lagartijo. || Torerito.

Ambos de Córdoba, que matarán alternando.

La plaza se abrirá á la **UNA Y MEDIA**, empezando la corrida á las **CUATRO Y MEDIA** en punto.

### PRECIOS

	Pesetas.	Cént.		Pesetas.	Cént.
Sillas de Palco, con entrada.	12	10	Ultima grada de Tendido, con entrada	6	10
Asientos de Barrera, con entrada	8	10	Tendido de Sombra, con entrada	5	10
Grada cubierta, con entrada	5	60	Entrada general en Sol	3	10

La Empresa recibe pedidos de Palcos enteros; que comprenden cinco sillas de delanteras y veinte asientos de grada cubierta, con entradas, al precio de 172'50 pesetas, entendiéndose que, han de recogerse antes de la víspera de la corrida.

### NOTAS

Los despachos de billetes se abrirán á las siete de la mañana del día 6, y el día de la corrida, hasta las tres de la tarde, en cuya hora se situarán en los despachos de la Plaza de Toros.  
No se jugará más número de toros que los anunciados.—Si después de encorados éstos se inutilizase alguno, no tendrá derecho el público á reclamación de ninguna especie, como igualmente si se suspendiese la corrida por causas ajenas á la voluntad de la Empresa, después de empezada.—Si se inutilizase alguno de los lidiadores anunciados, no podrá exigirse su sustitución.—Siguen en vigor todas las disposiciones que tienen dispuestas las Autoridades para esta clase de espectáculos.

Este número monográfico de Adarve ha sido patrocinado por el  
Excelentísimo Ayuntamiento de Priego de Córdoba.